

Osamu Dazai

# REPUDIADOS

Traducción de Ryoko Shiba y Juan Fandiño



Osamu Dazai es hoy en día uno de los escritores más admirados por la juventud nipona y un autor de culto en Occidente. Su breve y atormentada existencia está presente en las dos novelas que escribió «Indigno de ser humano» y «El ocaso» y en la mayoría de relatos que vendió a revistas y periódicos para ganarse la vida.

«Repudiados» reúne nueve cuentos, escritos entre 1939 y 1948 e inéditos hasta ahora en castellano, con el inconfundible sello del «enfant terrible» de las letras japonesas del siglo XX. En ellos leemos la aséptica descripción del viaje que emprende una pareja al lugar donde planean poner fin a sus miserables vidas «Repudiados»; los infructuosos esfuerzos de Dazai para ganarse el respeto de sus paisanos y dejar de ser fuente de preocupaciones y disgustos para su familia «En memoria de Zengo»; los devastadores efectos de la guerra en el día a día y la mentalidad de los japoneses «Diosa»; o la angustia e incapacidad de Dazai ante su condición de marido y padre de familia «Cerezas».



Osamu Dazai

# **Repudiados**

**al margen - 29**

**ePub r1.1**

**Titivillus** 09.08.2019

Título original: *Repudiados*  
Osamu Dazai, 1939  
Traducción: Ryoko Shiba & Juan Fandiño  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1





## Un niño elegante

Fotografía de Mototarō Fujita: Dazai en su época de estudiante en el instituto de

Hirosaki, prefectura de Aomori.

Desde niño, siempre tuvo un gran sentido de la elegancia. Ya en la escuela primaria, cada marzo, cuando acudía a recoger el premio al alumno ejemplar durante la ceremonia de fin de curso y tenía que estirar los brazos para que el director, que estaba subido en el estrado, se lo entregase, no hacía más que pensar en cómo se vería la forma en la que alzaba los brazos desde atrás. Para aquel chico, era un momento solemne de extrema importancia que requería una minuciosa preparación previa. Bajo el kimono de *kasuri*<sup>[1]</sup> llevaba una camisa blanca de franela, de tal manera que, al alzar los brazos, unos tres centímetros de camisa asomaban resplandecientes bajo las mangas del kimono, y él se sentía tan puro como un ángel. Le fascinaba pensar en ese preciso instante. La noche anterior se aseguraba de dejar bien doblados junto al futón el kimono de calle, el *hakama*<sup>[2]</sup> y la camisa que vestiría al día siguiente. Como no podía dormir a causa de la emoción, solía alzar la cabeza una y otra vez para contemplar toda aquella ropa que había dejado tan bien dispuesta. En aquella época todavía se usaban candiles, por lo que la habitación solía quedarse en penumbra cada vez que anochecía. Aun así, el blanco de la camisa brillaba ardiente. Tras pasar la noche y, por fin, levantarse a la mañana siguiente, lo primero que hacía era ir corriendo a ponerse la camisa. Su pasión era tal que una vez ordenó a la anciana criada encargada de hacer remiendos que añadiese un botón más en cada manga, a pesar de que cada una ya tenía su respectivo par de botones alineados. Su propósito era que, cuando alzase los brazos para recibir el premio, un par de botones más, elaborados a partir de exóticas conchas, asomasen brillando con fulgor. Tras salir de casa, y de camino a la escuela, estiraba los brazos hacia delante una y

otra vez para practicar la manera en que recogería el galardón. Lo repetía sin cesar, midiendo con exactitud la cantidad de manga que asomaría.

Sin que nadie lo supiese, aquella curiosa manía se iba volviendo cada vez más compleja. Cuando acabó la escuela primaria y tuvo que viajar hasta una pequeña ciudad que se encontraba a unos cuarenta kilómetros del lugar donde siempre había vivido para realizar la prueba de acceso a la escuela secundaria, la manera en la que se vistió resultó, cómo decirlo, bastante extravagante. Las camisas blancas de franela seguían gustándole mucho, por lo que aquel día decidió ponerse una que le había encargado a la mujer de su hermano. Se le ocurrió que la solapa de aquella camisa, que era tan grande que recordaba a las alas de una mariposa, podría ir por fuera del kimono, como se suele hacer cuando se viste con americana. Ataviado de aquella manera parecía un niño con babero. No obstante, aquel pobre chico mantenía una firme tensión en el rostro, totalmente convencido de que con aquella ropa parecía un auténtico príncipe a ojos de los demás. El kimono era de *kasuri* y el *hakama*, de rayas, de color claro; todo ello lo llevaba bajo una elegante capa. Los calcetines eran largos, y los botines los llevaba bien atados. Como su padre había fallecido y su madre estaba enferma en cama, era la mujer de su hermano mayor la que se ocupaba de hacer la ropa que él encargaba. Fue por eso que, abusando de la amabilidad de aquella mujer, pidió que le hiciese una camisa con una solapa exageradamente grande. Ella se echó a reír nada más escuchar su petición, lo que hizo que el pobre chico se enfadase y se pusiese a llorar. Nadie era capaz de entender su refinado sentido de la armonía, la elegancia y la finura. Aquellos eran los pilares de su gusto estético. Mejor dicho, eran los pilares fundamentales de su vida. Todo lo relacionaba con ellos.

Jamás se abrochaba la capa; la dejaba caer a propósito sobre sus pequeños hombros para que pareciese que estaba a punto de resbalársele. Sin duda alguna, para él aquella suponía una manera muy atractiva de vestir. ¿De dónde habría sacado todas esas ideas?



Quizá para desarrollar el sentido de la estética no hace falta tener ejemplos en los que fijarse, sino que uno mismo los va concibiendo con el paso del tiempo.

Aquella era la primera vez que visitaba una ciudad, por lo que quiso preparar un conjunto lo más elaborado posible. Como estaba tan nervioso, lo primero que hizo nada más llegar a aquella pequeña ciudad situada en la parte más al norte de Honshū fue cambiar su manera de hablar, ocultando el acento originario de su pueblo y empleando el dialecto de Tokio que había aprendido en las revistas infantiles que solía leer. Pero cuando llegó al hostel en el que iba a alojarse, se dio cuenta de que las mujeres que trabajaban en aquel lugar empleaban el habla de Tsugaru<sup>[3]</sup> que tan bien conocía, lo que le causó una gran decepción. Lo cierto era que el hecho de que hablasen aquel dialecto era muy lógico, ya que aquella pequeña ciudad estaba solo a cuarenta kilómetros de distancia de su pueblo natal.

Durante sus años de secundaria, al estar matriculado en una escuela que tenía unas reglas muy firmes en cuanto a la actitud y el atuendo de los alumnos, le resultó bastante difícil vestir de la manera que le gustaría, por lo que terminó olvidándose por completo de aquella curiosa obsesión. Dejó de plancharse los pantalones y de abrillantarse los zapatos; se echaba el maletín a la espalda de manera descuidada y caminaba algo encorvado a propósito. Fue allí donde adoptó aquella mala postura que ahora, quince años después, no puede rectificar. Podría decirse que aquellos fueron los años más oscuros de su elegancia.

Finalmente, cuando comenzó el bachillerato en una escuela situada a otros cuarenta kilómetros de aquella pequeña ciudad, pudo desarrollar su manera de vestir con total libertad. Con tanta que al final acabó llegando a unos extremos ridículos. Durante aquellos años mandó confeccionar tres prendas especiales. Una era una capa de lana, de color azul marino y con forma de campana. Cuando se la encargó al sastre, le pidió que la hiciese tan larga que casi tocara el suelo. Sin embargo, con el paso del tiempo el chico

fue creciendo hasta alcanzar el metro setenta, lo que hacía que con la capa puesta pareciese más bien un demonio alado; algo que le complacía enormemente. Nunca se ponía la gorra de corte militar del uniforme de bachillerato cuando vestía aquella capa, ya que pensaba que las líneas blancas de la gorra no quedarían bien con aquel conjunto de mago. Sus compañeros de clase comenzaron a llamarlo «El Fantasma de la Ópera», y aunque se mostraba arisco con ellos, en el fondo sentía cierto placer. Su otra prenda favorita era un abrigo que encargó tomando como referencia el traje de oficial de Marina del príncipe de Gales, que le parecía muy hermoso. Por supuesto, fue diseñado a la medida de los curiosos gustos de aquel chico, e incluía, cómo no, una amplia solapa recubierta de terciopelo. No sé por qué, pero siempre le encantaron las solapas grandes. El abrigo era de paño grueso de color negro. En el pecho incluía dos filas verticales de siete botones dorados cada una que acababan a la altura de la cadera, parte que mandó hacer más estrecha para que el bajo se abriese como una falda corta. El equilibrio del conjunto requería de tanta delicadeza que se vio obligado a corregir al sastre tres veces. Las mangas tenían que ser un poco más estrechas de lo habitual, con cuatro pequeños botones dorados en cada puño. El chico decidió utilizar aquel elaborado abrigo como prenda de invierno, pues quedaba bien con las líneas blancas de la gorra del uniforme. Imaginar que vestía exactamente igual que los oficiales de la Marina británica le hacía sentir muy orgulloso. Además, solía ponerse guantes blancos de cachemir, y, cuando hacía mucho frío, se envolvía el cuello con un pañuelo blanco de seda. Tenía muy claro que prefería morir congelado antes que usar una bufanda gruesa de lana. Pero, a pesar de su dedicación, para sus compañeros aquella ropa fue motivo de burla. Uno de ellos llegó a comentarle entre carcajadas que aquella solapa tan ancha parecía un babero, que era un fracasado y que parecía una deidad gorda y fea del sintoísmo, mientras que otro incluso lo confundió con un policía. Aquel oficial de Marina del norte de Japón se puso triste y, al cabo de un tiempo, dejó de usar el abrigo.

La última prenda que encargó resultó ser otro abrigo. Esta vez evitó el paño grueso de color negro y usó lana de color azul cobalto. Quería tener un abrigo de oficial de Marina a toda costa, por lo que se esforzó al máximo para encargar otro similar al anterior pero con algunos cambios. La solapa la mandó hacer mucho más pequeña, y la silueta general la quiso todavía más estrecha que la del otro abrigo. De hecho, la parte de la cadera terminó apretándole tanto que, cuando se lo ponía, tenía que quitarse la camisa interior porque, si no, no cabía. De este abrigo nadie comentó nada. Sus compañeros ni siquiera se rieron de él, solo le lanzaron miradas furtivas y apartaron la vista nada más verlo. El chico, aun estando contento con su nuevo abrigo, no pudo aguantar la soledad y la desazón que le suponía estar al margen de todo el mundo, por lo que casi se puso a llorar. Seguía creyendo con firmeza en su sentido de la estética, pero a la vez tenía un corazón bastante frágil. Al final también terminó dejando de ponerse aquel abrigo en el que había puesto tanto empeño y volvió a vestir la capa desgastada que usaba desde la secundaria. Con aquella capa comenzó a frecuentar los bares de la zona y a emborracharse de vino.

Beber vino en un bar cualquiera no suponía grandes complicaciones, pero más tarde se le ocurrió que quizá podía acudir a restaurantes de lujo acompañado de varias *geishas*<sup>[4]</sup>. Aquello no le parecía nada malo. De hecho, la chulería y lo vulgar siempre le habían parecido de lo más refinado. Tras acudir varias veces a un restaurante tradicional que desprendía una gran serenidad, le volvieron a entrar ganas de vestir de manera especial, lo que acabó causándole un gran número de problemas innecesarios. Su plan consistía en imitar una escena que había visto en una representación teatral. Iría a aquel restaurante y se sentaría en la sala del fondo que daba al jardín. Aparentaría ser un hombre fuerte, vestido con chulería a lo *tobi*<sup>[5]</sup> y se dedicaría a soltarle vulgares piropos a alguna de las *geishas* que estuviesen por allí. Los delantales *tobi* de trabajo de color azul marino eran fáciles de conseguir. Si vistiese con uno de esos, metiese las manos en los

bolsillos del delantal y llevase una cartera antigua, podría pasar perfectamente por uno de ellos. También se compró un *obi*<sup>[6]</sup> de estilo Hakata, de esos que hacen un sonido tan característico cuando se atan con fuerza. De igual manera, acudió a una tienda de kimonos, donde pidió uno de verano a rayas. Finalmente, acabó llevando un conjunto tan raro que no se sabía si iba de *tobi*, de gamberro o de vendedor ambulante, pero le daba igual. El caso es que quería parecerse a aquel grupo de personajes que vio en el teatro, y con eso ya era más que suficiente. Un día, a principios de verano, iba andando con unos *zōri*<sup>[7]</sup> de lino cuando de repente le vino a la mente algo completamente ridículo. Se trataba de los pantalones de estilo *momohiki*, largos, apretados y de color azul marino, que llevaba puestos el actor que representaba al *tobi* en aquella obra teatral. De golpe le entraron unas ganas terribles de tener unos iguales. Si los llevase puestos y se metiese en alguna pelea callejera, podría insultar a sus adversarios, apartándose los bajos del kimono con agilidad y mostrando los *momohiki* con orgullo, algo que no podría hacer si únicamente llevase calzoncillos. El chico buscó desesperado por toda la ciudad, preguntando en toda clase de tiendas de ropa si tenían aquel tipo de pantalón tan estrecho que solían llevar los carpinteros, a lo que los dependientes contestaban riendo que aquella prenda ya era cosa del pasado. Por aquel entonces, el calor ya comenzaba a apretar bastante, pero el chico seguía buscando por todos lados, empapado en sudor. Finalmente, dio con un local donde le indicaron que preguntase en una tienda especializada en ropa y herramientas para bomberos que había no muy lejos de allí. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes? Los *tobi* de antaño eran los bomberos de hoy en día, por lo que corrió emocionado a donde le dijeron. Una vez dentro, contempló cómo tenían expuestas varias bombonas de oxígeno de distintos tamaños y unos cuantos estandartes *Mato*<sup>[8]</sup>. El chico se sintió algo inseguro, pero enseguida recobró el ánimo y preguntó si tenían pantalones *momohiki*. El dependiente le enseñó unos de algodón de color azul marino. Era justo lo que quería, pero llevaban unas anchas rayas

rojas a cada lado en alusión al cuerpo de bomberos que hizo que perdiese el interés por ellos. A pesar de las ganas que tenía de ponérselos, no tuvo el valor de comprarlos y no le quedó más remedio que desechar con tristeza la idea de los *momohiki*.

Aquel chico tenía la manía de abandonarse a la desesperación cada vez que no conseguía vestir como había planeado. Su plan se vino abajo en cuanto se enteró de que era imposible conseguir unos *momohiki* de aquel tono azulado que tanto deseaba. Al final, acabó vistiendo el delantal azul marino sobre el kimono de rayas, que iba atado con el *obi* de Hakata. Como calzado llevaba los *zōri* de lino y, sobre la cabeza, la gorra con rayas blancas del uniforme. Así vestido era imposible atribuirle un estilo en concreto. Jamás se había visto en ninguna representación teatral a un personaje que vistiese de manera tan estrafalaria. La única explicación posible para su atuendo era que aquel chico se había vuelto loco por no haber encontrado la indumentaria deseada. Además, volvió a ponerse los guantes blancos de cachemir. El kimono, el *obi*, el delantal, la gorra y los guantes. Una sobrecarga de elementos que no tenían nada que ver entre sí. Imagino que todo el mundo pasa por una época igual de caótica al menos una vez en la vida. Se obsesionaba tanto que no era feliz hasta que no vestía todas las prendas que tenía. Tiempo después, se le rompieron los guantes de cachemir. Quería comprarse unos nuevos, pero aquel tipo de guantes no eran nada fáciles de conseguir. Le daba igual la clase de material del que estuviesen hechos con tal de que fuesen de color blanco, por lo que acabó comprando unos guantes de trabajo, de esos que usaban los soldados, gruesos y grandes como las zarpas de un oso. Todo se había vuelto demasiado absurdo, pero el chico seguía acudiendo a aquel restaurante vestido de aquella manera tan extraña, esforzándose al máximo por repetir las frases que había aprendido de las novelas de Kyōka Izumi<sup>[9]</sup>. Ya hasta le daba igual si las mujeres le hacían caso o no, tan solo quería sentirse como un romántico.

Años más tarde, se trasladó a Tokio para estudiar en la universidad, pero nunca iba a clase. Pasaba los días vagando por los callejones de la ciudad, vestido con una chaqueta impermeable algo descolorida y unas botas de agua, independientemente de si llovía o hacía sol. Esa resultó ser otra época oscura para su sentido de la elegancia, solo que duró mucho más que la anterior. Cuando la ideología de izquierdas comenzó a causar un gran impacto entre los estudiantes de aquella época, el chico logró despertar del sueño en el que había vivido todos aquellos años. Todo el mundo empalidecía ante lo excitante que resultaba aquella nueva manera de pensar, pero a él le era indiferente, por lo que acabó abandonando aquella ideología y manchó la imagen que sus camaradas tenían de él, haciéndoles ver que no era más que un ser infame. Y ahora, que ya han pasado diez años, sigue sumido en esa época oscura que no solo incumbe a su elegancia, sino que también afecta a su corazón. El chico ya no es un niño. Ahora es un adulto al que se le nota el vello facial de color azulado aunque se afeite. Se las arregla como puede escribiendo miserables relatos que la gente interpreta como obras decadentes, a pesar de que él mismo no los vea como tales. El año pasado se echó novia. A veces, cuando va a verla, le entran ganas de volver a vestirse de manera elegante, pero las cosas han cambiado. Ya no puede pedirle a la mujer de su hermano mayor que le confeccione la ropa, ni tampoco puede permitirse gastar lo más mínimo en encargársela a un sastre. Solo dispone de un *yukata*<sup>[10]</sup> que tiene en el armario, nada más. Ni siquiera posee unos *tabi*<sup>[11]</sup>. Al parecer, lo ha perdido todo y ahora vive sumido en una gran pobreza. Al haber tenido un gran sentido de la elegancia de niño, el hecho de pensar en ir a visitar a su novia vestido con un *yukata* sin planchar y atado con un *obi* frágil y roto hace que le entren ganas de morir. Por eso, tras meditarlo mucho, ha decidido alquilar un kimono. ¿Sabían que ir a alquilar un kimono es diez veces más horrible que pedir un préstamo? Como se suele decir, siente que la cara le arde de vergüenza. Aparte del kimono, también ha tenido que alquilar un nuevo *obi* y unos *geta*<sup>[12]</sup> mintiéndole así a su novia. A pesar de

haberlo perdido todo, cada vez que inicia una relación le brota de nuevo el sentido de la elegancia y su corazón palpita con inquietud bajo su pecho delgado y reseco. Incluso a los setenta u ochenta años, los hombres como él querrán ponerse, por ejemplo, una llamativa gorra de cuadros. Sin importar la edad, seguirán creyendo que el verdadero y único sentido de esta vida es causar una buena impresión a los demás, vistiendo de manera elegante y refinada. A continuación les mostraré una serie de poemas *senryū*<sup>[13]</sup> que escribió el año pasado para reírse de sí mismo cuando fue a visitar a su novia vestido con ropa alquilada. De esta manera, daré por concluida la historia de aquel niño con un extravagante sentido de la elegancia.

Al perdedor,  
que viste de alquiler,  
la ropa le sienta muy bien.

Me cuenta,  
la ropa alquilada,  
cuál es la última moda.

No me tires de la manga,  
que esta prenda  
es alquilada.

Me pregunto,  
al vestir esta ropa:  
¿alquilarán todos la suya?

Al reescribirlos de nuevo me doy cuenta de la terrible miseria que transmiten.



## Repudiados

El título original de esta obra (*Ubasute*) proviene de una antigua costumbre que se cree que se practicaba en algunos pueblos recónditos de las montañas de Japón. Consistía en llevar a los habitantes más ancianos a la montaña más cercana para abandonarlos y que muriesen de inanición o a causa del frío. Se cree que esa práctica se llevaba a cabo en épocas de escasez para que los jóvenes tuviesen más oportunidades de alimentarse y crecer.



Fotografía: Retrato en kimono de Michiko Ishihara, mujer de Dazai y sufridora de todos sus amoríos, incomprensiones, alcoholismo e intentos de suicidio.

Entonces ella dijo, susurrando con una extraña voz:

—No te preocupes. Yo me encargo de todo. Cuando lo hice ya sabía que esto acabaría ocurriendo. De verdad.

—No, no lo hagas. Sé qué piensas. Imaginas que morirás sola, o que te irás de aquí para acabar tu vida consumiéndote en soledad. No puedo permitir que hagas lo que quieras sabiendo cómo pretendes poner fin a todo esto. Piensa en tu familia, en tus padres y en tu hermano. Son buena gente. —Lo que decía Kashichi tenía sentido, pero, mientras hablaba, se dio cuenta de que él también quería morir—. Bueno, está bien, hagámoslo juntos. En ese caso, seguro que Dios nos perdonará.

Y entonces comenzaron con los preparativos.

Aquella esposa que acarició a otro hombre y aquel marido que destrozó su vida, arrastrándola a ella hasta llegar a aquella situación, decidieron poner punto y final a sus existencias mediante el suicidio. Ocurrió a principios de primavera. Cogieron los catorce o quince yenes que tenían ahorrados y toda la ropa de la que disponían; el *doterá*<sup>[14]</sup> de Kashichi, un kimono de primavera y otoño de Kazue y sus dos *obi*, todo envuelto con mucho cuidado en un *furoshiki*<sup>[15]</sup> que ella misma se encargó de llevar. Acto seguido, los dos salieron de casa juntos, algo que llevaban mucho tiempo sin hacer. A pesar del frío, él no iba con capa. No tenía. Llevaba un kimono de *kasuri* y una boina inglesa sobre la cabeza. Ella tampoco tenía abrigo. Su *haori*<sup>[16]</sup> y su kimono eran de *meisen*<sup>[17]</sup>, ambos con bordados idénticos en forma de flecha. El chal que llevaba encima era de una tela de color rojo pálido que venía del extranjero. Le quedaba muy grande y le cubría casi toda la parte superior del cuerpo.

Ya era mediodía. La gente entraba y salía de la estación de Ogikubo en silencio. Decidieron separarse un poco antes de llegar a la casa de empeños para no levantar sospechas, por lo que Kashichi se quedó fumando frente a la estación mientras esperaba a que ella saliese de la tienda. Una vez fuera, Kazue lo buscó por todas partes con la mirada y, nada más divisarlo, fue corriendo hacia él casi a trompicones mientras exclamaba, llena de alegría:

—¡Ha sido un éxito! Nos ha dado quince yenes por todo. ¡Menudo idiota!

«Esta mujer no tiene por qué morir. No debería permitirlo. La vida no le ha hecho sufrir tanto como a mí, así que todavía le queda muchísima fuerza para seguir adelante. No debería arrastrarla conmigo. Si intenta suicidarse pero no muere, será más que suficiente. La sociedad la perdonará y olvidará el tema. Creo que es lo mejor. Moriré yo solo».

—Buen trabajo —dijo él con una sonrisa. En aquel momento le entraron ganas de darle unas suaves palmaditas en el hombro, pero no lo hizo—. En total son treinta yenes. Qué bien, con esto tenemos de sobra para irnos de viaje.

Compraron un par de billetes de tren para Shinjuku. Una vez allí, se dirigieron a una farmacia, donde compraron un bote grande de barbitúricos. Después, acudieron a otra para comprar uno de otra marca. Kashichi fue quien se encargó de comprarlos, mientras ella lo esperaba afuera. Como entró él solo y los pidió amablemente y sonriendo, los farmacéuticos no sospecharon nada. Al final, acudieron a los grandes almacenes Mitsukoshi. Allí fueron a la sección de medicamentos, donde había una gran aglomeración de gente. En aquel momento, tuvieron la poca astucia de pedir dos botes grandes de barbitúricos a la vez, creyendo que, al haber tanta gente, no levantarían sospechas. La dependienta, seria, de ojos grandes y cara estrecha, sospechó y frunció levemente el ceño. Kashichi se asustó. Todo ocurrió tan deprisa que ni siquiera pensó en sonreír para aliviar la tensión. La dependienta le dio los botes con frialdad para después ponerse de puntillas y seguirlos con la mirada

mientras se alejaban. Consciente de que los miraban, Kashichi se arrimó a Kazue intentando aparentar normalidad y ambos siguieron caminando entre la multitud. Aquello le entristeció bastante. Aunque tratase de actuar de forma natural, a ojos de los demás resultaba una persona sombría que ocultaba algo. Antes de salir de los grandes almacenes, Kazue compró unos *tabi* de color blanco en la sección de rebajas y Kashichi se hizo con unos cigarrillos extranjeros de buena calidad. Cogieron un taxi y fueron al barrio de Asakusa, donde se metieron en un cine para ver *La luna sobre el castillo en ruinas*<sup>[18]</sup>. Nada más comenzar, se veían unos tejados tras la valla de un colegio que daban paso a una canción cantada por niños que hizo llorar a Kashichi.

—¿Sabes qué? —le susurró a Kazue, sonriendo en la oscuridad de la sala—. Dicen que hoy en día cuando los enamorados van al cine se agarran así, de la mano.

Debido a la profunda lástima que sentía por ella, buscó la pequeña mano izquierda de Kazue con su mano derecha y la agarró con fuerza, cubriéndolas ambas con la boina para que nadie los viese. Pero aquello le resultó horroroso. No podía soportar la idea de que un matrimonio que estaba en una situación tan complicada hiciese aquello, por lo que le soltó la mano con suavidad. Entonces Kazue se rio en voz baja. Pero no fue por la torpeza de Kashichi, sino porque disfrutaba de la película.

«Es una buena mujer. Inocente y modesta, que sabe encontrar la felicidad tan solo con ir a ver una película. No debería dejarla morir. No está bien que alguien como ella se suicide».

—¿Y si no lo hacemos? —dijo él de pronto.

—Como quieras. —Su mirada seguía absorta en la proyección—. Aunque yo ya tenía pensado suicidarme desde un principio, incluso si tengo que hacerlo sola.

Kashichi vio lo misteriosas que pueden llegar a ser las mujeres. Cuando salieron del cine ya se había hecho de noche. A Kazue le entraron ganas de comer *sushi*, pero a Kashichi no le gustaba el olor

del pescado crudo, además de que aquella noche quería cenar algo todavía más caro.

—Si te digo la verdad, no me apetece mucho cenar *sushi*.

—Pero a mí sí.

Fue él quien le inculcó todos esos valores egoístas. De vez en cuando, dándose aires de grandeza, le contaba lo desagradables que le resultaban las mujeres que le decían que sí a todo.

Al final, como era de esperar, él mismo acabó sufriendo el egoísmo que le había enseñado.

Fueron a un restaurante de *sushi*, donde bebieron un poco de sake. Kashichi pidió ostras rebozadas para él. Intentó convencerse de que, para ser su última comida en Tokio, no estaba del todo mal, pero solo consiguió esbozar una amarga sonrisa. Kazue, por su parte, se pidió unos maki de atún.

—¿Están buenos?

—Qué va —dijo, arrugando la cara mientras se llevaba otro maki a la boca—. ¡Qué asco!

Ninguno de los dos solía hablar demasiado.

Una vez fuera, se dirigieron a un teatro donde se representaban monólogos. Estaba tan lleno que no pudieron sentarse. La gente se amontonaba a empujones en la entrada y, aunque estuviesen fuera de la sala, de vez en cuando todos se reían al mismo tiempo. A Kazue la empujaron unos diez metros por delante de Kashichi. Como era muy bajita, le costaba divisar el escenario tras la barrera humana que formaban los espectadores. Mirando a un lado y a otro de aquella manera, parecía una pequeña mujer de pueblo que anduviese perdida. De vez en cuando, Kashichi, algo preocupado, se ponía de puntillas en busca de su pequeña silueta. Estaba más pendiente de ella que del escenario. Kazue, por el contrario, movía la cabeza en todas direcciones intentando ver a los humoristas que actuaban sobre el escenario mientras cargaba en el pecho con el *furoshiki* negro en el que llevaba los barbitúricos. De vez en cuando ella también se giraba en busca de Kashichi, pero, cuando sus

miradas se cruzaban, no se sonreían ni se hacían el menor gesto. No expresaban nada, pero se quedaban tranquilos.

«Esta mujer ha sufrido mucho por mi culpa. Es algo que debo tener en cuenta. La culpa de todo esto es mía. Debo hacer algo para evitar que todo el mundo la haga responsable de mi trágico final. Es una buena mujer, de eso no cabe duda. Pero ¿cómo debo tomarme lo que hizo con ese? No puedo, no puedo dejarlo pasar y hacer como si no hubiese ocurrido nada. No puedo soportarlo más. ¡Perdóname! Este será mi último acto de egoísmo. Sé que fue inmoral por su parte, pero es que justo eso es lo que menos me importa. El caso es que mis sentimientos no me dejan ignorarlo y dejarlo pasar. No lo soporto más».

Cuando una oleada de risas invadió la sala, Kashichi le hizo una señal con la mirada a Kazue para que saliesen fuera.

—¿Qué te parece si nos vamos a Minakami?

Habían pasado allí el verano del año anterior, en un balneario de aguas termales llamado Tanigawa Onsen que estaba situado en medio de la montaña. Para llegar hasta allí, había que andar una hora cuesta arriba desde la estación de Minakami. Lo cierto es que había sido un verano bastante duro para los dos, pero justamente por eso ahora lo recordaban con cierta dulzura, como si el recuerdo fuese una colorida postal. Kashichi sentía que podían morir en paz si lo hacían envueltos por la melancolía de aquellos ríos y aquellas montañas sobre las que caían chubascos. A ella también le gustó la idea; se le iluminó el rostro en cuanto le escuchó mencionar Minakami.

—¡Ah! Entonces tendremos que comprar *amaguri*<sup>[19]</sup>. Recuerdo que a la dueña del hostel le gustaban mucho.

Durante aquel verano, Kazue estableció una relación muy buena con la dueña del hostel en el que se alojaron. Las dos se cogieron mucho cariño, y hasta llegaron a comportarse como madre e hija. Se trataba de un hostel poco profesional. Solo tenía tres habitaciones y ni siquiera contaba con bañera propia, por lo que si un cliente quería darse un baño, no tenía más remedio que ir al

*ryokan*<sup>[20]</sup> de grandes dimensiones que estaba justo al lado. O, si lo prefería, podía bajar hasta el río e ir al pequeño balneario que había junto al cauce. En caso de que lloviese, tenía que ir con paraguas, y, si ya era de noche, era necesario llevar una vela o una linterna para guiarse. El hostel lo regentaba una pareja mayor. Como no tenían hijos que pudiesen echar una mano, cada vez que las tres habitaciones se llenaban se veían en un gran jaleo, aunque era algo que casi nunca ocurría. En esas ocasiones, Kazue solía ir a la cocina con la idea de echarles una mano, pero al final siempre acababa estorbando. Los platos que ofrecían tampoco eran nada del otro mundo. Se componían de huevas de salmón, *nattō*<sup>[21]</sup> y cosas por el estilo. A pesar de todos sus inconvenientes, para Kashichi resultó un lugar muy acogedor. De hecho, guardaban muy buenos recuerdos de él, como aquella vez en que a la dueña le dolía una muela y Kashichi le dio una aspirina para calmar el dolor. Por lo visto, le hizo demasiado efecto y se quedó dormida. El marido, que la quería mucho, se puso muy nervioso y no paró de dar vueltas a su alrededor. A Kazue aquella situación le resultó tan cómica que no pudo parar de reír. Además, hubo una vez en que, mientras Kashichi paseaba cabizbajo entre la maleza que había frente al hostel sin rumbo fijo, alzó la vista por casualidad y vio, frente al umbral, a la dueña sentada en penumbra junto a las escaleras. Tenía un aire distraído y seguía inconscientemente su paseo con la mirada. Aquella escena supuso algo muy especial para él, por lo que decidió guardarla en su interior como si de un pequeño y hermoso secreto se tratase. La mujer, pese a que su marido se refiriese a ella como «mi abuelita», no tendría más que cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años. Era una persona de cara redonda que transmitía elegancia y serenidad. Además, al parecer había sido él quien había entrado a formar parte de su familia.<sup>[22]</sup> Cuando Kazue se dispuso a comprar los *amaguri*, Kashichi le sugirió que cogiese unos pocos más.

La estación de Ueno siempre había conservado cierto olor a su tierra natal, y por eso Kashichi siempre temía encontrarse con algún

conocido de su pueblo cada vez que pasaba por allí. Si alguno de ellos lo hubiese visto aquella noche así vestido y sin ningún tipo de equipaje, habría pensado que intentaba huir con una amante aprovechando la oscuridad de la noche. Al llegar a la estación, Kazue se dirigió al quiosco y compró el último número de la revista *Modern Nippon*, que resultó ser un especial sobre novela negra. Mientras tanto, Kashichi aprovechó para comprar una pequeña botella de *whisky*. Acto seguido, cogieron el tren de las diez y media, que iba en dirección a Niigata.

Una vez dentro, se sentaron el uno frente al otro y se sonrieron con disimulo.

—Oye, ¿crees que a la dueña le parecerá raro que no lleve ropa de recambio? —preguntó Kazue.

—No te preocupes. Dile que fuimos a Asakusa a ver una película y que, al volver, bebí demasiado y te insistí mucho para que fuésemos a su hostel, por lo que hemos ido directamente sin pasar por casa.

—Vale —dijo sin más.

Al rato volvió a hablarle:

—Si vamos así tan de repente se sorprenderá mucho, ¿no crees? —Parecía que hasta que el tren no se pusiese en marcha y saliese de la estación no se tranquilizaría.

—Pues diremos que queríamos darle una sorpresa.

Justo cuando Kazue comenzó a ponerse bastante tensa, el tren se empezó a mover. Miró con disimulo al andén que se alejaba y por fin consiguió relajarse. Incluso recobró bastante el ánimo. Sacó la revista que acababa de comprar de dentro del *furoshiki*, que estaba sobre su regazo, y empezó a leer.

Kashichi comenzó a sentir las piernas pesadas, además de una desagradable presión en el pecho. Su corazón palpitaba con fuerza. Cogió el *whisky* y echó un trago directamente de la botella, como si se tratase de un medicamento.

«Si tuviese dinero, jamás permitiría que esta pobre mujer se suicidase. Quizás si aquel hombre con el que se fue hubiese tenido



más carácter ahora no nos veríamos en esta situación. ¡Qué ridículo! No tiene ningún sentido que ella se suicide».

—¿Crees que soy una buena persona? —preguntó él de pronto—. ¿O piensas que no soy más que un egoísta que intenta quedar como una buena persona?

Lo dijo tan alto que Kazue se puso nerviosa y le hizo un gesto con la cara para que bajase la voz, a lo que él sonrió.

—En el fondo... —prosiguió susurrando para burlarse de ella— ... no creo que seas una mujer tan desgraciada como piensas; eres normal. No eres ni buena ni mala. Solo una mujer como otra cualquiera. Pero yo, en cambio, soy un verdadero desastre. Estoy en una posición muchísimo más baja de lo que se puede considerar normal.

El tren acababa de pasar por Akabane y en aquel instante cruzaba Ōmiya, siguiendo su camino en la oscuridad sin parar. Los efectos del alcohol, junto con la velocidad a la que iba el tren, hacían que a Kashichi le saliesen las palabras con mayor fluidez.

—Hace ya tiempo que me tienes hartos, y, a pesar de ello, no hago más que andar detrás de ti sin saber muy bien por qué. Sé que es algo estúpido de lo que debería avergonzarme, pero lo cierto es que no quiero quedar como una buena persona. No quiero que me recuerden como a alguien bueno, pero tampoco deseo inspirar compasión barata en los demás. No quiero que mis conocidos del mundo del arte hablen de mí como si fuese una persona pura y débil a la que engañó su mujer y que, por ser tan noble, no pudo hacer otra cosa que suicidarse. Si me suicido es porque me rindo ante tanto sufrimiento. No creas que lo hago por ti. Aún me queda mucho sobre lo que reflexionar. Siempre me he aprovechado de los demás para cualquier cosa, sin saber que, muchas veces, la ayuda que me prestaban estaba por encima de sus capacidades. Soy consciente de todo ello y de muchas otras cosas de las que también me avergüenzo. He intentado esforzarme al máximo para llevar una vida normal, ¿acaso alguna vez te has dado cuenta de ello? He vivido con la máxima precaución, como si me hubiese estado

agarrando a un clavo ardiendo, siempre con miedo a que se soltase al menor gesto. Lo sabías, ¿no? Todo esto no es porque yo sea demasiado débil, sino por todo este sufrimiento, que pesa demasiado. Soy un rencoroso que no hace más que quejarse, lo sé. Pero es que si no lo digo bien claro en voz alta, la gente, incluso tú, pensará que no soy más que un caradura que va por ahí fingiendo que está muy mal e ignorarán el dolor tan profundo que en realidad siento.

Kazue iba a decir algo, pero Kashichi la interrumpió:

—No, no pienses que te lo estoy echando en cara. Eres una buena persona. Siempre has creído sin reparo en todo lo que he dicho. Ni siquiera mis antiguos amigos, intelectuales que recibieron una excelente educación, consiguieron darse cuenta de mi sufrimiento ni supieron ver la compasión que sentía. ¿Cómo voy a echarte a ti, que has recibido una educación muy inferior, la culpa de mi situación actual? El culpable de todo esto soy yo, que nunca he sabido expresar bien mis sentimientos —dijo, con una ligera sonrisa.

De pronto, Kazue se puso algo altiva y dijo:

—Ya está, ya vale. Que te va a oír todo el mundo. Déjalo ya.

—Vaya, parece que no has entendido nada de lo que acabo de decirte. Veo que no soy más que un idiota para ti. Mira, últimamente sufro muchísimo. Temo que en algún rincón de mi corazón pueda haber escondida una parte de mí que intenta que parezca una buena persona. Llevamos seis o siete años juntos, pero tú nunca has... No, déjalo. No pienso reprocharte este tipo de cosas. Esto ha sido así y nadie ha podido hacer nada para evitarlo. No ha sido culpa tuya.

Kazue dejó de escucharle y siguió leyendo la revista. Entonces Kashichi se puso firme y empezó a hablarle a la ventana del vagón, como si siguiese el diálogo, mientras contemplaba la inmensa oscuridad que se extendía a través de ella.

—¡No, no digas eso! ¿Piensas que soy una buena persona? ¿Sabes cómo suelen llamarme? Mentiroso, vago, creído, vanidoso, mujeriego y muchas otras cosas peores. Pero nunca me he quejado.

Jamás he puesto excusas. Siempre he tenido fe en mí mismo, pero eso es algo que no suelo ir diciendo por ahí, porque, de hacerlo, perdería todo el sentido. Tampoco he sido capaz de vivir solo y pensar en mi propia felicidad. Siempre he tenido la necesidad de saber cuál es mi objetivo en la vida, por lo que decidí encargarme de representar el papel del malo de la película. Cada vez que la maldad de Judas se vuelve más retorcida, mayor es la luz que desprende la bondad de Cristo, ¿no crees? Siempre me he considerado una persona que acabaría hundiéndose en la miseria. La visión que tengo del mundo así me lo dice, con lo cual he intentado probar la antítesis de mis convicciones de la manera más violenta posible. Cada vez que alguien alude a la maldad del que se va consumiendo, mayor es la luz con la que brilla una vez ha desaparecido, o al menos eso es lo que siempre he creído. Lo que siempre he deseado. Me da igual lo que me pueda ocurrir. Aunque muera, me sentiré aliviado si esa muerte toma la forma de algo repulsivo y después reaparezco como algo bueno. Puede que nadie me crea, o que les parezca que estoy de broma, pero de verdad que es lo que he venido pensando hasta ahora. Soy un idiota, así que puede que todo esto no sea más que una equivocación y que en el fondo haya cierta arrogancia escondida en mi interior. Todo lo que me haya podido ilusionar se quedará en un dulce sueño, y es que esta vida no es más que un teatro. Tampoco sería justo pedirte que al menos tú vivas con alegría, a pesar de que yo vaya a morir dentro de poco por haber sido derrotado. Aunque se trate de una comida de lujo, si se ha hecho con intención de desperdiciar la vida acabará oliendo a muerte y ni siquiera un perro se atreverá a probarla. Incluso sería una molestia recibirla. Aunque puede que nada de lo que te digo tenga sentido si no sobrevivimos.

Como era de esperar, no obtuvo ninguna respuesta por parte de la ventana.

Kashichi se levantó de su asiento y fue tambaleándose hacia el servicio. Entró y se aseguró de que la puerta quedara bien cerrada. Vaciló un instante y juntó las manos en silencio frente al pecho.

Rezó por su alma, un gesto sincero que salió de lo más profundo de su corazón.

Cuando llegaron a la estación de Minakami eran las cuatro de la madrugada y todavía era de noche. Temían que la nieve se hubiese amontonado demasiado y les dificultase el paso, pero había desaparecido casi toda, y la poca que quedaba se concentraba únicamente en las esquinas, adquiriendo cierto color grisáceo. Podían ir andando hasta el balneario de la montaña, pero Kashichi prefirió despertar al taxista del garaje que había junto a la estación.

Según subían en coche por aquel camino que se doblaba como un relámpago, descubrieron que todavía quedaba mucha nieve acumulada en la montaña, que hacía que el oscuro cielo resultase más luminoso por aquella zona.

—¡Qué frío! No me imaginaba que fuese a ser así. En Tokio ya hay gente que viste con el kimono de verano —le dijo Kazue al conductor, intentando que no se extrañase por la ropa que llevaban—. Ahí. Gire a la derecha.

Kazue iba recobrando el ánimo según se acercaban al hostel.

—Seguro que todavía duermen —le dijo a Kashichi para volver a dirigirse al conductor de inmediato—. Sí, un poco más allá.

Llegaron a un punto en el que el camino se estrechaba, por lo que decidieron apearse.

—Por aquí está bien. Pare donde pueda, seguiremos a pie.

Bajaron del coche, se quitaron los *tabi* y anduvieron unos cincuenta metros hasta llegar al hostel. El camino estaba cubierto de nieve que se iba derritiendo, por lo que acabaron con los *geta* totalmente empapados. Cuando Kashichi se disponía a golpear la puerta, Kazue, que iba unos metros por detrás de él, lo adelantó muy rápido y dijo:

—¡Déjame llamar a mí! ¡Yo los despierto!

Parecía una niña inocente que quisiese obtener el reconocimiento de los demás.

Los dueños del hostel se sorprendieron ante aquella visita y se pusieron muy nerviosos, aunque siempre intentando mantener la

calma. Kashichi subió a toda prisa al piso superior sin esperar a las indicaciones de los dueños. Entró en la misma habitación donde durmieron el verano anterior y encendió la lámpara. Desde allí podía oír a Kazue hablando:

—En cuanto dijo que quería venir, no hubo manera de hacerle cambiar de opinión. ¡Menudos son estos artistas! ¡Peores que los niños!

Lo contaba con tanta alegría que parecía haber olvidado que era mentira. También les contó que en Tokio ya había gente que vestía con el kimono de verano. La señora subió a la habitación para abrir las contraventanas y le dijo a Kashichi:

—Me alegro de que hayáis vuelto.

Ya empezaban a aparecer los primeros rayos de luz, y se podía divisar la gran montaña blanca que había justo en frente. Kashichi se asomó a la ventana y contempló el río, que parecía una línea negra que atravesaba la densa niebla.

—Hace un frío terrible. —Lo cierto es que era mentira. No tenía tanto frío como afirmaba, pero lo dijo para poder continuar con lo siguiente—: Tráeme un poco de sake.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí. No te preocupes. Ya me he recuperado del todo. Incluso he cogido un poco de peso, ¿no crees?

Justo en aquel momento, Kazue entró en la habitación con un *kotatsu*<sup>[23]</sup> de grandes dimensiones.

—¡Ay, cómo pesa! Me ha dicho que coja el vuestro, que no pasa nada. Menudo frío, ¿eh?

Hablaba con mucha más alegría de lo normal.

Una vez se quedaron a solas, el buen humor de Kazue desapareció por completo.

—Estoy hecha polvo. Voy a darme un baño y después me voy a echar un rato.

—¿Crees que con esta nieve se podrá ir a las aguas termales que hay ahí abajo?

—Sí, se puede. De hecho, me han dicho que van todos los días.

El dueño del hostel, calzado con unas resistentes botas hechas de paja, los acompañó hasta el balneario que había junto al río, donde ya se vislumbraban los primeros rayos de sol. Fue caminando por delante de ellos, dejando profundas huellas en la nieve para que pudiesen andar con facilidad. Dejaron la ropa sobre una estera que el dueño les había traído y se metieron rápido en el agua caliente. El cuerpo de Kazue era algo redondito. Desprendía frescura y buena salud. Contemplándola desnuda, Kashichi no podía creer que alguien así fuese a morir en cuanto terminase aquel día que acababa de empezar. Cuando el dueño del hostel se marchó, Kashichi dijo, señalando con la barbilla la gran montaña blanca, aún cubierta de una espesa niebla, que había al otro lado:

—¿Qué te parece por allí arriba?

—No sé. Creo que será imposible subir hasta allí. Hay demasiada nieve, ¿no crees?

—Entonces será mejor que lo hagamos más abajo. Al salir de la estación parecía que no había tanta nieve acumulada.

Estaban escogiendo un lugar para morir.

Cuando llegaron al hostel, la dueña ya se había encargado de dejar preparado un futón para cada uno en el suelo de la habitación. Nada más entrar, Kazue se metió corriendo en uno de ellos y se puso a leer. Junto a los pies de su futón se encontraba el *kotatsu*, por lo que a Kashichi le pareció que dentro se estaría muy a gusto. Él, sin embargo, dobló el suyo para apartarlo y se sentó frente a la mesa con las piernas cruzadas. Empezó a beber el sake que la dueña le había traído mientras se arrimaba al *hibachi*<sup>[24]</sup> que había junto a la mesa. Además de la bebida, la dueña les había traído como acompañamiento una lata de cangrejo, *shiitake*<sup>[25]</sup> deshidratado y una manzana.

—Oye, ¿y si lo retrasamos un día más?

—De acuerdo —contestó Kazue, sin apartar siquiera la mirada de la revista—. A mí no me importa, pero si lo alargamos mucho puede que nos acabemos quedando sin dinero.

—¿Cuánto nos queda?

Kashichi sintió una gran vergüenza por tener que preguntar aquello. Interpretó la pregunta como un intento de aferrarse a la vida y empezó a dudar de si de verdad quería suicidarse. Aquella obsesión era una de las cosas más desagradables que jamás había sentido. Entonces se dio cuenta de que el motivo de su indecisión tal vez fuera el cariño que sentía por el cuerpo de su mujer después de todo.

Aquello lo confundió bastante.

«¿Y si empezase con ella desde cero? Pero, en ese caso, ¿qué haría con todas las deudas que he ido acumulando? Además, por culpa de eso ya nadie confía en mí. ¿Y con la vergüenza que me da ver a todo el mundo a causa de lo que me pasó? ¿Qué hago con todo lo que ocurrió aquella vez en la que todos me trataron como a un loco? Aquella enfermedad que padecí, esa irónica enfermedad que nadie considera algo serio. ¿Qué hago con todo eso? Y luego está lo de mi familia...».

—En el fondo... lo hiciste porque te hartaste de mi familia, ¿verdad?

—Pues sí. Nunca me han aceptado tal y como soy —contestó Kazue rápidamente, sin apartar la mirada del texto.

—Bueno, tampoco es eso. Con un poco de esfuerzo podrías haber mejorado muchas de las cosas que te criticaban.

—Ya está bien, ¿no? —dijo, tirando la revista al suelo—. No haces más que decir tonterías. Te da igual lo que podamos sentir los demás. Por eso todo el mundo te acaba odiando.

—Ah, es verdad, lo había olvidado. Tú también me odias, ¿no? Entonces te pido perdón —contestó, levantando la voz, como si fuese un borracho violento.

«Pero ¿por qué no siento celos? ¿Será porque soy demasiado egocéntrico? ¿Tan seguro estoy de que mi mujer jamás será capaz de odiarme? Es que ni siquiera siento el menor odio. ¿O será porque ese no era más que un hombre frágil? Me parece demasiado arrogante llegar a pensar así. Entonces, si mi manera de pensar no es la correcta, ¿significa que toda mi vida ha sido un fracaso? ¿Por

qué no siento odio hacia ellos en lugar de entenderlos y pensar que lo ocurrido era lógico dada nuestra situación? Me gustaría poder sentir celos y enfadarme de verdad; eso sería lo que haría cualquiera en un caso así. Poder sentir una ira tan grande que me entrasen ganas de cruzarle la cara a los dos y romper todo lo que me encontrase de por medio. Eso sería lo más humilde y hermoso que podría sentir ahora mismo. Morir de dolor al haber sido engañado por mi propia mujer. Esa sería la máxima expresión de la profunda tristeza que debería sentir. Y, sin embargo, ¿qué estoy haciendo? ¿Preocuparme por la vergüenza que siento? ¿Por si soy buena persona o no? ¿Por si aparento ser mejor de lo que soy? Que si la moral, las deudas, la responsabilidad, mi antítesis, mi misión en esta vida, mi familia y toda esa basura... ¡Pero qué idiota soy!».

En aquel momento le entraron auténticas ganas de reventarse la cabeza de un porrazo.

—Déjalo, olvida lo que he dicho. Vamos a echarnos un rato y luego lo hacemos.

Kashichi volvió a extender su futón y se metió dentro, haciendo mucho ruido.

A pesar de haber estado dándole tantas vueltas a la cabeza, consiguió conciliar el sueño en un momento gracias a la bebida. Cuando se despertó, ya era mediodía. Sintió entonces una insoportable lástima en su interior. Se levantó de un salto y salió de la habitación para pedirle más sake a la dueña, volviendo a usar el frío como excusa.

—Venga, levántate. Nos vamos.

Kazue dormía con la boca ligeramente entreabierta. Abrió los ojos sorprendida y dijo:

—Vaya, ¿he dormido tanto?

—No, aún es mediodía, pero es que no puedo más.

No quería seguir pensando, solo quería morir lo antes posible.

A partir de aquel momento, lo hicieron todo muy rápido. Kazue les explicó a los dueños del hostel que, ya que habían ido hasta allí, querían visitar el resto de balnearios de aguas termales que había



por la zona. Al salir, los dueños les ofrecieron llamar a un taxi, pero Kashichi dijo que, como hacía buen tiempo, preferían bajar la montaña caminando sin prisa para disfrutar del paisaje. Tras despedirse y andar unos pocos kilómetros, Kashichi miró hacia atrás y vio que la dueña venía corriendo hacia ellos.

—Oye, que viene —dijo Kashichi, algo preocupado.

—Tomad, cogedlo... —les dijo ella con la cara roja mientras les daba un paquete—. Es de seda. Lo he hecho yo. Lo siento, pero no teníamos nada mejor para regalaros.

—Gracias —dijo Kashichi.

—¡Ay! No tenías por qué haberte molestado —dijo Kazue.

Los dos sintieron un gran alivio, por lo que Kashichi retomó el camino rápidamente.

—¡Cuidaos mucho!

—¡Igualmente, señora!

A sus espaldas, las dos mujeres seguían despidiéndose con reverencias. De pronto, decidió darse la vuelta e ir hacia ellas.

—Señora, deme la mano.

Entonces le agarró la mano con fuerza.<sup>[26]</sup> Al apretársela, el rostro de la dueña expresó cierta incomodidad, incluso temor.

—Está borracho —dijo Kazue, disculpándose.

Sí que lo estaba. Terminaron despidiéndose entre risas. A su alrededor, la nieve desaparecía según iban bajando por el camino. Kashichi iba comentando lugares con Kazue, preguntándole qué le parecía hacerlo en distintas zonas por las que iban pasando. Ella le contestó que cuanto más cerca de la estación mejor, ya que habría más ambiente. Después de caminar un buen rato, llegaron a una zona desde donde se podía ver toda la ciudad de Minakami, que se encontraba sumida en la oscuridad.

—Ya no nos queda ninguna razón para alargarlo más, ¿verdad? —dijo él, fingiendo estar alegre.

—Así es —afirmó ella con seriedad.

Kashichi, moviéndose con lentitud a propósito, se adentró en el bosque de cedros que había a la izquierda del camino. Kazue lo

siguió. Era una zona en la que apenas había nieve. Las hojas caídas formaban espesos cúmulos y todo estaba cubierto de una densa humedad. Sin prestarle la más mínima atención al entorno que los rodeaba, siguieron adelante. Tuvieron que subir varias pendientes pronunciadas a gatas. Había que esforzarse, aunque fuese para morir. Al final, encontraron un pequeño claro lleno de hierba donde había espacio suficiente para que dos personas se tumbasen. Era un buen lugar. Algunos rayos de sol se colaban entre los árboles, y además había una pequeña charca al lado.

—Aquí está bien. —Kashichi ya estaba cansado.

Kazue extendió su pañuelo sobre la hierba para sentarse encima; a Kashichi le resultó gracioso. Él seguía sin apenas pronunciar palabra, por lo que Kazue sacó los botes de barbitúricos del *furoshiki* y los abrió en silencio. Enseguida Kashichi se los quitó de las manos, diciendo:

—Déjame a mí, soy experto en este tipo de medicamentos. Toma, con esta cantidad será suficiente.

—¡Qué pocos! ¿Solo con esto moriré?

—Para alguien que los toma por primera vez es más que suficiente. Yo suelo tomarlos, por lo que necesitaré una cantidad diez veces mayor que la tuya para morir. Si sobrevivimos, será un fracaso total. Tenemos que hacerlo bien.

Si alguno de los dos evitaba a la muerte, lo acabarían metiendo en la cárcel.

«En el fondo estoy intentando que Kazue sobreviva. ¿Acaso no será una sucia manera de vengarme? No, no puede ser. No puedo permitirme pensar de esta manera. Si lo hago, todo esto no parecerá más que una estúpida novela vulgar y barata». Kashichi comenzó a sentir cierta ira en su interior, por lo que empezó a ingerir las pastillas que rebosaban en su mano una tras otra, ayudándose del agua de la charca para tragar. Kazue, con manos torpes, también se las tomó.

Se besaron y se tumbaron juntos.

—Bueno, ha llegado la hora de decir adiós. Si alguno de los dos sobrevive, deberá vivir con alegría, ¿de acuerdo? —dijo Kashichi.

Sabía que era difícil morir solo por la ingesta de barbitúricos, por lo que se movió ligeramente hacia el borde del desnivel que había junto a la charca. Una vez situado, se quitó el *obi*. Ató un extremo a su cuello y el otro al tronco de lo que parecía ser una morera. Con este sistema, en cuanto se quedase dormido y su cuerpo se deslizase hasta el borde, caería y moriría estrangulado. Lo tenía todo planeado desde el principio; por eso eligió un lugar en pendiente con un desnivel pronunciado. Al rato se quedó dormido, sintiendo vagamente como su cuerpo iba resbalando hacia abajo.

«¡Qué frío!». Abrió los ojos y se vio rodeado de una inmensa oscuridad. La luz de la luna se colaba entre las ramas. «¿Dónde estoy?». De pronto, recobró el sentido.

«Vaya, parece que al final he sobrevivido...».

Se tocó el cuello y notó que el *obi* seguía ahí. Acto seguido comenzó a sentir frío en la cadera y se dio cuenta de que había caído en un charco. Al parecer, en lugar de quedarse colgado, su cuerpo se había arrastrado de lado y había acabado en un pequeño hueco situado bajo el desnivel, donde el agua que caía de la charca se acumulaba, haciendo que el *obi* no se tensase y, por consiguiente, que no muriese estrangulado. Tumbado sobre el agua de aquella manera, comenzó a sentir su espalda congelada por completo.

«Al final he sobrevivido. Ni siquiera he logrado suicidarme. Ya no hay marcha atrás. Ahora que las cosas han salido así, no puedo permitir que Kazue muera. ¡Por favor, que esté viva! ¡Por favor, Kazue, no te mueras!».

Se había quedado sin fuerzas, le costó muchísimo incorporarse. Se levantó como pudo, empleando la poca fuerza que le quedaba. Se quitó el *obi* del cuello y lo desató del árbol para sentarse en el charco y mirar a su alrededor. Kazue no estaba allí.

La buscó a gatas por todos lados hasta que divisó un pequeño bulto oscuro por debajo de donde él se encontraba. Desde lejos,

parecía un pequeño perro acurrucado. Bajó deslizándose y se acercó. Resultó ser ella. Le tocó la pierna. Estaba helada. «¿Estará muerta?». Colocó la mano frente a su boca para ver si respiraba, pero no lo hacía. «¡Pero qué idiota, la muy caprichosa! ¡Se ha muerto!». De pronto, sintió una tremenda ira en su interior. Cogió bruscamente la muñeca de Kazue para tomarle el pulso. Lo tenía muy débil, pero tenía. «¡Está viva! ¡Está viva!». Metió la mano en su pecho y notó que aún estaba caliente. «¡Ah, menudo susto! ¡Está viva! ¡Qué bien, qué bien!». En ese instante sintió un profundo cariño hacia ella. «Claro, con esa cantidad era imposible que muriese. Ah, menos mal...». Sintiéndose algo más feliz, Kashichi se tumbó junto a ella y volvió a perder el conocimiento.

Cuando se despertó por segunda vez, Kazue seguía a su lado, roncando en alto. «¡Qué mujer más fuerte!». Llegó a sentir vergüenza de escucharla roncar de aquella manera.

—Oye, Kazue, despierta. ¡Estamos vivos! ¡Hemos sobrevivido! —dijo riendo mientras le movía los hombros para despertarla.

Kazue seguía durmiendo profundamente, con cara de satisfacción. A altas horas de la madrugada, en medio de la fría montaña y rodeados de árboles de troncos alargados y rectos, el silencio era total. En lo alto de un árbol de hojas tan puntiagudas que parecían agujas, la media luna colgaba en medio de la oscuridad. No pudo evitar que se le escapasen algunas lágrimas, por lo que acabó abandonándose al llanto. «Todavía sigo siendo un crío. Un niño no debería sufrir de esta manera...».

De repente, Kazue comenzó a gritar.

—¡Ay, señora! ¡Me duele! ¡Me duele el pecho! —Su voz parecía el sonido de una flauta.

Kashichi se asustó. Temió que alguien pudiese pasar por el camino en aquel momento y, al escuchar los gritos, fuera en busca de ayuda.

—¡Kazue! Ya no estamos en el hostal. La señora no está aquí.

—¡Me duele, me duele! —No se enteraba de lo que le decía y seguía chillando mientras se retorció de dolor.

De pronto, comenzó a deslizarse y rodó cuesta abajo. La suave pendiente llegaba hasta el camino por el que habían venido, al pie de la montaña, por lo que Kashichi tuvo que tirarse también en la misma dirección para pararla y evitar que alguien la viese en aquel estado. Unos metros más abajo, Kazue chocó contra el tronco de un árbol e, inconscientemente, se agarró a él.

—¡Señora! ¡Tengo frío! ¡Tráigame el brasero, por favor! —seguía gritando.

Al acercarse a ella, Kashichi pudo ver bien su rostro a la luz de la luna. Ya no parecía humana. Tenía el pelo totalmente alborotado, lleno de hojas marchitas de cedro, y la ropa hecha un desastre. Parecía una bruja, o el espíritu de una bestia de la montaña.

«Debo mantener la calma. Necesito ser fuerte». Kashichi se levantó tambaleándose y la cogió en brazos para intentar adentrarse de nuevo en el bosque con ella. Tropezaba y subía a gatas, resbalaba y se agarraba a la raíz de un árbol. Al final, escarbando y agarrándose a donde podía, consiguió subirla de nuevo montaña arriba. Tanto esfuerzo hizo que acabase perdiendo la noción del tiempo.

«Ah, ya basta. ¡Ya no puedo más! Esta mujer es demasiado para mí. Es una buena persona, pero es demasiada carga. Soy un hombre sin fuerza que ni siquiera es capaz de aguantar el sufrimiento de toda una vida. Ya basta. La voy a dejar. Con mi poca fuerza, he hecho más de lo que he podido por ella».

Fue entonces cuando tomó aquella firme decisión.

«De verdad que ya no puedo más con esta mujer. No soporto que dependa tanto de mí. Me da igual lo que opinen los demás. Voy a terminar con esta relación de una vez por todas».

El cielo empezaba a tornarse blanco según se iba acercando el alba, lo que hacía que la densa niebla del amanecer se concentrase entre los árboles. Mientras, Kazue iba dejando de hacer ruido, adoptando una actitud cada vez más tranquila.

«Voy a intentar ver toda esta situación desde un punto de vista más simple. Lo más simple que pueda, incluso siendo algo

machista, que, al fin y al cabo, parece ser la única manera de llevar una vida sencilla».

Kashichi continuó pensando mientras le quitaba con cuidado las hojas secas del cabello a Kazue, que seguía durmiendo.

«La quiero muchísimo. Tanto que no sé qué hacer. Ese es el principal motivo de mi sufrimiento. Pero ya basta. He conseguido reunir la fuerza suficiente para alejarme de ella, aunque la siga queriendo. En esta vida, a veces hay que sacrificar el amor. Durante todo este tiempo, me he dado cuenta de que eso es algo normal. Todo el mundo vive con ese pensamiento en la cabeza. ¿Por qué yo nunca he sido así? Si quiero seguir con mi vida, no me queda más remedio que dejarla. No soy ningún genio, ni tampoco estoy loco».

Kazue siguió durmiendo hasta el mediodía. Mientras, Kashichi, a pesar del cansancio, se quitó el kimono empapado y lo secó. Buscó los *geta* de Kazue, enterró los botes de barbitúricos y, entre otras cosas, quitó el barro del kimono de ella con un pañuelo.

Cuando Kazue se despertó, Kashichi le contó lo que había ocurrido la noche anterior. Al escucharlo, ella hizo una rápida reverencia con la cabeza y dijo:

—¡ Lo siento mucho!

Aquello hizo que Kashichi se echase a reír.

Él ya podía andar, pero Kazue aún tenía los miembros entumecidos, por lo que se sentaron juntos y comenzaron a hablar sobre su futuro. Todavía les quedaban unos diez yenes, así que Kashichi propuso que volviesen a Tokio juntos, pero Kazue no quiso porque tenía el kimono hecho un desastre y no quería subir al tren vestida de aquella manera. Al final quedaron en que ella volvería en taxi al hostel Tanigawa y le diría a la dueña que, mientras paseaban por el balneario, tropezó, cayó y se ensució el kimono, a pesar de que sonase totalmente falso. Al ir sola, le diría que Kashichi no estaba con ella porque había ido a Tokio a buscar un kimono limpio para ella, además de para coger algo más de dinero. Mientras tanto, ella esperaría descansando en el hostel. A Kashichi ya se le había secado el kimono del todo, así que salió del bosque y bajó a la

ciudad a comprar galletas, dulce de leche y un refresco. Volvió a la montaña y se lo comieron todo entre los dos, pero Kazue vomitó nada más darle un sorbo a la bebida.

Estuvieron allí juntos hasta el anochecer. Cuando Kazue empezó a poder andar, salieron del bosque. Tras subirse ella a un taxi para ir al hostel, Kashichi cogió el tren de vuelta a Tokio. Una vez allí, fue a hablar con el tío de Kazue para contarle todo lo que había ocurrido y para confesarle que la quería dejar. Aquel familiar, que era de pocas palabras, dijo con tristeza:

—Vaya, qué lástima... —Y puso cara de pena.

Fue él quien se encargó de ir a buscarla y traerla de vuelta a Tokio, acogiéndola en su casa.

—¿Sabes qué? Kazue solía comportarse como si fuese hija de los dueños del hostel —le contó Kashichi tiempo después, encogiéndose de hombros para no volver a hablar el tema—. De hecho, había ocasiones en las que colocaba su futón entre ellos y dormían juntos. Qué graciosa, ¿verdad?

Aquel tío de Kazue resultó ser muy simpático y comprensivo. A pesar de que Kashichi hubiese dejado definitivamente a su sobrina, seguía saliendo a beber con él de vez en cuando, sin darle importancia a todo lo que había ocurrido. Aun así, algunas veces decía:

—¡Ay! Pobrecita Kazue...

Lo que hacía que Kashichi se sintiera bastante incómodo.



Luces de boda



Fotografía: *Paisaje* (1940), óleo sobre lienzo de Osamu Dazai.

*Encendamos los faroles y alarguemos el día.*

I

La boda se había celebrado con éxito y ya era medianoche. La joven pareja estaba hablando sobre su futura vida de casados cuando, de repente, escucharon un extraño ruido que procedía de la habitación contigua. Sobresaltados, salieron del futón con sumo cuidado para ver de qué se trataba. Nada más correr el *fusuma*<sup>[27]</sup> que separaba ambas habitaciones, descubrieron el origen de aquel peculiar sonido. La langosta que les habían regalado como parte de la decoración de la pequeña bandeja elevada de madera<sup>[28]</sup> aún estaba viva y movía sus antenas con lentitud. Al darse cuenta, sintieron un gran alivio y se echaron a reír. Estoy seguro de que un matrimonio que guarde un recuerdo tan bonito como este, sin lugar a dudas llegará a formar una agradable familia que durará para toda la vida.

Os contaré, pues, la historia de una pareja a la que deseo de todo corazón que viva este tipo de experiencia durante su noche de bodas. Algo que los una y consiga sacarles una sonrisa.

Resulta que había un hombre que vivía a las afueras de Tokio, conocido por todos como el Barón. Aparentaba unos treinta y dos o treinta y tres años, pero es probable que fuese más joven. Años atrás comenzó a estudiar Economía en una Universidad Nacional, pero terminó dejando los estudios y pasó a no hacer absolutamente

nada. A pesar de ello, como recibía una paga mensual de sus padres, que vivían en su pueblo natal, pudo permitirse una casa que quizá fuese demasiado grande para una sola persona. Tenía tres habitaciones: De cuatro tatamis y medio, de seis y de ocho, donde cada noche se organizaban grandes fiestas a las que acudía muchísima gente. Aun así, él solía quedarse a un lado mientras los demás hacían lo que querían, armando siempre mucho jaleo. Eran demasiados, y todos iguales. De ese tipo de gente que, al igual que el Barón, no hacía nada con su vida salvo «pensar». Todos eran pobres y se mantenían al margen de la sociedad. Tal y como os lo cuento. No había noche en la que aquella casa no se llenase. Incluso había veces en las que entraba algún desconocido y decía, sin reparo alguno:

—Buenas noches. Pasaba por delante y he visto que había muy buen ambiente, así que pensé que quizá podría unirme a vosotros y pasar un buen rato. Bueno, si no os importa me sentaré por aquí.

Entonces siempre había alguien que gritaba:

—¡Pasa, pasa! Adelante.

Y acto seguido le ofrecía un cojín para que se sentase en el suelo junto a los demás. Pero esa persona nunca era el Barón. Luego aparecía alguien que le servía té y decía:

—¡Qué bien que hayas venido!

Pero aquel tampoco era el Barón. Más tarde aparecía otro hombre, delgado, que asustaba al visitante diciéndole:

—Tienes ojos de mentiroso.

Pero, al igual que los anteriores, tampoco era el Barón. Entonces, ¿dónde estaba el Barón? Era él el que siempre se sentaba en la esquina del salón con aire distraído, pasando desapercibido y escuchando muy serio las conversaciones de los demás. Ese era el Barón. Quizá por no ser una persona llamativa nadie se percataba de su presencia. Era bajito, de un metro y medio más o menos, y muy delgado. Aunque uno se fijase mucho en su rostro, era imposible notar nada destacable. Tenía la piel morena y grasa. La cara, ni redonda ni alargada. Una cara totalmente insulsa.

Tenía un poquito de barba y el pelo lo llevaba largo, pero ni desaliñado ni arreglado con gomina. También usaba gafas. De montura de hierro. Normales y corrientes. Era un hombre que no imponía lo más mínimo, por lo que los visitantes siempre acababan ignorándolo y se centraban en sus propias conversaciones. Discutían, se reían, y cuando se cansaban se daban cuenta de que el Barón estaba entre ellos.

—Anda, ¿sigues aquí? —le decían con un bostezo—. Pues me he quedado sin tabaco.

Entonces el Barón se levantaba y decía sonriendo:

—¿Ah, sí? Lo cierto es que a mí también me han entrado ganas de fumar. —Era mentira, el Barón ni siquiera fumaba, pero se levantaba e iba a comprar tabaco—. Ahora vuelvo.

Todo el mundo lo llamaba Barón, pero no tenía ningún título nobiliario. Simplemente era hijo de una familia que tenía tierras en el norte, nada más. En realidad, si hubiese algo que de verdad mereciese la pena destacar de su vida serían aquellas dos o tres cosas que hizo cuando era universitario, relacionadas con el amor, el alcohol y cierto tipo de actividades políticas. Una vez incluso lo metieron en la cárcel. Por otro lado, intentó suicidarse tres veces, pero ninguna de ellas lo consiguió. Como suele ocurrir en todas las familias numerosas, siempre hay alguien que se siente desplazado. Por eso, cada vez que el Barón estaba con un grupo de personas, sentía que era el único que sobraba, lo que le impulsaba a buscar con ansia la mejor manera de terminar con su vida. Daba igual cómo y dónde con tal de que fuese lo antes posible. Quería despedirse de esta vida; deseaba que, de alguna manera, su muerte inspirase y sirviese de ayuda al menos a un par de personas. Se veía a sí mismo como un hombre de cuerpo feo y corazón miserable. Además, el hecho de haber nacido en una familia rica y haber gozado de todo tipo de lujos y facilidades hizo que se obsesionase con todos esos problemas existenciales de manera exagerada, lo que terminó propinándole fuertes golpes que destrozaron su ego y contribuyeron a que se formara una personalidad bastante extraña.

Se había hartado de la vida y se había obsesionado con la idea de ser útil. Deseaba que, a pesar de lo frágil que era, alguien fuese capaz de encontrarle algo de utilidad a su insípida existencia. Puede que aquella manera de pensar resultase algo miserable, pero lo cierto es que era lo único que le motivaba para seguir viviendo. Por eso, todas las decisiones las tomaba en base a ello. Aun así, sus actos, o al menos la apariencia de estos, terminaban por ser bastante curiosos.

«Soy el camarada de los débiles, el amigo de los pobres», solía pensar.

La actitud que genera vivir al borde de la desesperación suele asociarse con los mártires; por eso el Barón tuvo una temporada, aunque corta, en la que se podría decir que sufrió incluso más que un mártir. Se oponía al viento, recibiendo las fuertes embestidas del oleaje y desafiando a la lluvia. Todas aquellas penas que sufrió fueron reales, ya que, al fin y al cabo, su actitud se basaba únicamente en la desesperación. Lo único que tenía claro era que había nacido condicionado por la mala suerte. O, dicho de otra manera, lo único que tenía claro era que ansiaba morir lo antes posible. Día tras día no hacía más que buscar como loco la manera de acabar con su vida. Por eso no era capaz de ayudar a los demás, ya que ni siquiera sabía qué hacer consigo mismo. Era un fracaso de hombre. Conseguir una muerte honorable ofreciendo su vida en sacrificio no era una tarea sencilla. Digamos que la vida, tan dura y estricta, no le permitió ser egoísta y caprichoso. Al fin y al cabo, el ser humano no es como los fuegos artificiales, que terminan sus cortas vidas con una explosión grande y bella ante los ojos de miles de personas.

La palabra «conversión» podría estar unida a un sentimiento de salvación e ilusión. Pero, en su caso, este término no encajaba en absoluto, siendo quizá los más correctos «fracaso» o «catástrofe». Prefirieron ignorar su vida gris en lugar de condecorarlo con una medalla al honor, lo que para él supuso una gran vergüenza. Parecía un actor que acabase de representar su papel y, al no bajar

el telón, solo alcanzase a tirarse al suelo y hacerse el muerto. No era más que un payaso. Un muerto viviente. ¿Era eso lo único que le podía aportar al mundo? Era un hombre que, a pesar de todo lo que había sufrido, seguía sin ser capaz de dejar de lado aquella obsesión por sacrificarse de alguna manera. Seguiría tirado en el escenario, esperando a que alguien lo encontrase de provecho y lo utilizase de alguna manera. En el fondo, sí que era útil en cierto sentido. Al proceder de una familia adinerada, no tenía problemas para mantenerse. Toda esa gente a la que la sociedad había calificado de inútil o inmoral por haber cometido algún tipo de error durante su vida y que, además, tenía menos dinero que el Barón, venía y se reunía en torno a él, al igual que las gotas que caen se terminan juntando en lo más profundo del charco. Y así fue como todos ellos acabaron tomando la casa del Barón como refugio, como el único lugar de diversión del que podían disfrutar. De ahí que empezasen a llamarlo Barón, casi mofándose de su amabilidad. Mientras tanto, él se quedaba en la cocina, preparándoles arroz y pelándoles patatas con aire distraído.

Así era el Barón. Una vez, uno de aquellos visitantes comenzó a trabajar en un estudio de rodaje. Al parecer, aquel trabajo le hacía tanta ilusión que quería que alguno de los que allí se reunían encontrase un hueco para ir a visitarlo y ver cómo trabajaba, pero nadie le hizo caso. El Barón sintió lástima por él y, fingiendo mucho interés, le dijo que le encantaría ir a visitar el estudio. Pero lo cierto era que el Barón no era aficionado a nada. Era primer *dan*<sup>[29]</sup> de tiro con arco, pero tampoco podía decirse que aquello fuese una afición. Ni siquiera sabía cómo funcionaban las reglas *janken*<sup>[30]</sup>: creía que la tijera ganaba a la piedra. Siendo así, ¿cómo iba a ser aficionado al cine? Todos, absolutamente todos los días, los pasaba cuidando a sus visitantes, desde por la mañana hasta por la noche; incluso había algunos que se quedaban a dormir. No tenía tiempo ni para salir de casa y, en caso de que algún día nadie apareciese por allí, aprovechaba para hacer limpieza e ir a comprar arroz y sake. Con aquel ritmo de vida era imposible que tuviese tiempo para ir al cine.

Además, el agasajar a tanta gente hacía que muchas veces tuviese dificultades para pagar en las tiendas en las que solía comprar, por lo que se veía obligado a dar excusas para así poder abonarlo todo a fin de mes, que era cuando sus padres le mandaban el dinero. Algo que, como tantas otras cosas, mantenía en secreto, por lo que quizá el motivo de que no tuviese ninguna afición no fuese su falta de tiempo libre o su carácter reservado, sino la situación económica en la que en realidad se encontraba.

Al final, el Barón acudió a aquel estudio de rodaje, que se encontraba en el campo, a unas dos horas en tren desde su casa. Cuando llegó, vio un campo en el que no había más que hierbajos, pero anduvo con cuidado, pensando que sería un lugar plagado de actores. Sentía que en cualquier momento, de entre los arbustos de cíttis que rodeaban la zona, podía aparecer un grupo de cosacos engalanados o algo por el estilo. También se imaginó ataviado con una resistente armadura estampada con motivos florales, concretamente de flores de cerezo, caminando con firmeza y sintiendo una gran confianza en sí mismo. Pero al ver su diminuta sombra, proyectada en el camino por el endeble sol de primavera, toda aquella energía se desvaneció al instante. El estudio estaba a unos cien metros de la estación, en una zona rodeada de arrozales. Las blancas columnas de la entrada estaban plagadas de pequeños zarcillos con brotes jóvenes, lo que le daba al edificio cierto aire de modernidad. Nada más entrar estaba el salón de leche<sup>[31]</sup> en el que había quedado con aquel visitante. La puerta corredera para acceder al salón, que era de cristal, no se deslizaba bien y se atascaba, por lo que al Barón le costó muchísimo moverla. La empujó con tanta fuerza y de tal manera que cualquiera que le hubiese visto habría pensado que trataba de abrir la mismísima Cueva de la Roca Celestial<sup>[32]</sup>. Al final la puerta acabó resbalando unos dos metros, causando un gran estruendo y haciendo que el Barón se tambalease de manera ridícula. Casi se cayó al suelo, pero logró mantener el equilibrio. Un sudor frío le recorrió la espalda y, acto seguido, se metió corriendo en el salón de leche para

esconderse. El local contaba con tres mesas y seis o siete sillas, todas cubiertas de una fina capa de polvo blanco. Sin pensárselo dos veces, se acercó a la mesa más apartada de todas, que estaba en una esquina que había junto a la entrada. Siempre se sentía más cómodo cuando se cobijaba en los rincones. Al principio se puso nervioso, pensando que en cualquier momento podría entrar algún actor de renombre, pero aquello no ocurrió. Al final, todo ese estrés mezclado con el cansancio que sentía acabó por dejarlo agotado. Habían quedado a las dos, pero por allí no pasaba nadie. Finalmente, en torno a las cuatro de la tarde y tras haberse bebido tres vasos de leche, apareció el visitante, que también corrió la puerta haciendo muchísimo ruido y entró precipitadamente al salón como si de una bala se tratase.

—¡Hola, perdón por el retraso! ¿Tienes un cigarrillo?

El Barón se levantó sonriendo y sacó un paquete de tabaco de su bolsillo, disculpándose él también de manera extraña:

—Yo también acabo de llegar, lo siento.

—No te preocupes —dijo el visitante sin darle la menor importancia—. Hoy hemos empezado el rodaje del grupo del señor Ikuta y estamos hasta arriba de trabajo.

Acto seguido le hizo un peculiar baile para mostrarle lo ajetreados que estaban, agitando las manos y levantando las piernas.

El Barón contempló aquella extraña danza con seriedad y le dijo emocionado:

—¡Qué entusiasmado se te ve!

Pero, justo en aquel momento, se dio cuenta de que quizá sus palabras de persona ajena al mundo del arte podrían resultar demasiado vulgares a su acompañante, que tal vez hirieran su ego de artista y, por lo tanto, lo molestaran, por lo que intentó arreglarlo diciendo:

—La producción artística es... —Y paró para reconstruir lo que iba a decir en su cabeza, ordenándolo y repitiéndolo para sí mismo—. Producir arte y reflejar en él la belleza de la vida cotidiana es



algo muy hermoso, pero, al mismo tiempo, muy complicado. Sin embargo, es algo que tú has logrado alcanzar, y que te ha dado resultados fantásticos. ¡Qué maravilla! ¡No sabes la envidia que me das!

Menudo cumplido le soltó. Terminó de decir todo aquello y sacó un pañuelo para intentar secarse con disimulo el sudor que le caía por el cuello.

—¡No es para tanto, hombre! —dijo el visitante mientras se reía—. ¿Te enseño el estudio?

—¡Sí, por favor! Enséñame. —Aunque el Barón no tenía ganas de ver nada, pronunció aquellas palabras con gran entusiasmo. De pronto le entraron ganas de morir.

—*All right!* —exclamó el visitante mientras salía corriendo como un loco—. *Come on!*<sup>[33]</sup>

Aquel visitante era ayudante de dirección. Su trabajo consistía en llevar cubos de agua de un lado a otro y colocarle la silla al director. Parecía que estaba muy orgulloso de haber logrado aquel puesto; por eso le ofreció al Barón que se quedase a verlo trabajar todo el tiempo que quisiese. Este hacía todo lo posible por complacerlo, quedándose allí de pie como un imbécil y contemplando aquel rodaje por el que no sentía ni el más mínimo interés. Frente a él se representaba una escena absurda. Un hombre forzudo con barba tenía mucha hambre y se comía seis cuencos de arroz seguidos. Por lo visto se trataba de una escena cómica que haría reír a todo el mundo, pero a él no le hacía ni pizca de gracia. El hombre comía y la joven que le servía se sorprendía, soltando pequeñas exclamaciones de asombro. A pesar de lo simple que era la escena, tuvieron que ensayarla más de veinte veces. Al Barón no le hacía ninguna gracia; más bien empezaba a molestarle. En las comedias japonesas siempre hay escenas en las que alguien come muchísimo, o en las que aparece uno que pone cara de sufrimiento después de haberse comido diez bollos. También está la típica escena en que dos personajes se pelean por un billete que al final termina llevándose el viento, lo que hace que los dos salgan

corriendo tras él como idiotas. Escenas que suelen arrancar carcajadas a los espectadores pero que, sin embargo, al Barón le eran totalmente indiferentes; hasta le hacían sentir mal. Especialmente aquella del forzado con barba. Le pareció horrible, un insulto a la humanidad. De pronto al director se le ocurrió algo maravilloso: al barbudo se le quedaría pegado un grano de arroz en la barba y no se daría cuenta. Enseguida todo el mundo alabó aquella idea tan simple. El actor que interpretaba al forzado intentó colocarse torpemente un grano de arroz entre los pelos de la barba mientras se miraba en el espejo que un joven le estaba sujetando. Había pasado tanto rato que el arroz ya se había secado, perdiendo su adhesividad, por lo que no había manera de pegarlo. Frente a aquel problema, el ayudante de dirección se acercó entusiasmado y dijo:

—¡Ya sé! Coges otro grano de arroz, lo aplastas y lo usas como adhesivo. Si lo untas, el otro se pegará bien.

El Barón sintió tanta pereza que notó como comenzaba a pesarle todo el cuerpo. De pronto empezaron a brotarle lágrimas de los ojos sin que supiera muy bien por qué. Quería llorar, o gritar muy alto. Aun así, no se podía permitir marcharse de aquel lugar, ya que, según él, hacerlo podría suponer una falta de respeto, por lo que no tuvo más remedio que seguir contemplando aquella ridícula escena mientras asentía con la cabeza y fingía sentir un gran interés por todo aquello.

Una vez terminaron de grabar, el Barón sintió que renacía. Salió corriendo, casi huyendo de aquella sala calurosa y llena de humedad. Fuera ya era de noche y las pálidas estrellas brillaban en el cielo. Soltó un profundo suspiro.

—Shin.

Alguien lo llamó en voz baja por su verdadero nombre. Se giró y pudo ver en la oscuridad la sonrisa de aquella joven que servía arroz al forzado con barba y se sorprendía cada vez que lo veía comer, a pesar de haberle visto hacerlo más de veinte veces.

—¡Hola, Shin! Te he reconocido nada más verte, pero como estábamos grabando no he podido decirte nada, lo siento. ¡Mírate, sigues igual! —dijo entusiasmada para después cambiar a un tono más serio—. Cuánto tiempo sin vernos. ¿Qué tal estás? ¿Qué tal tu familia?

Fue entonces cuando el Barón la reconoció.

—¡Tomi! ¡Eres tú!

Aquel encuentro le hizo perder la calma que había estado intentando mantener toda la tarde, hasta tal punto que empezó a hablar con el acento de su pueblo sin darse cuenta. Diez años atrás, Tomi había servido en casa de la familia del Barón, justo en la misma época en que él empezaba el bachillerato. La conoció por primera vez cuando volvió a casa durante las vacaciones de verano. Por aquel entonces, ella tendría unos dieciséis o diecisiete años. Era delgada y pequeña; tenía el pelo algo ondulado y la mirada penetrante. Siempre había intentado ayudarlo en todo lo posible, y lo trataba con mucho cariño, lo que a él le molestaba muchísimo. Tanto que, de vez en cuando, se mostraba cruel con ella. Hubo una vez, por ejemplo, en la que le ordenó quitarle todas las pulgas a su perro y la obligó a no parar hasta que no quedase ni una. Tomi pasó unos dos años viviendo en casa de sus padres hasta que un día el Barón se dio cuenta de que ya no estaba, algo que no le importó lo más mínimo.

Aquella chica que lo había llamado por su nombre resultó ser Tomi. El Barón sintió un escalofrío nada más verla. No llegó a ponerse la piel de gallina pero sí notó una especie de entumecimiento extraño por todo el cuerpo. Un profundo temor, como si se hubiese cruzado con un espíritu de la montaña. El hecho de haberla tratado tan mal en el pasado le hizo pensar que quizá ahora ella se vengaría de él. Aquello lo dejó tan perplejo que hasta la voz se le volvió algo áspera:

—Bienvenida —murmuró el Barón debido a la costumbre de recibir a tanta gente a diario, aunque en este caso estaba totalmente fuera de lugar.

Ella también parecía bastante sorprendida. Sin darle mayor importancia al comentario que aquel idiota adormilado acababa de soltarle, dijo:

—¡Bienvenido tú también! Me gustaría poder charlar contigo con calma, pero ahora estoy muy liada. ¡Oh, espera! ¿Por qué no quedamos frente a la estación de Shinbashi a las nueve? Con un ratito que nos veamos bastará, de verdad. Venga, por favor. Quizá para ti sea una tontería, pero a mí me haría mucha ilusión.

Se lo dijo todo deprisa y en voz baja, mirando a su alrededor, intentando que sus miradas no se cruzasen. Parecía que aquello iba en serio.

—Ah, de acuerdo. Perfecto. —Al fin y al cabo, el Barón no era capaz de decirle que no a nadie.

Se fue de allí y cogió el tren con cierta sensación de desagrado. No podía dejar de pensar en lo incorrecto y vulgar que le resultaba quedar con una antigua criada en una estación de tren. Le parecía algo vergonzoso, incluso inmoral. Pasó mucho tiempo dudando si acudir a la cita o no, pero finalmente terminó yendo. No tenía la fuerza interior suficiente para romper una promesa.

A las nueve de la noche se encontró con la pequeña Tomi frente a la estación de Shinbashi. Caminaron juntos entre la multitud, sin pronunciar ni una sola palabra hasta que pasó un buen rato. Tomi, que lo seguía casi a la carrera, se asomaba por ambos lados del Barón y le hacía preguntas sin cesar. Todas sobre su familia y su pueblo natal. Hacía más de ocho años que el Barón no pasaba por allí, por lo que no sabía muy bien qué contestarle. Comenzó dándole respuestas cortas y aleatorias, como «Bueno» o «Quizá», pero al rato se aburrió de repetir lo mismo una y otra vez y terminó contestándole en inglés, soltando frases como «As you see». Aquello no mejoró mucho la situación; más bien hizo que cada vez se volviese más incómoda. Cuando el Barón empezó a tener ganas de despedirse y largarse de allí, Tomi le dijo algo que lo descolocó por completo:

—Lo sé todo, Shin. Sé todo lo que te pasó. Al final me acabé enterando por la gente del pueblo. No deberías sentirte culpable; pienso que hiciste lo correcto. Siempre he sabido que eras una buena persona. ¡Ay, pobre! ¡Cuánto has tenido que sufrir! Shin, tienes que ser valiente, ¿de acuerdo? No eres un perdedor. Si alguna vez has perdido ante alguien, ha sido ante Dios, ya que intentaste ser como él, y eso no está bien. Yo también he sufrido mucho y sé perfectamente cómo te sientes. Has sufrido de la manera más noble que un ser humano puede sufrir. Deberías estar orgulloso de ello. Yo confío en ti. Al fin y al cabo, somos humanos. Todos tenemos nuestros defectos. Pero Shin, tú has hecho algo grande. No te avergüences. Es más, hasta deberían aplaudirte por ello. Si te digo la verdad, el mundo del cine también es un lugar muy sucio, por lo que creo que tengo la experiencia suficiente como para saber que eres una buena persona.

El Barón creyó encontrarse en medio de un sueño. A pesar de ello, intentó rechazar con todas sus fuerzas el dulce susurro de Tomi, ya que, para él, aquella manera de consolarle no era más que una tontería típica de mujer. La vida lo había dejado tan abatido que, incluso en aquellos momentos en los que si se dejase llevar podría disfrutar de la dulzura del cariño, sentía una impotencia miserable. Fue un *love impotence* en toda regla, fruto de un hombre que había sido amaestrado en la sumisión. Un fantasma del siglo veinte. Un bebé que ya se afeitaba. Un idiota, vaya.

Tomi vaciló un instante y lo empujó ligeramente, haciéndolo entrar en la cafetería Shiseido. Se sentaron cara a cara en una mesa y entonces el Barón se dio cuenta de que todo el mundo los miraba con disimulo. Lo cierto era que no se fijaban en él, un hombre endeble y sin gracia como otro cualquiera, sino en Tomi, que en esos últimos años se había convertido en una famosa actriz, algo que el Barón ignoraba por completo. Por eso puso mala cara y se enfadó tanto: pensaba que todo el mundo les miraba de manera indiscreta sin motivo aparente.

—Mira. La gente se ríe de nosotros porque llevas puesto ese ridículo gorro de plumas ¡Qué vergüenza! A mí me gustan las mujeres que visten con kimono de *meisen*.

Tomi se echó a reír.

—¿Pero de qué te ríes? Te has vuelto muy insolente durante estos últimos años, ¿eh? Cuando veníamos también te has portado así. Aprovechabas los momentos en los que yo no decía nada para hablarme de manera pedante, como si estuvieses leyendo un artículo de una revista o algo por el estilo. No intentes consolarme, que no hace falta. Una mujer no debería entrometerse en los asuntos de los demás. ¡Qué pesada! Si no tienes nada más que contarme, me marchó.

El Barón comenzó a sentirse terriblemente humillado sin motivo alguno. «Pero qué falta de respeto. Si está intentando arrastrarme como a cualquiera de sus colegas me marchó. No permitiré que una sirvienta se ría de mí de esta manera». Acto seguido se levantó y salió a toda prisa de la cafetería. Tomi, sonriendo y manteniendo la característica tranquilidad de una madre, contempló como el Barón se marchaba.

## II.

Nada más salir de aquella cafetería, el Barón se dirigió a su casa, en las afueras. Cuando bajó del tren en la estación que más cerca de casa le quedaba, comenzó a sentirse algo más animado. «Uf... Menos mal que he conseguido salir de allí sin problemas», pensó. Se sintió muy orgulloso de su valentía, se halagó a sí mismo y compró diez cajetillas de Bat en el estanco que había frente a la estación. Es algo que suele ocurrir con este tipo de gente. Cuando alguien los insulta a la cara, adoptan una actitud sumisa y obedecen sin dudar, pero cuando alguien los trata con ternura, se vuelven

altivos y orgullosos, e insultan y desprecian a todo aquel que intenta ayudarlos. No obstante, aquella noche, aun sintiéndose mucho mejor a causa de haber tratado a Tomi de aquella manera, el Barón la pasó dando vueltas en el futón. No podía dejar de pensar en su pueblo natal:

«Después de todo, aunque suela aparentar lo contrario, en el fondo siento un gran orgullo por pertenecer a la familia a la que pertenezco. De vez en cuando, hasta presumo de ella. Es una gran familia. Si tuviese una fotografía en la que saliesen todos juntos, sin lugar a dudas la colocaría en el *tokonoma*<sup>[34]</sup> de esta habitación. Seguro que todo el que viniese sentiría una profunda envidia nada más verla, lo que me haría estar todavía más orgulloso. Les hablaría sobre todos y cada uno de los miembros de mi gran familia, exaltando su inteligencia, belleza, sinceridad y modestia; quizá hasta exagerando de vez en cuando. Aunque el oyente comenzase a contener bostezos de aburrimiento y se le humedeciesen los ojos por ello, confundiría esas lágrimas con lágrimas de emoción, por lo que seguiría hablando sin cesar hasta que me parase de manera educada, empleando algún elogio en forma de grito lastimero (“Que sí, que sí. Que eres un hombre muy feliz”), para acto seguido plantearme la duda que le habría estado rondando desde que vio la imagen por primera vez: “Pero ¿por qué tú no sales en la foto?”. A lo que yo contestaría: “No puedo salir en ella, ya que, a lo largo de mi vida, he hecho varias cosas de las que me avergüenzo; por eso no tengo ningún derecho a salir en esa fotografía junto a mi familia. Ni en broma podría aparecer entre ellos”.

»Como a día de hoy aún sigo llevando este tipo de vida tan miserable, mi familia piensa que soy un egoísta, un mentiroso y un desastre de persona, por lo que me dejan que siga sufriendo para que aprenda de mis errores, aunque seguramente en el fondo sientan ganas de ayudarme. Se fían de mí, pensando que no soy tan inútil como aparento y que algún día tomaré conciencia de la realidad. Por eso se mantienen al margen, esperando a que llegue ese momento. Como soy consciente de ello, aun pasando noches

muy duras en las que me entran verdaderas ganas de morir, intento mantenerme con vida de alguna manera, empleando todo mi esfuerzo, repitiéndome una y otra vez que tras la noche siempre llega el día. Imagino que en unos tres años comenzarán a permitirme que aparezca en un rincón de las fotografías familiares. Aunque, siendo tan débil como soy, es posible que para cuando me lo permitan yo ya no esté en este mundo. En ese caso, añadirían en la parte superior derecha de la imagen una pequeña fotografía mía adornada con flores blancas en la que aparezca sonriendo.

»Es algo que puede que ocurra en unos tres años; bueno, no, quizá tarden cinco o diez en dejarme salir de nuevo. Además, como tengo tan mala fama en mi pueblo, aunque mi familia decida perdonarme puede que haya situaciones ajenas que no se lo permitan. ¿Qué haría si ocurriese algo que me obligase a volver allí? Podría soportar el dolor que me causaría, pero ¿sería capaz de afrontar la angustia que mi vuelta supondría para mi familia? Mi hermana murió en otoño del año pasado y ni siquiera me avisaron. En el fondo los entiendo, y por eso no les guardo rencor. Pero si... Bueno, no debería estar pensando en este tipo de cosas, creo que es una gran falta de respeto por mi parte, pero si mi madre muriese, ¿qué pasaría? ¿Me avisarían? En caso de que tampoco lo hiciesen, sé que debería aceptarlo. Estaría dispuesto a ello y seguiría sin guardarles rencor. Pero... es cierto. Reconozco que a veces soy algo iluso; por eso me consuela pensar que quizá en ese caso sí que me avisarían, lo que haría que por fin pudiese regresar a mi pueblo. Hace ya casi diez años que no voy por allí. Ni siquiera dejan que me acerque para echar un vistazo en secreto, y no se lo reprocho. Pero ¿qué pasaría si de repente apareciese en mi pueblo a causa de la muerte de mi madre?

»Voy a intentar imaginármelo: Recibiría un telegrama comunicándome la mala noticia y no sabría qué hacer, tan solo daría vueltas y más vueltas en mi habitación. ¿Qué hago, qué hago? Gemiría por no encontrar una solución, puesto que sin dinero no podría ir hasta allí. Los que vienen a mi casa son todavía más



pobres que yo y tienen vidas mucho más duras que la mía, por lo que, aun encontrándome en una situación tan delicada, no podría pedirles nada. El mero hecho de decírselo ya me dolería, lo que seguramente haría que ellos se sintiesen todavía peor por no poder ayudarme. No debería hacerles sentir vergüenza de manera innecesaria, ya que a mí también me daría lástima. Seguramente en ese preciso instante me entrarían unas terribles ganas de suicidarme por ser una persona tan inútil incluso en una situación así. Pensaría que no tengo ningún derecho a seguir con vida y que aquello sería lo único que podría hacer. Pero justo en ese momento recibiría un telegrama de la mujer de mi hermano. Sí, sí. Estoy seguro de que me echaría una mano. Justo en ese momento me mandaría treinta yenes por giro postal. Aunque en el fondo me gustaría que fuesen cincuenta, sé que sería demasiado pedir. Cincuenta yenes son mucho dinero, suficiente para que una familia de cinco miembros viva un mes entero sin preocupaciones. Incluso sería más que suficiente para curar la terrible infección de ojos que estaría dejando ciega a una pobre niña cualquiera. Seguro que a la mujer de mi hermano le habría gustado mandarme más dinero, pero, al no poder permitírselo, tuvo que limitarse a esos treinta yenes. Aparte de que, debido al profundo odio que todos sienten hacia mí, no creo que viesen muy bien el hecho de que me mandase tanto dinero, aun encontrándome en una situación así, por lo que no debería considerar escasa esa cantidad. Me colocaría frente a aquel giro postal de treinta yenes, juntaría las manos y daría las gracias.

»Una vez solucionado el problema del dinero, pasaría a pensar en la ropa que llevaría puesta. Creo que mi familia se quedaría más tranquila si apareciese vestido como un estudiante, así que lo ideal sería combinar un kimono de *kasuri* con un *hakama*. Como alternativa, podría llevar un sencillo traje de estilo occidental. En ese caso, debería evitar combinarlo con alguna camisa de color o con una corbata roja. Sin embargo, lo único que tengo a mi disposición son unos pantalones anchos y una cazadora de color gris, nada

más. Ni siquiera tengo sombrero. Vestido con esa ropa parezco un artista sumido en la pobreza. De esta guisa acudí vestido a mi cita con Tomi en Ginza, pero, si fuese así a mi pueblo natal, mi familia sentiría todavía más vergüenza de la que ya siente por mí. El tema de la ropa me supondría una gran complicación, pero justo en ese momento se me ocurriría que quizá podría pedirla prestada. Como soy un poco más bajo que la media, tendría dificultades para encontrar algo que me quedase bien. No obstante, y aunque pueda sonar raro, solo hay un hombre en todo Japón que mida igual que yo. No se trata de uno de mis numerosos visitantes, sino que es la única persona que me da consejos de verdad cuando atravieso un mal momento. Es mi mejor amigo y es mucho más pobre que yo, por eso el único traje que tiene siempre está empeñado. Iría corriendo a verle con los treinta yenes y se le contaría todo. Acudiríamos enseguida a la tienda de empeños para que nos devolviesen su traje por diez yenes. Además, me dejaría una camisa, una corbata, un sombrero y hasta unos calcetines, por lo que podría vestirme sin problemas para la ocasión. Daría un poco igual si la ropa me quedaba bien o no, ya que sería más que suficiente para que me apañara. Tengo la cabeza tan grande que el sombrero de color gris no me entraría; se quedaría tambaleándose sobre ella, lo que me daría un aspecto ridículo. Aun así, el traje azul marino y la corbata negra me quedarían, digamos, razonablemente bien. Acto seguido iría corriendo a la estación de Ueno sin ni siquiera parar a comprar regalos. Tengo muchos primos y sobrinos de corta edad, todos ellos acostumbrados a recibir regalos de lujo, y si les llevase un librito con dibujos sentirían todavía más lástima por mí. Además, en el caso de que sus madres me los devolviesen alegando que no podían recibir nada que viniera de mí, por el motivo que fuese, se crearía una situación todavía más incómoda. Por eso, lo mejor sería no comprar nada, salvo el billete que me llevaría hasta allí.

»Al bajar del tren en mi pueblo, seguramente me echaría a llorar nada más ver aquel paisaje rural tras casi diez años sin

contemplantlo, pero enseguida recobraría la compostura e iría hacia la casa de mi familia. Lo cierto es que me sentiría angustiado por la impresión que pudiera estar dando, vestido de aquella manera y sin ni siquiera tener un maletín que llevar. Dentro, todo estaría sumido en una profunda oscuridad acompañada de un inquietante silencio. La primera persona con la que me cruzaría sería la mujer de mi hermano. Comenzaría a sentir una incomodidad inmensa y me quedaría de pie frente a ella, inexpresivo, como un idiota. Entonces, en su rostro brotaría el horror. «¿No me digas que este hombre, este señor sucio que está aquí de pie frente a mí, es mi hermano pequeño?»<sup>[35]</sup> ¿Aquel joven delgadito y cariñoso que me llamaba “hermana” cuando iba al bachillerato? ¡Qué asco! ¡Pero qué asco de hombre! Tiene los ojos turbios y amarillentos, se está quedando calvo y tiene la frente de un color rojizo oscuro, con un brillo tan grasiento que hasta resulta grosero. Y los labios, y las mejillas, y la nariz...», pensaría para sus adentros temblando.

«Tras aquel reencuentro, entraría a la habitación donde yacería mi madre. ¡Ay! Seguro que allí también viviría momentos de gran incomodidad, pero no debo imaginármelos, no debo tener pensamientos tan crueles, ya que muchas veces lo que imagino acaba convirtiéndose en realidad. Lo mejor será que me salte esta parte.

»A1 salir de la habitación discretamente, notaría que una de mis hermanas, que ya está casada y vive con la familia de su marido, saldría detrás de mí sin hacer ruido y me diría, casi susurrando:

—Qué bien que hayas vuelto.

Entonces no podría evitar echarme a llorar.

Ella sería la única que no me temería; se quedaría de pie frente a mí y esperaría a que mi llanto cesase.

—Hermana, dime la verdad. ¿Crees que soy un mal hijo?».

Una vez que la imaginación del Barón llegó hasta tal punto, no fue capaz de soportarlo más y se cubrió la cabeza con la colcha. Hacía mucho que no lloraba.

Durante aquellos últimos años, el Barón había ido cambiando poco a poco. Se había ido transformando en un ser pedante y vulgar de color rojizo oscuro. No fue algo que ocurriera de la noche a la mañana a raíz de algún incidente casual, sino que el sol, el viento y la lluvia de esos últimos cinco o diez años le habían ido golpeando poquito a poco, haciéndolo cambiar. Fue algo que le ocurrió contra su voluntad, como cuando las plantas se marchitan: Florecen en primavera y en otoño se vuelven rojizas. «No puedo hacer nada contra la naturaleza», solía repetirse de vez en cuando para acto seguido reírse de manera fea y dolorosa. Aun así, había momentos en los que aceptaba su derrota con naturalidad. Momentos en los que, inexplicablemente, sentía una cálida sensación de calma. Era entonces cuando sentía que podía volver a empezar su vida desde cero, pero en cuanto se ponía a buscar la manera de comenzar, se deprimía por no encontrar respuestas y desistía.

Incluso llegó un momento en el que empezó a sentir pereza por tener que atender y cuidar a los visitantes; le resultaba insoportable tener que oírlos hablar entre ellos todas las noches. Pero, a pesar de eso, nunca tuvo la intención de criticarlos por su retorcido egoísmo o su ridícula vanidad. Para el Barón, todos aquellos comportamientos no eran más que el fruto de la debilidad de aquellas personas. Estaba convencido de que todas esas personas albergaban un amor tan profundo en su interior que no eran capaces de controlarlo, lo que hacía que, debido a su fragilidad y falta de recursos, acudiesen a su casa cada noche. Aquello le daba tanta lástima que creía que lo mínimo que podía hacer era recibirlos y tratarlos con hospitalidad. Sin embargo, durante aquellos días comenzó a dudar de las verdaderas intenciones de los visitantes. Le vino a la mente algo muy simple que le hizo pensar: «¿Por qué ninguno de ellos se pone a trabajar? Si estuviesen buscando trabajo sin tregua y no lo encontrasen, al menos podrían hacer algún tipo de obra social sin cobrar nada a cambio. Lo correcto sería esforzarse al máximo, a pesar de las circunstancias. Creo que el mundo es un lugar muy duro en el que no se puede sobrevivir sin esfuerzo. La

vida está fundamentada en este pensamiento, y todos nuestros actos, como el pensar, la búsqueda de la belleza y demás, se hacen basándose en el esfuerzo de cada uno. Pero lo que hace esta gente todas las noches es echarse en el suelo y limitarse a intercambiar elogios. ¿No es acaso este comportamiento algo totalmente ridículo, ignorante, arrogante y deplorable? Sé que en este mundo existe gente bella que tiene un alma noble y unos conocimientos mucho más profundos que los que ellos tienen y, aun así, se pasan toda la vida trabajando. Entre todos ellos, aquel ayudante de dirección sería el más noble, y, cuando encontró trabajo, todos se burlaron de él. Me avergüenzo ahora de que me pareciera incómoda toda la emoción que desprendía aquella persona. Hacer algo con ánimo y esfuerzo. Precisamente eso es lo que hemos olvidado, algo que todos ellos han estado calificando de ridículo y vulgar. Es cierto que todos son pobres y débiles, y que la situación actual del país los ha dejado deambulando sin un camino concreto que seguir y ha convertido a muchos de ellos en seres auténticamente despreciables. Además, con independencia de todos los problemas que puedan tener, yo mismo he llegado a una situación en la que soy igual de pobre y débil que ellos. ¿Acaso tiene sentido que siga recibéndolos con tanta hospitalidad? Creo que, hoy en día, el lado negativo de la burguesía se ha ido haciendo cada vez más notorio entre aquellos que parecen sacados de las páginas de Bürger Schippel,<sup>[36]</sup> gente que se ha criado con todo tipo de facilidades en familias de mentalidad retrógrada. Sin embargo, creo que la burguesía de esta nueva generación está dejando de lado su parte decadente y, poco a poco, la está reemplazando por nuevas ideas, lo que hace que, a la larga, esa otra burguesía tan rancia vaya desapareciendo. Quizá sea por eso que la época en la que vivimos tiene un aspecto tan complicado y delicado. El amor de Dios no siempre es para los débiles y los pobres, ya que muchas veces es entre ellos donde se esconde el mismísimo Diablo. Por raro que pueda parecer, en ocasiones la fuerza también puede convivir en

armonía con la bondad, lo que hace que el amor de Dios sea aún más grande».

Aunque el Barón hubiese sido capaz de llegar a pensar de aquella manera, en el fondo no dejaba de ser un inútil idéntico a los que tanto criticaba, por lo que al final nunca alcanzaba a tener la suficiente confianza en sí mismo como para cambiar las cosas. Ni siquiera era capaz de rechazar aquellas visitas; incluso llegaba a sentir miedo de los visitantes. Al igual que el refrán que dice: «Si matas a un monje, sobre ti caerá una maldición que durará siete generaciones», el Barón sentía que, si echaba a aquellos visitantes de su casa, las yemas de sus dedos comenzarían a pudrirse; la podredumbre se extendería por todo su cuerpo y se vería obligado a sufrir aquel tormento durante siete generaciones. Por eso, al final siempre dejaba que siguiesen haciendo el vago en su casa noche tras noche, mientras él esperaba agazapado a que ocurriese algo que los sacase de allí.

### III.

Al cabo de unos días, el Barón recibió una carta de Tomi.

Estimado Shinnosuke Sakai:

Llevo tres días de rodaje en una playa de Numazu. Cada vez que veo las olas romper contra la orilla, me entran ganas de beberme un refresco, igual que cuando miro hacia el monte Fuji me dan ganas de comer *Yōkan*<sup>[37]</sup>. Lo cierto es que estoy sufriendo debido a un problema que tengo, y por eso digo tonterías sin sentido de este tipo. Estoy a punto de cumplir los veintiséis y me sorprende que ya hayan pasado diez años desde que dejé de trabajar en casa de tu familia. He estudiado muchas cosas, pero ninguna me ha servido para nada. Hoy el rodaje se ha cancelado a causa de la lluvia, nos han dado el día libre y en la habitación de al lado han montado una gran fiesta. Si te soy sincera, creo que no

valgo para actriz. Me gustaría volver a verte. Tengo vacaciones el dieciséis, diecisiete y dieciocho de este mes, y me encantaría que vinieses a visitarme a mi humilde casa cualquiera de esos tres días. Te lo agradecería muchísimo. Te adjunto en el sobre un mapa que he dibujado indicándote cómo llegar. Me da muchísima vergüenza tener que pedirte así, tan descaradamente, pero de verdad que me gustaría mucho que pudieses darme tu opinión sobre este asunto que tanto me preocupa. Es algo muy importante para mí. También me disculpo por mi terrible caligrafía. Sé que quizá esté pidiendo demasiado, pero no tengo a nadie más a quien recurrir. Por favor, ven.

Tomi

P. D.: El señor S., aquel ayudante de dirección amigo tuyo, me contó que suelen llamarte «Barón». ¡Qué gracioso!

El Barón leyó aquella carta en el futón. Lo primero que hizo fue echarse a reír. De hecho, le costó parar, ya que le parecía de lo más raro que Tomi le escribiese una carta con aquel vocabulario de mujer moderna de ciudad. Pero enseguida se puso serio. Sabía negarse firmemente a aceptar las cosas que le ofrecían, pero no era capaz de decir que no a los favores que le pedían. Así es como suelen ser este tipo de personas. Vio el mapa que venía con la carta. Para llegar hasta la casa de Tomi había que ir dos estaciones más allá del estudio de grabación del otro día. Tenía que ir; se sentía obligado a hacerlo. Aquel día ya era dieciséis, por lo que decidió ir esa misma mañana para quitárselo de encima cuanto antes. No tuvo más remedio que levantarse del futón, sin ganas e invadido por una terrible pereza.

Tras bajar del tren se encontró con un campo todavía más extenso que el que rodeaba al estudio de rodaje. Mirase a donde mirase, el Barón solo divisaba plantaciones de cebada que medían de quince a veinte centímetros de alto, de un color verdoso que hacía que se fundiesen entre sí. El Barón, con su escaso conocimiento de las gamas tonales, pensó que aquel sería el color que todos conocían como «verde esmeralda». Tras caminar unos cinco o seis minutos, dio con la casa de Tomi sin problemas. Le

sorprendió mucho que viviese en una casa tan lujosa. Llamó al timbre y una sirvienta le abrió la puerta, algo que le pareció del todo absurdo. «¡Menuda idiota! De acuerdo, es actriz, pero no hace falta que se dé tantos aires».

—Soy el señor Sakai.

La sirvienta, que era pálida, tenía las cejas muy arregladas y vestía de manera llamativa, afirmó con la cabeza y volvió al interior de la casa tras sonreír de manera soez, como si sospechase algo. Apenas se hubo ido, apareció Tomi, vestida con un kimono de *meisen*. El Barón, sin ni siquiera darse cuenta de que iba vestida como a él le gustaba, le dijo enfadado:

—¿Qué es eso tan importante que me tenías que contar? No puedes mandarme ese tipo de cartas así como así. Aunque no lo parezca, soy un hombre muy ocupado. Tengo muchas cosas que hacer.

—Lo siento —dijo ella haciéndole una profunda reverencia—. Me alegro de que al final hayas podido venir.

En su rostro podía entreverse una honda emoción. El Barón contestó con un simple movimiento de cabeza y dijo:

—Qué casa, ¿eh? ¡Pero mira qué grande es el jardín! Te debe de costar mucho el alquiler, ¿verdad? —Lo cierto era que Tomi había mandado construir aquella casa con el dinero que había ganado como actriz. Las actrices famosas no suelen vivir en casas alquiladas—. Demasiada vanidad veo yo aquí. No deberías aparentar tanto, no te hace ningún bien —dijo el Barón mientras ponía cara de estar diciendo algo del todo razonable.

Pasaron al salón y allí Tomi le contó por fin aquello que tanto le preocupaba. El caso era que el contrato que tenía con la productora para la que trabajaba acababa en otoño y, dado que estaba a punto de cumplir veintiséis años, veía aquello como una buena oportunidad para abandonar la profesión. Sus padres, que seguían viviendo en su pueblo natal, ya habían dejado de preocuparse económicamente por ella. Aunque les había pedido que se mudasen a Tokio para vivir con ella, le dijeron que no, poniendo como excusa



que no estaban dispuestos a abandonar sus pequeños cultivos. Por otra parte, Tomi tenía un hermano pequeño que sí se fue a vivir con ella, a pesar de la oposición de sus padres, porque quería estudiar en una universidad privada. Tomi quería pedirle consejo al Barón. Quería saber qué opinaba de todo aquello. Nada más escuchar lo que tenía que decirle, el Barón se quedó con la boca abierta y dudó de si aquella mujer era idiota.

—¿Por qué no dejas ya de tomarme el pelo? —Lo que le había contado le pareció tan estúpido que comenzó a hablarle con precaución—. Pero a ver, ¿dónde está eso tan importante que decías? Si a ti no te va a afectar lo más mínimo, ¿no? ¿Me has hecho venir desde tan lejos solo para esto? ¿Eso es todo? ¿Qué quieres que te diga? ¿Que tu familia ya no te quiere e intenta evitar el contacto contigo a toda costa? ¿Y a mí qué me importa? En cuanto a tu hermano, seguro que ya es un hombre; podrá apañarse de alguna manera él solito, tú no eres responsable de su vida. Eres totalmente libre. ¿Pero qué tonterías me estás contando? —dijo de muy mal humor.

—Bueno..., a decir verdad... —dijo Tomi algo triste, aunque sonriendo. Vaciló por un instante, alzó el rostro y dijo—: Estoy pensando en casarme.

—Pues muy bien. ¿Y a mí qué más me da?

—Eh... De eso era de lo que te quería hablar —dijo encogiéndose de hombros.

—¡Ah! ¿Que necesitas algo de mí? ¡Pues dímelo ya! ¿Quién te crees que soy? Siempre has tenido la manía de ponerte así de pesada conmigo por cualquier cosa, y eso no está bien. Todo el rato me siento como si me estuvieses tomando el pelo. —Su irritación era exagerada.

—No, no. No es nada de eso. Lo que quiero es que hagas entrar en razón a mi hermano, por favor —dijo ella negando con la cabeza desesperadamente.

—¿Que le haga entrar en razón? ¿A él? ¿Para qué?

Tomi, sin saber muy bien cómo seguir, se puso a contemplar las hojas de cerezo que se veían a través de la ventana. El Barón hizo lo mismo, poniendo mala cara. Tomi volvió a encogerse de hombros. Decidió que no iba a ocultarle nada, por lo que se lo confesó todo rápidamente y en un tono de voz carente de emoción.

—Mi hermano se opone a mi matrimonio. Ahora está estudiando para entrar en una universidad privada, pero es un gamberro. El otro día la policía lo pilló haciendo apuestas ilegales en un local de *mahjong*<sup>[38]</sup>. Mi futuro marido es una persona muy seria y honesta, por lo que me da miedo que mi hermano sea capaz de hacerle daño. No podría soportarlo.

—¡Menudo capricho que me pides! ¡Mira que eres egoísta! —exclamó el Barón sin dejarla siquiera terminar.

El egoísmo tan grosero que veía en aquella mujer le resultó muy desagradable, a la vez que sintió lástima por su hermano, y llegó incluso a indignarse.

—¡Eres demasiado egoísta! ¡Qué imbécil eres! ¡No me lo puedo creer! ¡Eres rematadamente idiota!

Hacía mucho que no se enfadaba tanto. Al descargar su ira sobre Tomi de aquella manera, sintió una extraña fuerza en su interior; llegó a darle la sensación de que se había vuelto treinta centímetros más alto. Debido a su reacción, Tomi palideció y los labios se le pusieron morados. Se levantó en silencio y dijo:

—Esto... Voy a llamar a mi hermano, ahora vengo. —Lo dijo en voz baja, entrecortadamente, tanto que casi ni se la oía. Se dio la vuelta y salió del salón.

—¡Tomiya,<sup>[39]</sup> espera! —El Barón la llamó así sin querer, como solía hacer diez años atrás—. ¿Pero qué quieres que le diga?

«Menuda encerrona», pensó el Barón.

Justo cuando Tomi se marchó, una de las puertas se entreabrió en silencio. Un joven, moreno y de ojos grandes, se asomó y atisbó el salón con sigilo. El Barón reparó en su presencia y le gritó:

—¡Oye! ¿Tú quién eres? —Jamás había tratado de manera tan brusca a un desconocido.

El chico entró al salón con cara seria y dijo tranquilo y sin ningún tipo de reparo:

—Es usted el señor Sakai, ¿verdad? Nos vimos una vez en su pueblo, aunque imagino que no lo recuerda.

—¡Ah! Tú eres el hermano de Tomiya, ¿no?

—Así es. ¿Qué es eso sobre lo que quería hablarme?

El Barón se armó de valor y dijo:

—Sí, contigo quería yo hablar. Te voy a decir una cosa. Me siento muy mal en este instante, terriblemente mal. Tu hermana, la mujer que acaba de salir por esa puerta, es una idiota, y por eso estoy de tu parte. Soy una persona que no se puede callar las cosas, así que te lo contaré todo. Tu hermana tiene intención de casarse, y al parecer su pareja es una buena persona. Hasta ahí bien, ¿no? A mí no me importa. Pero ahora empieza lo bueno. Me ha dicho que te ve como un estorbo, y a mí eso me parece muy ruin por su parte. Yo creo en ti, aunque casi no hayamos cruzado palabra. Vosotros, los estudiantes, y yo me incluyo, estáis perdidos en la vida por no encontrar la forma correcta de encauzar vuestros esfuerzos. Podría decirse que no encontráis la manera de expresaros. En este mundo es casi imposible encontrar un sitio donde mostrar el conocimiento que uno tiene. El problema es que la sociedad no nos entiende, no entiende la sinceridad que escondemos en nuestro pecho. Si algún día tu hermana decide abandonarte, puedes venir a vivir conmigo. Podríamos vivir juntos, de verdad. No te preocupes, no tengo intención de seguir siendo un vago toda la vida. Jamás me han insultado como lo ha hecho ella, y menos sin motivo alguno. No permitiré que una sirvienta se aproveche de mí. Además, ¿quién demonios es su pareja? ¡Qué desastre! ¿A qué se dedica si ni siquiera es capaz de mantener al hermano pequeño de su mujer?

—No, no se equivoque. A mí no tiene que mantenerme nadie —dijo el joven—. Lo único que me molesta es que me aparte de su vida como si fuese una cosa sucia. Yo, por mi parte, también tengo ideales.

—Claro, claro que sí. Como debe ser. Seguro que ese hombre va a acabar muy mal. —Nada más decirlo se puso nervioso por haber soltado algo tan fuerte y de manera tan directa—. De todos modos, es un asunto que no tiene nada que ver conmigo. Dile a Tomiya que haga lo que quiera con su vida. Me voy; estoy muy disgustado. ¿Quién se ha pensado que soy? Dile que, si te odia tanto, yo me hago cargo de ti, ¿de acuerdo? Hasta luego.

—Espere un momento. —El joven se puso frente al Barón, que se disponía a marcharse, y le dijo, empleando un tono de voz grave —: ¿Mantenerme? ¿Hacerse cargo de mí? A mí eso me suena muy retrógrado. En primer lugar, ¿es usted capaz de mantenerse a sí mismo?

El Barón se quedó estupefacto y miró al joven. Este continuó:

—Hay que pensar en el tipo de vida que usted lleva. Creo que ese es el mayor de sus problemas y debe ser solucionado cuanto antes. Si quiere ayudar a los demás, primero ayúdese a sí mismo y demuéstrenos de lo que es capaz. Aunque sea algo sencillo, lo admiraremos y alabaremos. Creemos en el esfuerzo de cada uno, por modesto que sea. En el pasado, la conciencia del ser humano fue derribada y acabó sumida en un profundo caos. Nuestro deber es reconstruirla, que sea simple, sencilla y fuerte. Eso es lo que más debe importarnos ahora mismo. Todos aquellos que siguen criticando a los que supuestamente no tienen personalidad, los escépticos y los que se obsesionan por aparentar ser los más nobles no son más que unos ignorantes.

—¡Aaah! —exclamó el Barón con alegría—. ¿De verdad piensas así? ¿En serio?

—No soy el único. Dentro de uno mismo existen cumbres tan difíciles de alcanzar como las cimas de los Alpes; por eso todos los jóvenes nos esforzamos al máximo por conquistarlas. Admiramos a todo aquel que lo consigue; lo llamamos héroe y lo alabamos incluso más que al mismísimo Napoleón.

«Ya están aquí. Por fin ha llegado lo que tanto esperaba. Poco a poco, esta nueva generación de jóvenes totalmente renovada está

logrando hacerse un hueco en la sociedad», pensó el Barón, tan emocionado que no fue capaz de pronunciar palabra.

—¡Gracias! Lo que dices es maravilloso. He estado todo este tiempo esperando a que vuestra generación trajese nuevos ideales a este mundo. Os he estado esperando con ansia, aguantando firmemente las risas de los demás, que me calificaban de infeliz, me acusaban y me llamaban imbécil, me despreciaban y me veían como a un muerto viviente. ¡No te puedes ni imaginar cuánto os he estado esperando!

Mientras hablaba, notó que le brotaban lágrimas de emoción, por lo que salió de la estancia precipitadamente y se marchó. Tras la huida del Barón, el hermano de Tomi se dejó caer hundiéndose en el sofá del salón con una sonrisa en los labios. Tomi abrió la puerta sin hacer ruido y entró en silencio.

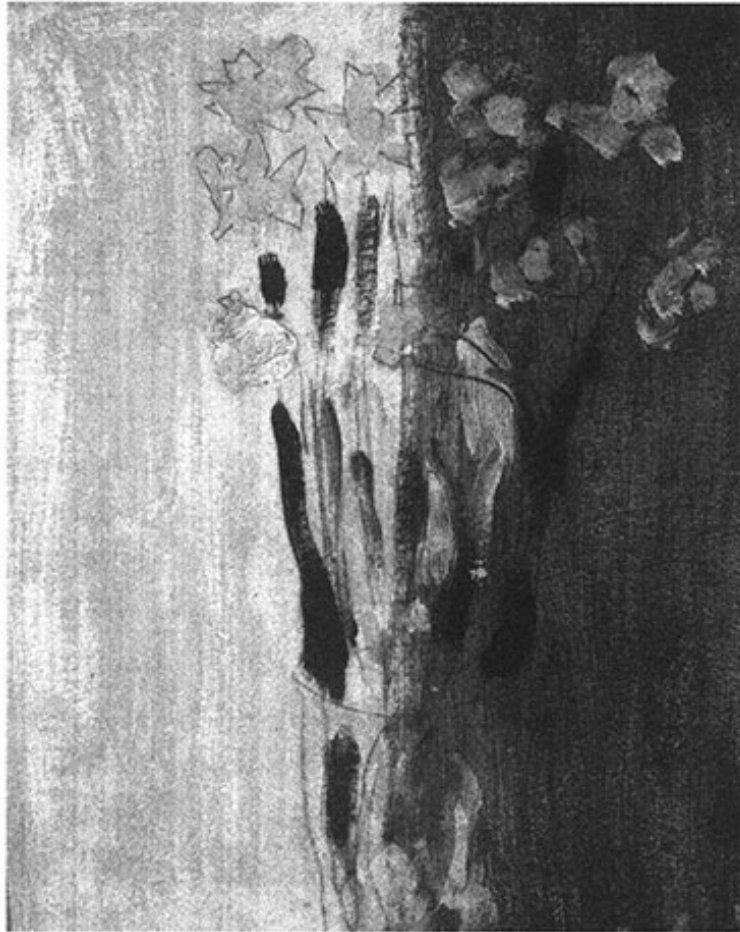
—El plan ha salido a pedir de boca —dijo aquel joven gamberro mientras expulsaba el humo del cigarrillo que se acababa de encender, dándole forma de aro y soplándolo hacia el techo—. A mí también me gusta. Parece una buena persona. Cásate con él, hermana, que ya has sufrido bastante. Por fin vas a recibir la recompensa por haberlo amado durante estos últimos diez años. ¡Enhorabuena!

Tomi, con lágrimas en los ojos, juntó las manos discretamente y rezó mirando hacia su hermano.

El Barón, sin enterarse de lo que en realidad había ocurrido, volvió entusiasmado a su casa aunque no tuviese nada que hacer allí. Después de dar varias vueltas pensando qué hacer, pegó un papel en la entrada que decía:

ESTOY OCUPADO. NO MOLESTAR.

«El comienzo de la vida siempre es dulce y carente de dificultad, y aunque todo acabe en desastre, al final la primavera siempre llega. ¿Habrá alguna manera de recuperar los cerezos del jardín? ¡Seguro que sí!».



Narcisos

Fotografía: *Narcisos* (1940), óleo sobre tabla de Osamu Dazai.

Leí *Tadanaokyō Gyōjōki*<sup>[40]</sup> por primera vez cuando tenía trece o catorce años y, desde entonces, no he tenido oportunidad de volver a leerlo. Aun así, y a pesar de que han pasado ya más de veinte años, sigo recordando bastante bien su argumento, que me impresionó bastante debido a la crudeza de la historia.

Trataba sobre un joven señor feudal experto en el arte del Kendō,<sup>[41]</sup> estilo de lucha en el que era casi invencible. Un día, mientras paseaba alegremente por los jardines de sus dominios, escuchó un desagradable susurro que procedía de un oscuro rincón.

—Últimamente nuestro señor ha mejorado bastante. Cada vez es más difícil fingir que nos derrota.

—¡Jajaja!

Desde que escuchó a aquellos sirvientes hablar de él sin reparo alguno, la actitud del señor feudal cambió por completo. Quería saber si lo que decían de él era cierto, por lo que enloqueció intentando comprobar hasta dónde llegaba su verdadero dominio de la *katana*. Decidió entonces desafiar a todos sus sirvientes utilizando una de verdad en lugar de la de madera con la que solía practicar, pero, a pesar del riesgo que aquello suponía, ninguno de los sirvientes opuso verdadera resistencia, y murieron uno tras otro. La locura del señor feudal aumentaba con cada día que pasaba, lo que acabó convirtiéndolo en un terrible déspota. Al final, aquello llegó a oídos del gobierno, que no tuvo más remedio que tomar cartas en el asunto, encarcelándolo y destituyendo a toda su familia.

Recuerdo que era algo así. Me impresionó tanto que durante todos estos años me ha sido imposible no pensar en aquel señor feudal de vez en cuando; incluso he llegado a sentir lástima por él.



De hecho, hace poco me asaltó una siniestra duda que en los últimos tiempos me está impidiendo conciliar el sueño por las noches, y no exagero. Quizá aquel señor feudal fuese un verdadero maestro del Kendō y sus sirvientes jamás fingieran ser derrotados, sino que ninguno de ellos estaba a su altura y, en efecto, les era imposible vencerle. Quizá aquella conversación que escuchó en los jardines resultase ser fruto del mal perder de uno de ellos. Es algo que muy bien podría haber ocurrido. A todos nos ha pasado alguna vez que nos hemos desahogado humildemente después, por ejemplo, de que nos regañara nuestro jefe en el trabajo. Puede que lo que nos hubiese dicho nos molestase porque, en parte, tuviese razón, de modo que es probable que se lo comentáramos a nuestros compañeros diciendo: «Me alegro de que aún derroche tanta energía como para regañarnos. Al menos por ahora no tendremos que preocuparnos por la salud de ese viejo», lo que haría que los demás se echasen a reír.

Todos hemos tenido alguna conversación por el estilo al menos una vez en la vida, es algo intrínseco en el ser humano. Los sirvientes suelen tener un carácter mucho más perverso que el de los señores a los que sirven; por eso, aquella charla en el jardín podría perfectamente haber sido la simple broma de un perdedor que intentaba mantener su magullado orgullo bien alto. Me provoca escalofríos pensar en ello. Aquel pobre señor feudal, a pesar de su maravillosa habilidad, enloqueció buscando algo que en realidad ya poseía. Era un verdadero maestro del Kendō y sus sirvientes nunca fingieron ser derrotados, ya que ninguno de ellos estaba a la altura. Lo lógico habría sido que hubiese seguido venciéndolos y que estos hubiesen aceptado la derrota sin rechistar, pero al final todo acabó en desgracia. Si aquel señor feudal hubiese confiado en sí mismo, nada de aquello habría ocurrido y todo habría seguido igual que siempre. Quizá tenga algo que ver con aquel dicho que afirma que, desde la antigüedad, los genios jamás han sido capaces de reconocer su propio talento. De todas formas, no creo que pueda explicar con claridad cómo se sienten, ya que soy una persona

normal y corriente sin ningún tipo de talento. El caso es que aquel señor feudal no supo confiar en sí mismo, a pesar de que tenía una técnica maravillosa. No creyó en su fuerza y enloqueció. Puede que tuviera algo que ver su condición de señor feudal, una posición que aísla a quien la ostenta de los demás. Si aquella situación se hubiese dado entre la gente despreciable y de clase baja como yo, todo habría sido mucho más simple:

—¿Crees que soy fuerte?

—No.

—Pues vaya.

Nosotros habríamos solucionado el problema así de fácil, pero a un señor feudal jamás se le podría tratar de una manera tan sincera y directa. Pensando en que aquella desgracia pudo haber ocurrido a causa del sufrimiento que conlleva ser un verdadero genio, no puedo evitar que me venga a la mente algo parecido que me ocurrió no hace mucho. Fue algo que inevitablemente me hizo recordar la historia de *Tadanaokyō Gyōjōki* y que todavía me causa remordimientos, que hacen que me haya vuelto a obsesionar con ella y que ya ni siquiera pueda dormir por las noches. En efecto, puede que aquel señor feudal fuera un verdadero maestro del Kendō, pero ahora ya no es eso lo que me preocupa.

Mi *Tadanaokyō* personal fue una mujer de treinta y tres años. El problema que hace que me lamente tanto es que puede que, para ella, yo fuese aquel sirviente con mal perder que criticó a su señor en el jardín.

Su nombre era Shizuko Kusada y vivía con su marido, el señor Sōbei Kusada, hasta que un buen día decidió marcharse de casa alegando poseer un talento especial. Mi familia había mantenido una estrecha relación desde hacía generaciones con la familia Kusada, a pesar de que no eran familiares de sangre. Mejor dicho, eran los Kusada quienes nos permitían entrar en su círculo de amistades, ya que su clase social y sus posesiones siempre habían sido mucho mayores que las nuestras. Se podría decir que mi familia había

estado arrastrándose durante todos estos años para mantener aquella relación, algo parecido al caso de los sirvientes que se humillan para seguir sirviendo a su señor. El señor Sōbei, el cabeza de familia, era un hombre joven. Bueno, relativamente joven, ya que por lo menos tendría unos cuarenta años. Estudió Economía en la Universidad de Tokio y, después de licenciarse, se fue a Francia, donde pasó unos cinco o seis años sin hacer nada en especial. Nada más volver a Japón, se casó con Shizuko, hija única de un clan familiar perteneciente a los Kusada que acabó arruinándose al poco tiempo de la boda. A ese matrimonio las cosas le fueron bastante bien; incluso tuvieron una hija a la que llamaron Hariko, al igual que París.<sup>[42]</sup> El señor Sōbei siempre había sido una persona moderna. Alto, atractivo y en todo momento con una sonrisa en la cara. Su padre había fallecido hacía seis años, momento en el que heredó la residencia familiar de los Kusada. Allí tenía una gran colección de pinturas occidentales de mucho renombre. La que más le gustaba era una de Degas, perteneciente a su serie de carreras de caballos. A pesar de ello, jamás presumía de buen gusto y casi nunca hablaba de arte. Además, todos los días acudía a trabajar al banco del que era dueño. Sin lugar a dudas, se podía decir que era un caballero ejemplar.

Su mujer... Bueno, creo que lo mejor será empezar por un pequeño incidente que ocurrió hace tres años. Creo que así se entenderá todo mejor. Durante aquella época, acudí a principios de año a casa de los Kusada para felicitarles el Año Nuevo. Por cierto, no lo he dicho, pero soy un hombre muy envidioso y con un buen puñado de complejos, algo que mis amigos me recuerdan de vez en cuando. De hecho, creo que es algo que comenzó a hacerse más notorio cuando hui de casa de mis padres, hace ocho años, para pasar a llevar una vida miserable. El hecho de que alguien pueda insultarme en cualquier momento me hace estar nervioso a todas horas; por eso intento emplear todas mis fuerzas en concentrarme al máximo, como una hoja seca que se aferra temblando al árbol para no caer. Una mala costumbre, vaya. El caso es que yo nunca iba a

visitar a los Kusada. Creo que mi madre y mis hermanos sí que lo hacían de vez en cuando, pero yo no. Cuando era niño solía acompañarlos ingenuamente, pero cuando acabé el bachillerato y empecé la universidad, se me quitaron las ganas de ir. Los miembros de la familia Kusada siempre habían sido muy amables conmigo, pero con el tiempo empecé a sentir cierto rechazo hacia la gente adinerada. Si los visité por Año Nuevo fue por un malentendido que ocurrió un mes antes, cuando recibí una invitación de parte de la señora Shizuko.

Hace muchísimo que no nos vemos. Por favor, venga a visitarnos por Año Nuevo. Mi marido también tiene muchas ganas de verle. Hemos leído sus obras y nos han encantado.

Es una vergüenza admitirlo, pero aquella última frase me alegró muchísimo, ya que, por aquel entonces, mis novelas empezaban a venderse algo. Además, estaba en esa época peligrosa en la que uno todavía se siente orgulloso de su trabajo. Me encontraba radiante de vanidad, por lo que recibir aquella invitación con la frase «Hemos leído sus obras y nos han encantado» hacía que me fuese imposible rechazarla. Se me iluminó el rostro, y enseguida les contesté agradeciéndoles muchísimo su amabilidad. Al final, el día uno de enero, fui a visitarlos como les había prometido, pero acabé saliendo de allí terriblemente avergonzado de mí mismo, como si me hubiesen partido la cabeza de un mazazo entre las cejas.

Aquel día, la familia Kusada me trató muy bien. Cada vez que me presentaban a alguno de los muchos invitados que acudieron, les comentaban que yo era un escritor de gran éxito. Siendo tan inocente como soy, en ningún momento lo interpreté como una especie de ironía o burla, sino que empecé a sentirme un escritor famoso de verdad. ¡Qué desastre! Según avanzaba la reunión, me puse a beber con el señor Sōbei y acabé con una gran borrachera. El carácter del señor Sōbei, sin embargo, no se vio alterado lo más mínimo a pesar de que había bebido tanto como yo. Se limitaba a

sonreír tímida y forzadamente mientras escuchaba mis estúpidos comentarios sobre literatura.

—Tome, señora. Beba un poco —dije mientras le ofrecía un poco de sake a la señora Shizuko, dejándome llevar por la emoción.

—No, gracias —dijo ella, algo apática y empleando un tono de voz tan frío que me heló los huesos.

En aquellas breves palabras pude sentir un profundo desprecio hacia mí. Aquello me dejó totalmente destrozado, tanto que hasta los efectos del alcohol desaparecieron al instante.

—Uy, disculpe. He bebido demasiado —dije con una sonrisa, intentando aliviar la situación a pesar de que sentía una profunda ira en mi interior.

Pero aquello no fue lo peor. Más tarde me cansé del sake y decidí comer algo, por lo que probé la sopa de *shijimi*<sup>[43]</sup> que nos habían servido, que resultó estar deliciosa. Mientras sacaba los moluscos de las pequeñas conchas con los palillos para llevármelos a la boca, oí que la señora Shizuko me decía en voz baja:

—¡Anda! ¿Eso se come?

Estuve a punto de soltar los palillos y el cuenco del impacto que me causó aquella pregunta. La señora Shizuko no sabía que los *shijimi* se comían, creía que solo se utilizaban para darle sabor al caldo. Para los pobres como yo, los *shijimi* y demás moluscos son alimentos de gran sabor. No tenía ni idea de que la gente adinerada los tirase como si fuesen algo sucio. Imagino que debe de darles asco el aspecto de ombligo que tienen. El caso es que no fui capaz de contestarle. De hecho, me dolió todavía más que aquella pregunta fuese fruto de su ingenuidad. Si me lo hubiese preguntado para aparentar distinción, podría haberle contestado de alguna manera ingeniosa, pero aquella sorpresa fue genuina, lo que me molestó muchísimo. Aquel «novelista famoso» se quedó cabizbajo y en silencio sujetando los palillos con una mano y el cuenco con la otra. Casi se me saltaron las lágrimas; jamás había sentido tanta vergüenza. Desde aquel día no he vuelto a pisar la casa de los Kusada. De hecho, no he vuelto a visitar a ninguna familia

adinerada, lo que me ha hecho seguir obstinado con este ritmo de vida sucio y miserable.

No tenía intención de volver a verlos, pero en septiembre del año pasado recibí una visita inesperada. Se trataba del señor Kusada.

—No estará Shizuko por casualidad aquí, ¿verdad?

—No.

—¿De verdad?

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —decidí preguntar, ya que parecía que se trataba de algo grave—. Si no le importa, salgamos a dar una vuelta y me lo explica, que tengo la casa un poco desordenada. —Lo cierto era que no quería mostrarle la miseria en la que vivía.

—Está bien —dijo con docilidad.

Tras un buen rato caminando, llegamos al parque de Inokashira. Una vez dentro, el señor Kusada comenzó a contarme lo ocurrido:

—Todo me ha salido terriblemente mal. Me he excedido intentado animarla.

Por lo visto, la señora Shizuko se había marchado de casa, pero por un motivo del todo absurdo. Como ya he dicho, su familia se arruinó al poco tiempo de casarse ella, lo que afectó a su carácter e hizo que, a partir de entonces, se convirtiese en una mujer fría y triste. Al parecer, el hecho de que su familia perdiese todo lo que tenía supuso una terrible vergüenza para ella. Aunque el señor Kusada intentase consolarla alegando que lo ocurrido no era algo importante, ella no podía evitar sentirse cada vez más acomplexada. Al escuchar aquello, comprendí la respuesta tan fría que me dio en Año Nuevo cuando le ofrecí algo de beber. Cuando ella y su marido se casaron, yo todavía iba a bachillerato; en esa época aún iba a visitarlos de vez en cuando. Recuerdo que solía hablar bastante con ella; de hecho, hubo un par de ocasiones en las que incluso fuimos al cine juntos. Por aquel entonces, no se comportaba de aquella manera. No era para nada una mujer fría cuyas afirmaciones herían y helaban a los demás, sino todo lo contrario. Solía pasarse el día riendo. Fue por eso que, cuando volvimos a vernos en Año Nuevo

después de tanto tiempo, sentí nada más verla que algo había cambiado en ella. La pena y frustración que sentía por el declive económico de su familia habían hecho que su personalidad cambiase para siempre.

—Eso se llama histeria —dije, riéndome de manera mordaz.

—Mmm, no sé yo... —El señor Kusada, sin darse cuenta de mi desprecio, se puso a pensar seriamente en lo que había dicho—. El caso es que, sea lo que sea lo que le haya ocurrido, ha sido culpa mía. Creo que me he excedido bastante intentando animarla.

Como la señora Shizuko se encontraba muy baja de ánimos, el señor Kusada la animó para que se apuntase a clases de pintura occidental, por lo que comenzó a recibirlas una vez por semana. Las impartía un supuesto pintor llamado Kasen Nakaizumi, un señor mayor de unos sesenta años que tenía un estudio cerca de casa de los Kusada y ningún talento para la pintura. Desde entonces, todo el mundo comenzó a alabar las obras de la señora Shizuko: su marido, su maestro, sus compañeros de clase y hasta los invitados que acudían de vez en cuando a su casa. Todo el mundo hablaba bien de su trabajo, hasta el punto que la señora Shizuko terminó por marcharse de casa alegando que tenía un talento especial. Escuchar aquello hacía que me fuese casi imposible no echarme a reír. No había duda de que se habían pasado intentando animarla. Todo lo que el señor Kusada me contaba me sonaba a estúpida comedia de familia rica.

—¿Y cuándo dice que se fue? —le pregunté, intentando seguir con la conversación, aunque después de escuchar aquello ya despreciaba del todo a esa pareja.

—Ayer.

—¡Ah, entonces no es para tanto! A mi mujer también le pasa. A veces, cuando bebo demasiado, se va a casa de sus padres a pasar la noche, pero al final siempre acaba volviendo.

—Pero este caso es distinto al suyo. Justo antes de marcharse, me dijo que quería llevar una vida de artista, sin ataduras. Además, se ha llevado mucho dinero.

—¿Cuánto es mucho?

—Bastante.

Que una persona tan rica como el señor Kusada dijese que se trataba de mucho dinero significaba que quizá podría haberse llevado cinco mil yenes, o incluso diez mil.

—Eso no está bien. —Aquello del dinero hizo que me interesase un poco más por el asunto. Los pobres jamás podremos ignorar los temas en los que hay dinero de por medio.

—Por eso vine a preguntarle. Como a Shizuko le gustan tanto sus novelas, pensé que quizá podría estar en su casa...

—¡Qué va! Si yo soy... —Estuve a punto de decirle que yo era su enemigo, pero al ver al señor Kusada, alguien que siempre sonreía, tan pálido y desanimado no tuve más remedio que callarme.

Al cabo de un rato, nos despedimos frente a la estación de Kichijōji. Antes de que se fuera, le pregunté entre risas:

—A todo esto, ¿cómo son sus pinturas?

—Son curiosas. La verdad es que algo de talento sí que tiene.

—Ya. —No fui capaz de decir nada más.

Aquella respuesta era la última que me hubiese esperado. Me quedé boquiabierto pensando en lo verdaderamente estúpida que era aquella pareja.

Tres días más tarde, la pintora revelación apareció en mi casa con un maletín lleno de materiales de pintura. Vestía de manera bastante lamentable, con camisa y pantalones. La cara se le había afilado y los ojos se le habían vuelto extrañamente grandes. Aun así, seguía manteniendo la distinción típica de una dama de clase alta.

—Entre, por favor —le dije, empleando un tono de voz distante a propósito—. ¿Dónde estaba? Su marido está muy preocupado.

—¿Es usted artista? —me preguntó, de pie frente a la entrada, apartando la mirada y con aquel tono de voz altivo y frío.

—¿Pero qué dice? ¡Deje de decir tonterías! Su marido está muy afectado. Además, ¿qué piensa hacer con su hija?



—Estoy buscando un apartamento donde alojarme —respondió, ignorando todo lo que le acababa de decir—. ¿No conocerá usted alguno que esté libre por aquí?

—Señora, está loca. La gente se reirá de usted. Deje ya de hacer el ridículo y vuelva a su casa.

—Es que necesito estar sola para crear —me dijo sin ningún tipo de emoción—. No tiene por qué ser un apartamento, una casa también me vendría bien.

—Su marido se arrepiente mucho de haberla halagado tanto. Tiene que darse cuenta de que ya estamos en el siglo veinte. Los artistas y los genios son cosa del pasado.

—Sabía que era usted un ser vulgar —me dijo sin reparo alguno—. Mi marido me entiende mejor que usted.

Si una persona viene a mi casa y me insulta de esa manera, le pido que se vaya. Tengo mi manera de pensar y no necesito que nadie venga a darme su opinión. Si no están de acuerdo conmigo, que no vengan a verme.

—¿Entonces a qué ha venido? ¿Por qué no se va de una vez?

—Sí, ya me voy —murmuró para acto seguido decirme sonriendo—: ¿Quiere que le enseñe lo que he pintado?

—No, gracias. Ya me lo imagino.

—Como quiera. —Entonces se me quedó mirando en silencio durante un buen rato—. Adiós.

Y se fue.

¡Qué barbaridad! Que una persona de mi edad, que además era madre de una hija de doce o trece años, enloqueciera de esa manera por haber recibido tantos halagos hizo que me enfadase de veras. Fue algo que me dejó con tan mal cuerpo que hasta sentí miedo.

Desde aquel día, pasé dos meses sin ver a la señora Shizuko. Sin embargo, sí que recibí unas cinco o seis cartas del señor Kusada en las que se apreciaba lo desesperado y confuso que estaba. A través de ellas, me enteré de que la señora Shizuko había alquilado un apartamento en el barrio de Akasaka. De que en un

principio había seguido acudiendo a las clases del maestro Nakaizumi pero que, al cabo de un tiempo, había dejado de respetarlo y de ir a su estudio. También me enteré de que, por lo visto, cada noche invitaba a su nuevo piso a los jóvenes alumnos que había conocido en las clases de pintura para beber, armando siempre un gran escándalo. Su marido, sintiendo la más profunda de las vergüenzas, decidió arrastrarse hasta su apartamento para rogarle que volviese a casa con él, pero ella no quiso. De hecho, los alumnos que iban a visitar a la señora Shizuko vieron al señor Kusada como a un enemigo que no sabía apreciar su talento, por lo que acabaron insultándolo y quitándole todo el dinero que llevaba. Las tres veces que fue a rogarle que volviese fue insultado y desvalijado. Entonces aquel caballero supuestamente ilustre de primera categoría de más de cuarenta años no tuvo más remedio que pedirme ayuda. Me confesó que ya había perdido toda esperanza y que no esperaba que su mujer volviese a casa, que sentía que aquello era lo más doloroso que un hombre podía sufrir y que le dolía mucho que su hija tuviese que perder a su madre de esa manera. Yo, por mi parte, no había olvidado el mal rato que me hizo pasar aquella mujer cuando me invitó a su casa por Año Nuevo. Reconozco que tengo una parte exageradamente rencorosa en mi interior, tanto que, a veces, siento escalofríos. Por eso, si me insultan no soy capaz de dejarlo pasar, lo que hacía que no pudiese compadecerme de la desgracia familiar de los Kusada. En aquellas cartas, el marido me rogaba que hablase con ella, pero decidí no rebajarme al puesto de chico de los recados de una familia adinerada y acabé confesándole que su mujer me despreciaba totalmente y que no veía la manera de ayudar.

Al final, una mañana de principios de noviembre, cuando las camelias ya comenzaban a florecer en mi jardín, recibí una carta inesperada de la señora Shizuko.

Me estoy quedando sorda por beber tanto alcohol de mala calidad. Tuve una otitis bastante grave y el médico me dijo que ya era demasiado tarde para recuperarme.

Ya ni siquiera oigo el sonido del agua hirviendo. Mientras escribo estas líneas puedo ver a través de la ventana un árbol que se mece por el viento y deja caer sus hojas, pero no oigo nada. Moriré sin volver a escuchar esos sonidos. Cuando alguien me habla, solo escucho murmullos, como si me hablasen desde lo más profundo de la tierra. Creo que dentro de poco ya ni siquiera seré capaz de escuchar eso. Jamás había imaginado lo desconsolada e inquieta que podía llegar a dejarme el no oír bien. Cada vez que salgo a comprar, la gente que no sabe que me estoy quedando sorda me habla con normalidad. Me pongo triste porque no puedo entenderlos; por eso no hago otra cosa que pasar el día pensando en la gente sorda que conozco para tratar de consolarme. Últimamente me entran ganas de morir con bastante frecuencia, pero en esos momentos pienso en mi hija Hariko, lo que hace que, de alguna manera, acabe aferrándome a la vida. El otro día lloré muchísimo. He pasado un montón de tiempo conteniendo el llanto porque creía que llorar afectaría negativamente a mis oídos, pero no fui capaz de aguantar más y acabé soltándolo todo, como una cascada. Al menos aquello me hizo sentir algo mejor. Poco a poco voy aceptando que jamás volveré a oír, pero lo cierto es que al principio me hizo enloquecer. Me pasaba el día golpeando el brasero con los palillos de hierro para ver si podía oír el sonido que emitía el metal. Incluso a medianoche, cuando me despertaba, me tendía bocabajo sobre el futón y seguía golpeando el brasero sin parar. ¡Qué actitud tan miserable! También pasaba horas rascando el tatami, intentando escuchar los sonidos más difíciles de oír. Cada vez que alguien venía a visitarme, le pedía que por favor me hablase en voz alta y luego en voz baja, poniéndome pesada de aquella manera durante una hora o dos para comprobar mi capacidad auditiva. Al final, todos los que venían a verme acabaron cansándose y en los últimos tiempos ya nadie pasa por aquí. Incluso hubo noches en las que me acercaba a la vía del tren cuando era muy tarde para ver si era capaz de escuchar el ruido que hacía la locomotora al pasar frente a mí.

Ahora lo oigo muy bajo, como si fuese un papel que se rompe, y sé que dentro de poco ya ni siquiera seré capaz de oírlo. Creo que todo esto me está haciendo enfermar. Todas las noches tengo que cambiarme de pijama por lo menos tres veces, ya que enseguida los empapo de sudor. Hasta he dejado de pintar. De hecho, he roto y tirado todo lo que había pintado hasta ahora. Usted tenía razón, eran unas pinturas pésimas. Usted fue el único que me dijo la verdad, mientras que todos los demás no hacían más que halagarme de manera exagerada. Deseaba llevar una vida de

artista, sin preocupaciones, aunque tuviese que ser pobre como usted. Ríase de mí si quiere, sé que soy una mujer estúpida. Mi familia se arruinó, mi madre murió y mi padre huyó a Hokkaidō. Desde entonces, el hecho de vivir con una familia adinerada como la de mi marido habiendo perdido toda mi fortuna hacía que me sintiese miserable. Fue en aquella época cuando empecé a leer sus obras. A través de ellas, vi que había otras maneras de vivir y logré encontrar un nuevo objetivo. Perdí todo lo que tenía, como usted, y por eso le escribí para que viniese a visitarnos en Año Nuevo. Me alegró muchísimo volver a estar con usted después de tanto tiempo. Verle emborracharse de aquella manera sin preocupación alguna me dio mucha envidia. Usted vivía de manera noble y orgullosa, sin ostentaciones ni halagos y sin darle la menor importancia a la opinión de los demás. Fue entonces cuando sentí la necesidad de llevar una vida como la suya, pero no sabía cómo hacerlo. Al cabo de un tiempo, mi marido me animó a que pintase, y, como siempre he creído en todo lo que me ha dicho (todavía sigo queriéndolo), comencé a recibir clases en el estudio del maestro Nakaizumi. Nada más empezar, fui la destinataria de todos los halagos. Aquello me dejó perpleja. Hasta mi marido me decía que tenía un talento especial. Como siempre había admirado sus conocimientos de arte, me tomé muy en serio lo que me dijo y hui de casa para empezar aquella vida de artista que tanto admiraba. ¡Qué tonta fui! Fue entonces cuando viajé a los balnearios naturales de Hakone con un par de estudiantes que también acudían al taller del maestro Nakaizumi y donde pinté un paisaje del que me sentí bastante orgullosa. Quise que usted fuese la primera persona en verlo, y por eso acudí a su casa tan entusiasmada aquel día, pero al final el encuentro no salió como había imaginado. De hecho, pasé muchísima vergüenza. Tenía la esperanza de que usted viese mi cuadro y me hablase bien de él. También me ilusionaba la idea de alquilar un apartamento cerca de su casa para así poder entablar una buena amistad con usted, ya que ambos éramos artistas sumidos en la pobreza. Reconozco que enloquecí por completo. El hecho de que usted criticase mi comportamiento hizo que volviese en mí por primera vez. Tomé conciencia de lo estúpida que había sido y me di cuenta de que, aunque los estudiantes hablasen muy bien de mis obras, no eran más que simples halagos superficiales y que era probable que estuvieran riéndose de mí a mis espaldas. Había caído tan bajo que me era imposible recuperarme. Como ya no podía regresar a mi vida anterior, decidí abandonarme por completo. Empecé a beber sake cada noche y a organizar fiestas interminables con los

estudiantes. Bebí *shōchū*<sup>[44]</sup>, ginebra y toda clase de alcohol. ¡Qué lástima de mujer!

En fin, sé que no consigo nada quejándome sin parar, así que aceptaré la realidad y sufriré mi castigo. Mientras me fijaba en la manera en que se mueven las ramas de los árboles y pensaba en la increíble fuerza del viento, ha empezado a diluviar. No oigo la lluvia, ni el viento. Parece como si estuviese viendo una película muda. Esta tarde se está volviendo horrorosamente silenciosa y triste. No hace falta que me responda a esta carta. No me haga caso, por favor. Si le he escrito ha sido porque me sentía demasiado sola. Por favor, no se preocupe por mí.

En el sobre aparecía la dirección del apartamento en el que vivía de alquiler, por lo que, a pesar de lo que me pedía, decidí hacerle una visita.

Resultó estar situado en un edificio bastante bueno, pero estaba hecho un desastre. Era muy pequeño, de unos seis tatamis, y sin nada más que un brasero y un escritorio. Los tatamis estaban marrones y llenos de humedades. No entraba mucha luz, por lo que toda la estancia estaba casi en penumbra. Además, olía raro, como a fruta podrida. Shizuko estaba sentada junto a la ventana, sonriendo. A pesar del entorno, todavía se notaba que provenía de una buena familia: vestía de manera elegante y mantenía cierta belleza en el rostro. De hecho, hasta me pareció que había ganado algo de peso desde la última vez que la había visto. No obstante, había algo en ella que desprendía una fuerte sensación lúgubre. Eran sus ojos, en los que ya no quedaba fuerza alguna. Las pupilas se le habían vuelto de color gris turbio. No parecían los ojos de un ser vivo.

—¿¡Pero qué ha hecho!? —dije, casi gritando.

Shizuko negó lentamente con la cabeza, sonriendo, para hacerme ver que ya no podía oír nada en absoluto. Cogí un papel que había sobre el escritorio y escribí: «vuelva a casa de su marido». Shizuko se acercó y se sentó junto a mí. Entonces comenzamos a conversar por escrito:

VUELVA A CASA DE SU MARIDO.  
LO SIENTO.  
ES IGUAL, VUELVA.  
NO PUEDO.  
¿POR QUÉ?  
PORQUE NO TENGO DERECHO A HACERLO.  
SU MARIDO LA ESTÁ ESPERANDO.  
MENTIRA.  
VERDAD.  
NO PUEDO VOLVER. HE COMETIDO UN GRAN ERROR.  
¡QUÉ TONTERÍA! ¿QUÉ VA A HACER AHORA?  
ME PONDRÉ A TRABAJAR. LO SIENTO.  
¿NECESITA DINERO?  
TENGO SUFICIENTE.  
DÉJEME VER SUS CUADROS.  
NO TENGO.  
¿NI UNO?  
NI UNO.

Justo en aquel momento sentí la necesidad de ver sus pinturas. Tuve un extraño presentimiento que me decía que habían sido obras verdaderamente ejemplares.

¿NO QUIERE SEGUIR PINTANDO?  
ME DA VERGÜENZA.  
DEBE DE SER MUY BUENA.  
NO QUIERO QUE ME HALAGUE.  
PUEDE QUE DE VERDAD TENGA TALENTO.  
DÉJEME EN PAZ. POR FAVOR, MÁRCHESE.

Me levanté riéndome de la profunda lástima que sentía. No tenía más opción que marcharme. Ella, por su parte, se quedó sentada donde estaba, con la vista clavada en la ventana.

Aquella noche decidí acudir al estudio del maestro Nakaizumi.

—Me gustaría ver las pinturas de la señora Shizuko. ¿No tendrá usted alguna guardada por aquí?

—No tengo ni una. De hecho, me enteré de que ella misma las rompió todas. A pesar de su talento, pienso que no debería ser tan egoísta —me explicó aquel señor mayor con una sonrisa.

Me dio la sensación de que era una buena persona.

—¿De verdad que no tiene nada? ¿Ni siquiera algún esbozo? Con cualquier cosa me vale.

—Espere un momento —dijo, girando la cabeza—. Tenía tres bocetos suyos, pero el otro día vino a verme y los rompió delante de mí. Por lo visto, alguien criticó con dureza su obra y, desde entonces... ¡Ah sí! ¡Sí que hay uno! Creo que mi hija aún conserva una de las acuarelas que hizo.

—Enséñemela.

—Un momento, por favor.

El maestro salió del estudio y al poco rato volvió sonriendo con una acuarela entre las manos.

—¡Qué suerte! Se salvó porque mi hija la tenía guardada. Imagino que esta debe de ser la única obra de Shizuko que sigue intacta. No se la daría a nadie, ni aunque me pagasen diez mil yenes por ella.

—Déjeme verla.

La acuarela consistía en unos veinte narcisos metidos en un cubo. Nada más cogerla, la rompí en pedazos.

—¿¡Pero qué hace!? —gritó sobresaltado.

—No es más que una acuarela normal y corriente. Ustedes no han hecho más que halagar en exceso el pasatiempo de una mujer adinerada, lo que ha acabado destrozándole la vida. Fui yo el que criticó sus obras.

—Bueno, pero no estaban tan mal, ¿no? —Parecía que por un momento dudaba de su criterio—. Si le soy sincero, lo cierto es que tampoco entiendo muy bien lo que la gente joven pinta hoy en día.

Rompí la acuarela en pedazos cada vez más pequeños y los arrojé a la estufa. Sé de pintura, tanto que incluso podría darle

lecciones al señor Kusada. Es por eso por lo que debo admitir que aquella acuarela no era en absoluto ordinaria, sino maravillosa. Entonces, ¿por qué la rompí? Eso es algo que dejo a la imaginación de los lectores. Días más tarde, el señor Kusada se llevó a la señora Shizuko de vuelta a su casa. A finales de año, Shizuko se suicidó. La ansiedad no para de crecer en mi interior. Sin lugar a dudas, aquella acuarela era obra de alguien con un talento especial. Todo esto me recuerda demasiado a la historia de *Tadanaokyō*. La duda de si el señor feudal resultó ser un verdadero maestro del Kendō me asalta cada noche y no me deja dormir. Puede que, al fin y al cabo, los artistas sigan existiendo a pesar de la época en que vivimos.





## En memoria de Zenzō

El título hace referencia a Zenzō Kasai (1887-1927), célebre escritor japonés que nació en Aomori, prefectura donde también nació Dazai y tema principal de este relato.

Fotografía: Dazai junto a su mujer Michiko en los campos de cultivo que rodeaban su casa en el barrio de Mitaka. (1940)

—Venga, dímelo a la cara. No te cortes. Deja de decir tonterías y de disimular con esa estúpida risa. Di algo que no sea mentira por una vez en tu vida.

—Si hago lo que me pides, tendré que volver a la cárcel. Acabaré tirándome otra vez a un río y todos volverán a tratarme como a un loco. Si volviese a ser así, ¿serías capaz de seguir a mi lado? Sé que mi vida está compuesta por una sucesión continua de mentiras, pero a ti jamás te he engañado. Ni una sola vez. No sé cómo lo haces, pero al final siempre acabas descubriendo todas mis mentiras. Los que mienten de verdad, esos que incluso pueden llegar a ser peligrosos, se esconden entre las personas que admiramos. Por eso, como siento tanto rechazo hacia esa gente y no quiero ser como ellos, al final acabo contando las verdades como si fuesen mentiras, con un gran pesar en mi corazón. Aun así, a ti no te engaño. Pese a que no soy puro de corazón, te contaré una historia que ocurrió de verdad, aunque te parezca mentira, como siempre.

Se trata de la historia del amanecer, que nace con el ocaso. Si no hubiese atardecer, los primeros rayos de sol del día siguiente no existirían. El atardecer siempre dice: «Ya no puedo más. No me mires tanto. No me ames, pues dentro de poco moriré. Pero, por favor, te ruego que trates bien al alba que nacerá por la mañana, desde el cielo del Este y brillando entre las nubes. Ese amanecer es mi hijo, y lo he criado con todo mi amor. Es un niño bueno, sano y lleno de vitalidad». Te lo pide así, sonriendo con tristeza. En ese momento, ¿puede alguien ser capaz de burlarse de él e insultarle con palabras soeces? Si existiese alguien así, que diese un paso al frente cubierto de valor, sería el ser más extremadamente idiota de

este planeta. Un ser despreciable que haría de este mundo un lugar peor.

En fin, me desvío del tema. Lo siento. Yo no soy ningún juez de la vida. No tengo ningún derecho a acusar a los demás. De hecho, soy una mala persona. He cometido tantos pecados que debo de almacenar en mi interior cincuenta, no, cien veces más maldad que tú. Y, a pesar de ello, no hago más que seguir cometiendo fechorías, una tras otra. Aunque intente andar con mucho cuidado, no consigo que pase ni un solo día en el que no haga algo malo. Por eso intento sentirme como si me echase al suelo, con las manos atadas y suplicándole a Dios, y aun así, termino por darme cuenta de que, una vez más, estoy haciendo algo inmoral. Soy un hombre al que deberían castigar con latigazos. Aunque me los diesen hasta que la sangre manase de mi cuerpo, no me quejaría, ya que sería lo que me merezco.

El atardecer tampoco tenía esta fea y humillante sonrisa cuando vino al mundo, sino que vivió momentos maravillosos recorriendo el cielo y ardiendo con una fuerza extraordinaria. Con su cuerpo sano y perfectamente redondo, lleno de ilusión, pensó que sería capaz de alcanzar cualquier objetivo. Pero ahora es débil. No por haber tenido un nacimiento complicado, sino por haber tomado conciencia de su propia maldad. «Yo, en otro tiempo, estuve en el trono. Sin embargo, ahora estoy aquí, sentado, contemplando las rosas del jardín», escribió mi amigo Yamagashi en una ocasión.

En mi jardín también hay rosas. En concreto ocho rosales, aunque nunca los he visto florecer. Tan solo tienen unas pequeñas y frágiles hojitas que se tambalean con el frío viento. Fui yo quien los compró, aun sabiendo que se trataba de un timo. Cuando se los compré a aquella mujer, sentí un profundo desagrado al contemplar de qué manera tan imprudente y forzada intentaba engañarme. Ocurrió a los cuatro días de habernos mudado a Tokio, en torno a la hora de comer. Antes vivíamos en Kōfu, pero a principios de septiembre de aquel año decidimos instalarnos en la capital, concretamente en una casa situada en medio de una zona repleta

de huertas, en el barrio de Mitaka. Estaba escribiendo una carta en mi habitación cuando de pronto vi que una campesina entraba en el jardín. Preguntó si había alguien en casa, empleando un tono de voz sugerente y cariñoso, por lo que dejé de escribir y me quedé observándola. Era una mujer de campo, ancha, de unos treinta y cinco o treinta y seis años. Su cara era oscura y rolliza, como una castaña; sus dientes, del todo blancos, y sus ojos, finos como dos agujas, brillaban de manera extraña. Aquella mujer no me transmitía mucha confianza, por lo que preferí mantenerme en silencio y no contestarle. A pesar de la indirecta, me dedicó una profunda reverencia y me saludó con la misma voz sugerente inclinando la cabeza hacia un lado.

—Buenos días, señor. Soy de una de las huertas de la zona y van a construir una casa en nuestro terreno. El problema es que, debido a las obras, he tenido que arrancar estos rosales que tenía plantados. Pobrecitos. Me da mucha lástima tirarlos, y había pensado que quizá no le importaría que los plantase en su jardín. Tienen ya seis años cada uno. Mire, las raíces son gruesas y fuertes. Le saldrán unas rosas preciosas cada año. Ah, y por supuesto no tiene por qué preocuparse de nada. Vivo aquí al lado y todos los días voy a trabajar a esa huerta de allí, por lo que procuraré pasar de vez en cuando para cuidarlos. Además, en nuestra huerta tenemos dalias, tulipanes y muchos otros tipos de flor. Si quiere, le puedo traer lo que me pida para plantárselo aquí. Créame, si no me gustase esta casa no le estaría pidiendo el favor. Me parece que tiene usted un hogar precioso, por eso querría que se quedasen aquí con usted —dijo bajando un poco el tono de voz para, acto seguido, volver a recobrar el ánimo—. Son solo estos rosales. ¿Me dejaría plantarlos?

Sabía que todo lo que me contaba era mentira. Todas las plantaciones que rodeaban mi casa pertenecían al mismo hombre que me la alquilaba. Me lo contó él mismo cuando firmamos el contrato. Además, conocía a toda su familia. Vivía con su hijo, la mujer de este y su nieto. No me sonaba que hubiese ninguna mujer

como aquella entre los suyos. Al ver que me acababa de mudar, pensaría que no conocía la zona y por eso se inventó aquella historia tan absurda. Para empezar, la ropa que llevaba era muy poco creíble. Vestía un *hanten*<sup>[45]</sup> impecable que estaba atado por encima con un *datejime*<sup>[46]</sup>. Además, llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo con forma de capucha y tenía las manos cubiertas con protectores de color azul marino. Calzaba unas polainas de campo del mismo color y se notaba que los *waraji*<sup>[47]</sup> eran nuevos. La ropa que llevaba debajo de la chaqueta había sido cuidadosamente bordada. Iba impoluta, tan limpia que parecía una campesina salida de una representación teatral cuyo vestuario había creado algún diseñador conceptual. No cabía duda de que se trataba de una molesta vendedora ambulante. Incluso hablaba con un coqueteo estúpido que me ponía de los nervios. Pero, aun así, no fui capaz de rechazar su oferta ni de echarla de mi casa.

—Vaya, le agradezco mucho su consideración. A ver, enséñemelos.

Me sorprendí a mí mismo al dirigirme a ella con tanto respeto. Tuve la pésima suerte de que aquella mujer se fijase en mí. A pesar de la terrible pereza que me daba hacerlo, me levanté y salí al *engawa*<sup>[48]</sup> con una sonrisa forzada. Soy tan débil y humilde que no soy capaz de reprocharle nada a nadie. Cada rosal tenía sus ramas envueltas en esterillas de paja. Había ocho, de unos treinta y cinco centímetros de largo cada uno. Todos ellos sin flores.

—¿Florecerán este año? —Ni siquiera tenían capullo.

—¡Claro! ¡Por supuesto que florecerán!

Me contestó rápida, sin dejarme terminar siquiera, mientras abría todo lo posible aquellos finos ojos humedecidos. Sin lugar a dudas, eran ojos de timadora. Nunca falla. A la gente siempre se le humedecen los ojos cuando miente.

—Olerán de maravilla. Mire, este da rosas de color crema, este las da rojas y este, blancas. —Como suele ser común, los mentirosos no pueden estar ni un segundo callados.

—Entonces, ¿todas estas plantaciones pertenecen a su familia?  
—Le pregunté con cautela, casi con miedo a tocar algún tema delicado.

—¡Así es, así es! —contestó con un tono de voz irritado e inclinando la cabeza un par de veces.

—Dice usted que van a construir una casa, ¿verdad? ¿Cuándo será?

—Dentro de poco. Parece que va a ser una casa muy grande. ¡Jajaja! —Se rio con fuerza, como si de un hombre se tratase.

—Ah, ¿no va a ser la suya? ¿Entonces han vendido ustedes su huerta?

—Sí, sí. Eso es. La hemos vendido.

—¿Más o menos cuánto cuesta el metro cuadrado por aquí? Imagino que habrán vendido el terreno a un precio bastante elevado.

—Pues... unos veinte o treinta yenes por metro cuadrado. Algo así... jeje —se rio en voz baja.

Me fijé en que le empezaba a sudar la frente. Imagino que estaría haciendo un gran esfuerzo al tratar de seguir con aquella mentira.

Al final me rendí y dejé de acosarla. Yo también me había visto en su situación varias veces, intentando dar explicaciones a pesar de que el otro supiese que no eran verdad. Recuerdo que, en esos momentos, a mí también me ardían las pestañas y se me humedecían los ojos.

—Plántelos, por favor. ¿Cuánto cuestan? —Quería que se fuese lo antes posible.

—¡Ah! No he venido a vendérselos. Solo es que me daba pena tirarlos y quería plantarlos en otro lugar. —De pronto se acercó a mí sonriendo y me dijo en voz baja—: Si no le importa, ¿podría darme cincuenta céntimos por cada uno?

—¡Eh! —llamé a mi mujer, que estaba cosiendo en la habitación del fondo—. Págale los rosales, que se los he comprado.

Aquella falsa campesina nos plantó tranquilamente los rosales y se despidió de nosotros con agradecimientos vacíos. Mientras contemplaba desde el *engawa* los rosales pelados que ahora había en nuestro jardín, le dije a mi mujer:

—Sabes que esa mujer no era una campesina de verdad, ¿no?  
—Toda mi cara enrojeció; hasta sentí calor en las orejas.

—Sí, se notaba —contestó como si nada—. Quería salir para decirle que no nos interesaban los rosales, pero te me adelantaste y le dijiste que te los enseñara. Como no me apetecía ser la única que quedase mal, preferí no decir nada.

—¡Qué rabia! Me ha cobrado cuatro yenes. ¡Qué barbaridad! Me siento ultrajado. ¡Menuda estafa! ¡Qué asco!

—No te enfades tanto. Mira el lado bueno, ahora los rosales son tuyos.

Los rosales eran míos. Aquello tan simple hizo que recobrase el ánimo de manera extraordinaria. A partir de entonces, durante los cuatro o cinco días siguientes, comencé a sentir un fuerte interés por ellos. Empecé a regarlos con el agua que usábamos para lavar el arroz. Coloqué palitos para guiar los tallos y retiré las hojas que estaban secas. Podé cada una de las ramitas y quité todos los bichitos verdes que pululaban entre ellas. «¡Que no se marchiten, que no se marchiten! ¡Que crezcan sanos y fuertes!», me repetía a mí mismo todo el rato. Al final, las raíces comenzaron a arraigar.

Al mismo tiempo, procuraba fijarme todos los días en la huerta que estaba junto a mi casa. Tenía la esperanza de que en algún momento apareciese aquella mujer y se pusiese a trabajar, demostrándome que no era una estafadora. ¡Cuánto me habría alegrado contemplar aquella escena! Le pediría disculpas de todo corazón, con una gran sonrisa: «¡Perdóneme! No sé por qué pensé que era usted una mentirosa. ¡Siento vergüenza por haber dudado de su profesión!», e incluso lloraría dándole gracias a Dios. No necesitaba ni tulipanes ni dalias. No me hacían falta. Me bastaría con verla trabajando en la huerta por un instante. Solo así mi corazón podría salvarse. «¡Que venga, que venga! Que pase por la



huerta», me repetía a mí mismo una y otra vez mientras miraba a todos lados desde el *engawa* de mi casa. Pero lo único que se movía eran las hojas de las patatas meciéndose con el viento otoñal, y la única persona que aparecía de vez en cuando era el dueño de la casa, que paseaba tranquilo con las manos a la espalda.

Me habían timado. No cabía duda. Todas mis esperanzas quedaron reducidas a que floreciesen aquellos míseros rosales. Lo ocurrido se debió a que no me resistí y acepté su oferta. ¿Qué pasaría a partir de entonces? Lo cierto era que no esperaba que floreciese nada bueno. Unos diez días más tarde, un amigo vino a visitarme a mi nueva casa. Se dedica a la pintura, pero no es muy conocido. El caso es que me comentó algo de aquellos rosales que no me esperaba para nada.

Por cierto, antes de seguir con la historia de los rosales, recuerdo que, durante aquellos días, recibí una invitación de un periódico bastante famoso de mi tierra. La habían enviado desde su sucursal en Tokio: «Esperamos que le esté yendo todo muy bien. Ya estamos en pleno otoño y en Tsugaru, tierra que nos vio nacer, los arrozales se están poniendo de color dorado mientras que los árboles están dando manzanas de tonos ardientes. Hemos tenido la suerte de que nuestras cosechas hayan dado excelentes resultados durante cuatro años consecutivos y, para celebrarlo, estamos ofreciendo a artistas de nuestra prefectura la oportunidad de reunirse en Tokio y compartir experiencias, ya sea sobre la capital o sobre nuestro pueblo y la parte sur de la región. Imaginamos que estará muy ocupado, pero nos encantaría que bla, bla, bla». Todo estaba escrito de una manera muy delicada, e incluía la fecha, hora y lugar de la reunión. Junto a la carta, venía una postal con el envío ya pagado, en la cual había que indicar si se asistiría o no. Tras pensarlo mucho, confirmé mi asistencia. ¿Por qué lo hice si siempre había odiado mi pueblo? Tenía tres motivos.

El primero era que me había propuesto acudir con más frecuencia a lugares en los que se reuniese la gente. Desde

pequeño me había dado pereza rodearme de los demás y, de mayor, seguía con la misma manía. Esa sensación se había intensificado con el paso de los años, e incluso falté a reuniones en las que se requería de mi presencia, inventándome cualquier excusa y haciendo como que no me encontraba bien. Debido a aquello, hubo un momento en el que hasta llegué a recibir críticas de gente que me acusaba de arrogante. Seguir así no me iba a traer nada bueno, por lo que me propuse acudir a todos los eventos que pudiese para saludar y cumplir con mi deber como ciudadano.

El segundo motivo era Kawauchi, redactor jefe del periódico que me invitaba. Aquel hombre se preocupó mucho por mí cuando lo pasé tan mal hace cinco años. Lo conozco desde que iba al bachillerato y siempre ha sido un gran admirador de mis novelas, aunque estas no hayan dejado de gozar de mala fama. Hace seis años, cuando «enfermé», acumulé tantas deudas que todavía estoy intentando pagarlas. Fue por eso que me vi obligado a escribirle pidiéndole como un loco que me prestase dinero. Me contestó con una carta en la que me negaba el préstamo. Pero en ella, además, me contó su situación familiar, a mí, un simple estudiante; me explicó que atravesaba un momento complicado y que no podía ayudarme económicamente. También me dijo que prefería contarme la verdad antes que no contestarme y dejarme con la incerteza de si me ayudaría o no. Aunque aquella carta me doliese, sentí un profundo agradecimiento por su honestidad y pude ver a las claras su hombría y su nobleza. Es algo que jamás olvidaré. Estaba seguro de que era él quien había organizado aquel evento. Por eso, si ponía excusas y acababa por no acudir, podía interpretarlo como una venganza por no haberme prestado dinero cuando se lo pedí. Bueno, en realidad no es ese tipo de persona, pero por si acaso decidí acudir. Moriría de sufrimiento si Kawauchi llegase a pensar así de mí. Jamás he hablado mal de él. De hecho, le sigo agradeciendo muchísimo que me escribiese aquella carta, lo que hacía que, para mí, aquella reunión supusiese una especie de obligación personal. Aquel era el segundo motivo.

Y, por último, el tercero. Se trataba de una frase que había escrita en la invitación: «Los arrozales se están poniendo de color dorado mientras que los árboles están dando manzanas de tonos ardientes. Hemos tenido la suerte de que nuestras cosechas hayan dado excelentes resultados durante cuatro años consecutivos». Puesto que nací en Tsugaru, aquellas líneas supusieron un motivo más para asistir al evento. Al leerlas, acudieron a mi mente las montañas y los ríos de mi pueblo, que no visitaba desde hacía más de diez años. Recuerdo que, hace ocho años, en invierno, época en que lo pasé bastante mal, me citaron en la fiscalía de Aomori. Aquella noche tuve que coger un tren expreso en Ueno sin que ninguno de mis conocidos se enterase. Amaneció justo cuando pasábamos por el balneario de Asamushi. Tras los pequeños copos de nieve que caían, se podía ver el mar de un profundo color gris, con sus majestuosas olas rompiendo en fragmentos de cristal de forma triangular contra la orilla. Las nubes, totalmente negras, como si estuviesen rellenas de tinta china, cubrían el cielo y aplastaban el océano. Fue en ese mismo instante cuando decidí que jamás regresaría a mi pueblo. En cuanto llegué a Aomori, me dirigí a la fiscalía. Me retuvieron todo el día, sin parar de hacerme preguntas. Para cuando me soltaron ya era de noche. Salí por la puerta trasera del tribunal para encontrarme de bruces con una fuerte tormenta de nieve que arremetía contra mis mejillas como si de cientos de flechas se tratase. Se me subió el faldón de la capa y en un instante todo mi cuerpo se zarandeó. Las calles heladas estaban vacías. Sentí una tremenda inseguridad que me impedía moverme, aun encontrándome en la región que me había visto nacer. Me sentí como si fuese un artista ambulante solitario o la niña de los fósforos del cuento de Andersen. No podía dejar de preguntarme, enfurecido, si de verdad me encontraba en mi lugar de nacimiento. Por aquel camino desierto, la blanca nieve se arremolinaba entre estruendos. Me encogí dentro de mi abrigo y caminé encorvado y con rapidez hacia la estación. Comí un bol de fideos con caldo en el puesto que había frente a ella y, sin ni siquiera hacerle una visita a nadie, cogí el

tren de vuelta a Tokio. Aquella fue la única vez que estuve en mi tierra en los últimos diez años. Lo cierto es que fue una experiencia bastante dura. Tanto sufrimiento me había ablandado; por eso, al leer que los arrozales tenían tonos dorados y que las manzanas eran de colores ardientes, me olvidé por completo del odio que sentía por aquella tierra y contesté que asistiría sin pensármelo dos veces. Aquel era el tercer motivo.

Después de haberles contestado, cada día que pasaba me sentía más inquieto. Todo por culpa de la impresión que causaría en los demás. Ser invitado por un periódico de mi tierra como uno de los artistas más importantes del momento suponía que en mi pueblo me verían como un triunfador. Sin duda alguna, uno de los mayores honores que podrían haberme concedido. No obstante, me preocupaba bastante la idea de que la gente pudiese verme como a alguien especial. Como a un hombre distinguido. Aquello me trastornó por completo. Soy un ser desastroso que ha recibido muchísimos golpes a lo largo de su vida. Pensé que quizá todo aquello fuese una broma de mal gusto en la que fingían que me consideraban famoso. La idea de que en aquel preciso instante pudiese haber muchísima gente riéndose de mí, apuntándome con el dedo y sacándome la lengua, me causó una gran turbación. Estaba convencido de que ni una sola persona de mi pueblo había leído alguna de mis obras. Y, en el caso de que alguien lo hubiese hecho, seguramente habría leído solo las partes en las que el protagonista hacía algo desastroso, riéndose de la lástima que le producía y contándoselo luego a los demás entre carcajadas, burlándose de mí y tratándome como a la vergüenza del pueblo. De hecho, la última vez que vi a mi hermano mayor, hace cuatro años, me dijo que dejase de mandarles mis novelas a casa.

—Yo tampoco quiero leerlas. Es probable que ni lo sepas, pero al leerlas, nuestra familia... —dijo, bajando la cabeza.

Aunque no hubiese terminado la frase, yo había captado perfectamente lo que me quería decir. Entonces decidí no volver a mandar ni un solo relato más hasta el día de mi muerte. Todos los

escritores de mi tierra, a excepción de Kaichi Kōno,<sup>[49]</sup> siempre se han reído de mí. Seguro que hasta los pintores, escultores y demás artistas que no tienen nada que ver con la literatura se creen las críticas e insultos que publican de vez en cuando en los periódicos locales sobre mi obra. Todos se estarán mofando de mí. No sufro manía persecutoria ni tampoco me siento acomplejado por ello, pero estoy seguro de que la realidad es mucho más dura de lo que creo que es. Si hasta los artistas me tratan así, no quiero ni imaginarme lo que estarán diciendo de mí en casa. Es probable que esto no incluya solo a los artistas, sino a todo el mundo en general. Seguro que la gente de mi pueblo comenta cosas como: «¿Te has enterado? Dicen que el hijo pequeño de los Tsujima (D. es un seudónimo, mi verdadero apellido es Tsujima)<sup>[50]</sup> sigue llevando una vida vergonzosa en Tokio». Me mencionarán un instante y pasarán a hablar de cualquier otro tema banal, como la próxima fiesta de otoño o algo así, mientras avivan el fuego del hogar y cambian las hojas de té de la tetera. ¡Qué lástima! Un escritor pobre y estúpido que recibe una invitación de un periódico de su tierra natal se ilusiona y les responde con rapidez que asistirá, pensando que ha triunfado en la vida y que es reconocido socialmente cuando, en realidad, no sabe que todo el mundo habla mal de él a sus espaldas. ¡Menudo reconocimiento social! ¿Para eso había triunfado? Sentí que, si acudía al acto, todo el mundo se reiría de mí y quedaría en ridículo. Sentí tanta vergüenza al darme cuenta de todo aquello que me puse muy nervioso.

«¡Pero qué idiota he sido! Tendría que haber contestado que no iría».

No, no. No era cuestión de si contestaba que iba o no. Ya de por sí, el hecho de contestar a aquella invitación resultaba bastante vergonzoso. Debería haber hecho como si no me hubiese llegado nada y no haberles contestado. Lo mejor hubiese sido callarme y esconderme tiritando con la cara roja.

Odio ser tan débil. Menudo desastre. Debería haberlo pensado mejor antes de escribirles. Pero ya era demasiado tarde para

arrepentirme. Había sido muy estúpido. «Dada la situación, no me queda otra que seguir adelante. Trataré de mostrar una apariencia imponente; me vestiré con un *hakama* y haré caso omiso de si se ríen de mí. Fingiré ser reconocido y daré un gran discurso —pensé en un alarde de desesperación—. Lo más importante en esta vida es el poder. Si adopto una actitud poderosa, todo el mundo dejará de reírse de mí y... ¡Ay, pero qué ridículos! ¡Pero qué gente más simple! Estoy seguro de que, si cambiase mi actitud, todos los que se reían de mí acabarían halagándome con locura; incluso llegarían a venerarme. De hecho, no me extrañaría que hasta llegasen a mandarme pequeños regalos en secreto». Por un momento pensé en aparentar ser alguien poderoso, alguien destacado que viste con *hakama*, pero no podía hacerlo. En el fondo sé que he importunado a mucha gente y que no he escrito ni una sola novela que merezca la pena leer. Toda mi vida es un engaño. No soy sincero, sino demasiado sencillo. Soy un mentiroso, un pervertido y un cobarde. No hace falta que Dios me juzgue, yo ya tengo muy claro qué tipo de persona soy. Pero, a pesar de ello, quería ponerme el *hakama*. De verdad, me hacía ilusión. Me imaginaba, entusiasmado, dando un gran discurso que me llenase el corazón, y de repente me desilusionaba al darme cuenta de que no era más que un insecto que se encoge para ver si desaparece de una vez. Pero luego volvía a ilusionarme y pensaba de nuevo en ponerme el *hakama*. No podía renunciar a causar una buena impresión en los demás. «Puesto que voy a asistir al acto, qué menos que ir bien vestido. Intentaré no reírme para que no vean que me falta un diente. Mantendré la boca bien cerrada y saludaré a todo el mundo con palabras claras y sinceras, pidiéndoles disculpas por mi larga ausencia. Entonces puede que los de mi pueblo cambien de opinión y se den cuenta de que el pequeño Tsujima, al fin y al cabo, sabe comportarse mucho mejor de lo que van diciendo por ahí. Puede que todos lleguen a verme con otros ojos. Sí, eso haré. Iré con el *hakama* puesto, saludaré a todo el mundo y me sentaré con modestia en la última fila. Así lograré causar una buena impresión y la gente hablará bien

de mí; los rumores llegarán hasta mi pueblo, que está a unos ochocientos kilómetros de aquí. E incluso puede que lleguen a oídos de mi madre, que está enferma, y hasta es posible que eso le haga sonreír. Sí, sí. No debería desaprovechar esta gran oportunidad». Y así volvía a entusiasmarme, con el corazón latiéndome con fuerza. Después de todo lo que me había hecho sufrir, no podía renunciar a la tierra donde nací. Desde que me recuperé, hace cuatro años, he tenido un único deseo, que se ha ido haciendo cada vez más fuerte. Al fin y al cabo, en un rincón de mi alma, soñaba con volver triunfante a mi pueblo. ¡Cuánto amo a mi tierra! ¡Cuánto los quiero a todos!

Por fin llegó el día de la cita. Amaneció lloviendo con fuerza, pero aquello no iba a impedirme asistir. El *hakama* que tengo es de *tsumugi*, de bastante buena calidad. La única vez que me lo había puesto había sido el día de mi boda. Mi mujer lo tenía guardado en el fondo del armario, envuelto cuidadosamente en su funda. Ella piensa que es de *sendai-hira*, imagino que por haberlo usado en nuestra boda. En aquellos años era tan pobre que ni en sueños podría haberme permitido un *hakama* de *sendai-hira*. Pero, no sé por qué, ella se pensó que era de primera calidad, y ahora me da pena quitarle la ilusión, por lo que aún no le he dicho nada. Me lo quería poner para ese acto, ya que, al menos para mí, había sido una prenda de lujo.

—Oye, sácame el *hakama* de la boda. —No podía referirme a él como el *hakama* de *sendai-hira*.

—¿El de *sendai-hira*? No sé yo... Con el kimono de *kasuri* te quedará raro.

Mi mujer se opuso a que lo llevara. El único kimono que tenía para salir era ese; antes tenía un *haori* de verano, pero se perdió.

—¡Cómo que va a quedar raro! Sácamelo. —Me entraron ganas de confesarle que no era de *sendai-hira*, pero me contuve.

—Pero te va a quedar un poco ridículo, ¿no?

—Da igual. Me lo quiero poner.

—No, no te lo pongas. —Ella insistía. Parecía que no quisiese que volviera a usarlo nunca más para conservarlo como un recuerdo exclusivo de nuestra boda—. Mira, si tienes otro de lana.

—No, ese no. Si me lo pongo pareceré un narrador de películas.  
[51] Y además está sucio.

—No te preocupes. Lo he planchado esta mañana porque sabía que quedaría mucho mejor con el kimono de *kasuri*.

Mi mujer no era capaz de comprender el gran entusiasmo y la obsesión que sentía por aquel encuentro. Pensé en explicárselo, pero me dio pereza.

—Tengo que ponerme el *hakama* de *sendai-hira*. —Al final mentí diciendo que era de primera calidad. Quería ponérmelo a toda costa—. Si me pongo el de lana se va a desteñir con la lluvia.

—No, por favor —me suplicó—. Llévatelo en un *furoshiki*<sup>[52]</sup>. Así podrás ponértelo cuando llegues sin que se te moje.

—Está bien... , eso haré... —Al final logró convencerme.

Tal y como dijo, me envolvió en un *furoshiki* el *hakama* de lana junto a unos *tabi*. Al salir, me recogí el kimono para que no se manchase con la lluvia. Fue entonces cuando presentí que iba a ocurrir algo malo.

El encuentro se celebraba en un famoso restaurante que estaba en el parque de Hibiya, en el centro de Tokio. En la invitación ponía que había que estar a las cinco y media de la tarde, pero la combinación de autobuses que cogí resultó ser un desastre, por lo que acabé llegando a las seis. Una vez allí, le pedí al que se encargaba del guardarropa que me indicase algún lugar donde cambiarme. Me llevó a un pequeño cuarto junto a la entrada. Allí dentro había un niño de unos diez años, pálido y bien vestido, sentado de manera descuidada. Junto a él, una profesora particular le estaba dando clase de matemáticas. Quizá se tratase del hijo malcriado de la familia que regentaba el restaurante. La profesora, que llevaba unas gafas redondas, parecía una mujer tranquila, de unos veintisiete o veintiocho años. Gorda y blanca como la nieve. Tras arreglarme el *obi* y ponerme los *tabi*, empecé a colocarme el



*hakama* con dificultad. La profesora se levantó y, sin decir nada, vino a ayudarme. Le debió dar lástima verme en un rincón de aquel cuarto intentando vestirme con tanta torpeza. Se acercó, cogió los cordones del *hakama* y me los ató con forma de mariposa. Le di las gracias rápidamente y salí del cuarto a paso ligero, aminorando la marcha mientras subía por las escaleras principales para deshacer la pequeña mariposa que me había hecho. Me daba vergüenza y me incomodaba llevar una mariposa hecha con unos cordones tan sucios y arrugados.

De pronto me sentí abrumado. Justo cuando me disponía a entrar en la sala donde estaba todo el mundo, me entró un pánico terrible. «Esto es lo que has estado esperando durante tanto tiempo. Es el momento de recuperar tu honor y de cambiar la opinión que han tenido de ti en tu pueblo durante estos últimos diez años. Actúa como si fueses un famoso. ¡Sí, lo eres! ¡Eres un gran escritor!». En ese momento, alguien que venía por detrás me dio una palmadita en el hombro. Me giré y vi que se trataba de Kaichi Kōno. Olvidé lo de mis dientes de inmediato y sonreí con alegría. Hacía más de diez años que éramos amigos, no porque hubiésemos nacido en el mismo lugar, sino porque Kaichi era un artista de verdad. Por eso sigo manteniendo una profunda amistad con él. Kaichi también sonrió, y yo sonreí todavía más. Fue entonces cuando olvidé por completo aquello de mantener una actitud moderada.

Una vez dentro, cuando la gente comenzó a sentarse, dio la casualidad de que acabé colocándome en la última fila. Resultó que, mientras les iba cediendo el asiento a los demás, sin querer me quedé con el último sitio libre. Al fin y al cabo, era lo que quería, por lo que quizá no fuese del todo casualidad. Creo que aquello no se debió al respeto que le tenía a aquella reunión, sino a todo lo contrario. Hasta llegó a darme la sensación de que mi actitud era del todo arrogante, como si me estuviese burlando de los demás. El caso es que acabé sentándome en la última fila. Comencé a sentir cierto entusiasmo por estar en aquel evento y cada vez me alegraba más pensar que aquel podía ser el momento de recuperar mi honor

de una vez. Pero a partir de ahí todo comenzó a ir mal. Me comporté de una manera insoportable que hizo que todo lo que tenía planeado acabase siendo un completo desastre.

Soy un imbécil que nunca sabe portarse como es debido. Y todo por culpa del ambiente de mi tierra. Siempre que logro introducirme en ella, de la manera que sea, siento como si me quedase sin fuerzas, me pongo caprichoso y pierdo el control. Incluso me sorprende a mí mismo de lo maleducado que puedo llegar a ser. Mi capacidad para controlar la situación se derrumba y termina desapareciendo. El corazón empieza a latirme violentamente, lo cual es muy desagradable, y siento como si se me aflojasen los tornillos, hasta que llego a un punto en el que me es del todo imposible mantener una actitud recta.

Nos sirvieron deliciosos manjares de tierra y mar, pero estaba tan agobiado que no pude ni probarlos. Sin nada que llevarme a la boca, me limité a centrarme en el sake. Bebí mucho mucho sake. Debido a la lluvia, todas las ventanas estaban cerradas, y hacía un calor insoportable. Un calor que se mezclaba con la humedad de la sala y que, junto con todo el alcohol que había bebido, hacía que jadease en lugar de respirar con normalidad. Mi cara debía de parecer un pulpo cociéndose. «A ver, esto no está bien. Si sigo así, la fama que tengo en mi pueblo va a empeorar aún más. Si mi madre o mi hermano me viesen así, hecho un desastre, sentirían una rabia todavía mayor hacia mí». Cada vez estaba más triste. Ya había perdido toda voluntad y había llegado a un punto en el que no podía hacer más que beber. Mi comportamiento era muy infantil. Tenía treinta y un años. Ya no era ningún niño, y sin embargo me comportaba como tal. Era el colmo del ridículo. Mis pensamientos se iban complicando cada vez más a causa del alcohol. Al principio me puse muy pesimista. Todo lo relacionado con aquella reunión me parecía mal; incluso llegué a pensar, con cierta presunción, que yo era la oveja negra del lugar. Pero después me daba cuenta de lo que estaba pensando y me lo reprochaba a mí mismo. «A ver. Todos los aquí presentes son gente importante. Son artistas, amables y

modestos. Todos ellos han pasado por momentos difíciles, al igual que yo, y sin embargo se comportan con rectitud. Soy el único ser despreciable en esta sala. ¡Pero qué cobarde soy! ¿Cómo puedo ser tan indeciso? ¿Por qué habré venido si desde un principio ya odiaba esta reunión? ¡Mírate! Todo el lío que has montado con el *hakama*, ¿para qué? ¿Para acabar así? Pero mira cuánta ansiedad». En aquel momento mi mente era un auténtico embrollo. Estaba tan inquieto que no podía parar de moverme de un lado a otro mientras bebía sin parar. Había tragado tanto sake que el alcohol se había apoderado de todo mi cuerpo; tenía tantísimo calor que casi me salía vapor de la cabeza.

Los asistentes comenzaron a presentarse ante el público. Todos eran muy famosos. Pintores especializados en pintura japonesa y otros en pintura europea, escultores, dramaturgos, coreógrafos, críticos, cantantes, compositores y dibujantes de manga. Todos decían su nombre con la dignidad típica de las estrellas, sin preocuparse de nada e incluyendo pequeñas bromas. Yo, en medio de mi desesperación, aplaudía con fuerza en momentos en los que no había que hacerlo, o, de vez en cuando, asentía y afirmaba en voz alta aunque no estuviese prestando la más mínima atención. Seguro que todo el mundo estaría escandalizándose por tener un sucio borracho maleducado que hacía ruido en la última fila. Pero lo cierto era que, aun siendo consciente de ello, no podía hacer nada para remediarlo. El turno para presentarse iba avanzando y se acercaba inexorablemente hacia la última fila. «¿Cómo voy a presentarme en este estado? Si ni siquiera puedo hablar, ¿cómo daré un gran discurso? Si lo doy, seguro que todo el mundo me tomará por un borracho que no dice más que tonterías y al que nadie se toma en serio». De pronto me vino a la mente un paisaje nevado que atravesaba un arroyo en cuya orilla la nieve se derretía entre las pequeñas enanas aún sin florecer. ¡Ay! Tenía tantas cosas que contar... Muchas, todas ellas amontonadas. Pero de un momento a otro se me quitaron las ganas de hacerlo. No sé por qué, pero ya no quería. «Me da todo igual. No me importa ser el hombre

más incomprendido de este mundo». Renuncié a la idea de volver a mi pueblo de manera triunfal. Tras darle muchas vueltas a mi mente alcoholizada decidí, de algún modo, que me iría a casa tras agradecerles la comida a los del periódico. Nada más. En ese momento lo único honesto que podía hacer era limitarme a dar las gracias sin más. «Espera un momento —volví a pensar—. ¿No lo estropearé todo aún más si lo único que hago es irme dándoles las gracias después de haber bebido tanto? Es como si le dijese a todo el mundo a plena voz que no tengo dinero suficiente para beber sake. No, es mejor que no haga eso». A partir de entonces no supe qué hacer. Al final llegó mi turno. Me levanté sin fuerzas, de una manera tan ridícula que parecía una mujer pavoneándose. Hasta me entraron ganas de regañarme a mí mismo. Justo entonces pensé: «No quiero presentarme como D. Seguro que ninguno me conoce por ese nombre, lo que hará que nadie le dé importancia a lo que diga. Si esa fuese la impresión del público, me sentiría mal por mi obra y por mis lectores. Pero, por otro lado, si digo que soy el hijo menor de los Tsujima, del pueblo de K., dejaría a mi madre y a mis hermanos todavía más en ridículo. Además me enteré hace poco de que mi hermano mayor está sufriendo mucho por algo que ha ocurrido en el pueblo. Mi familia ya sufre demasiado por otras cosas como para que yo ahora les dé más disgustos. ¡Por favor, perdonadme!».

—Soy Tsujima, de K. —La garganta se me atascó mientras me presentaba. Parecía que nadie se había enterado de lo que había dicho.

—¡Más alto! —dijo alguien con voz ronca desde el otro lado de la sala.

De pronto todos los sentimientos que no lograba expresar se centraron en aquella voz, y exploté.

—¡Cállate, gilipollas! —Estaba seguro de que lo había dicho en voz baja, pero al volver a mi sitio y mirar a mi alrededor vi que el ambiente se había vuelto muy tenso.

Y eso fue todo. Seguro que en mi pueblo estarán hablando con escándalo de mí como un gamberro sin remedio.

Ya no contaré más de mi actitud a partir de aquello. No me gusta nada eso de ir confesándoles descaradamente a los lectores todos los problemas que uno pueda tener. Me parece algo muy patético y enfermizo que solo sirve para que uno se sienta algo mejor. Lo que debería hacer sería callármelo todo y esperar a que la justicia de Dios cayera sobre mí. En aquella reunión mostré al mundo entero toda mi maldad sin que nadie me hubiese incitado a ello. Todo había sido culpa mía. Para volver a casa cogí un *rickshaw* en la estación de Kichijōji. Seguía lloviendo a cántaros. El hombre que tiraba del carro era muy mayor y estaba decrepito. Corría tambaleándose, empapado por la lluvia y gimiendo todo el rato con aire de sufrimiento. Le dije, regañándole:

—¡Pero qué exagerado eres! ¡Deja de gemir, que no es para tanto! ¡Venga, más rápido!

De nuevo volvía a mostrar mi demonio interior.

Aquella noche descubrí que jamás podría gozar de ningún tipo de reconocimiento social. Tendría que renunciar a ello. Tendría que abandonar la idea de volver algún día triunfante a mi pueblo. *Vaya a donde vaya, siempre habrá una bella montaña donde descansar.*<sup>[53]</sup> Debo tomarme la vida con más tranquilidad. Puede que al final acabe como un músico callejero, y que mis estrambóticas melodías solo sean escuchadas por los que de verdad quieran oírlas. Nadie puede darle órdenes al arte. El arte, si algún día obtiene el poder de controlarlo todo, se extinguirá.

Al día siguiente, aquel amigo mío que estudia pintura occidental vino a visitarme a casa. Le comenté todo lo que había ocurrido y lo mal que me sentía por ello. Este amigo, al igual que yo, había tenido que exiliarse de su tierra natal. En su caso, de una isla del mar interior de Seto.

—El lugar del que procedemos es como un lunar junto al ojo. Si le das demasiada importancia lo pasarás muy mal. Aunque intentes

quitártelo, siempre te dejará una cicatriz visible —dijo mi amigo, que resultaba tener un lunar del tamaño de una judía junto al ojo.

Aquellas palabras de consuelo tan vacías no consiguieron calmarme, por lo que seguí fumando sin parar, desesperado y mirando al techo.

Justo en aquel momento mi amigo se fijó en los ocho rosales que tenía plantados, y me dijo algo que no me esperaba para nada:

—Esos rosales de ahí son de muy buena calidad.

—¿De veras?

—Sí, creo que sí. Deben de tener por lo menos unos seis años cada uno. Si los pides en Bara-shin, la floristería esa que está aquí al lado, seguro que te cobran más de un yen por rosal.

Mi amigo sabía mucho de rosas. Tenía unos cuarenta o cincuenta rosales plantados en el pequeño jardín de su casa, en Okubo.

—¿Seguro? La mujer que me los vendió tenía pinta de estafadora. —Le conté la historia de cómo me los había ofrecido.

—Los vendedores son así, mienten aunque no haga falta. Lo más seguro es que quisiera que se los comprases a toda costa. Perdón, ¿me puedes traer unas tijeras? —le dijo a mi mujer.

Mi amigo salió al jardín y empezó a podar los rosales con mucha delicadeza.

—Así que al final no era una estafadora. —No sé por qué, pero al pensar aquello sentí cierto calor en el rostro—. ¿Habría nacido también en la misma región que yo?

Me senté en el *engawa* y encendí un cigarrillo. Me sentía mucho mejor. Dios existe. No cabe duda. *Vaya a donde vaya, siempre habrá una bella montaña donde descansar.* Aquel era el resultado de no haberme resistido y de haber aceptado su oferta sin rechistar. Me di cuenta de que era un hombre feliz. Dicen que todo el mundo debería vivir momentos tristes, aunque sea pagando. También dicen que el azul del cielo es mucho más bello cuando se ve a través de la ventana de una cárcel. Hay que dar gracias por todo. Mientras estos

rosales vivan, yo seré el rey de mí mismo. Al menos así fue como me sentí por un instante.



## Un gran día

Nota del autor:

Desde mi condición de humilde escritor, he concebido esta pequeña historia para los japoneses que están luchando por nuestro Imperio lejos de la tierra que los vio nacer. Espero que les agrade y que les conceda esperanza durante su ausencia.



Fotografía de Shigeru Tamura: Dazai junto a un canal del río Iama en 1948, pocos meses antes de suicidarse en ese mismo río.

Chūtarō Ōsumi, antiguo compañero de la facultad, terminó muy rápido sus estudios universitarios y entró a trabajar en una editorial de Tokio, no como yo, que no hacía más que sacar calificaciones terribles. El ser humano es curioso; todo el mundo suele tener sus propias manías. En el caso de Ōsumi, desde muy joven tuvo la mala costumbre de mostrarse en ocasiones demasiado arrogante frente a los demás. Eso no quiere decir que sea una mala persona, sino todo lo contrario. Solo es una parte de su carácter que destaca por encima de las demás, como esos hombres que caminan por la calle sujetando un robusto bastón, aparentando ser rudos y fuertes cuando, en el fondo, no dejan de ser tímidos y muy sensibles. Al igual que ellos, Ōsumi es todo lo contrario a lo que se podría calificar de salvaje. Su padre, que proviene de una familia adinerada y se gana la vida como profesor en una universidad de Corea, siempre había sido muy estricto con él, hasta hace unos diez años, cuando la madre de Ōsumi falleció y le permitió hacer lo que quisiese con su vida. Como hijo único, siempre fue el centro de atención, y podría decirse que se crio en un entorno sin dificultades. De hecho, siempre ha sido un hombre con clase. Cuando íbamos a la universidad, Ōsumi solía vestir un elegante abrigo con el cuello aterciopelado. A pesar de ello, tenía bastante mala fama entre los compañeros de clase. Todos se quejaban de que se las daba de sabio y de que era demasiado vanidoso, pero, desde mi punto de vista, aquellos rumores no eran del todo ciertos. Comparado con nosotros, que éramos unos estudiantes pésimos, saltaba a la vista que Ōsumi estaba a un nivel muchísimo más elevado. Creo que el hecho de que una persona sabia comparta sus conocimientos con

los demás cada vez que se le presenta la ocasión es algo muy respetable. Me parece natural y nada forzado, pero vivimos en un mundo extraño en el que, si alguien muestra que sabe bastante sobre un tema en concreto, se le tacha de pedante. Por lo general, este tipo de personas no intentan aparentar, sino que de verdad conocen algo y quieren transmitir su sabiduría al respecto. Es probable que sepan cinco o seis veces más de lo que demuestran, pero como la gente suele fruncir el ceño ante este tipo de comportamiento, adoptan una actitud más reservada y no dicen todo lo que en realidad saben. Aunque pudiese parecer lo contrario, estoy seguro de que Ōsumi hacía justo eso. Por ello, como era consciente de nuestra falta de conocimiento general, se abstenía de mostrarnos toda su sabiduría y tan solo nos hacía ver un treinta por ciento. Bueno, quizá fuese un cuarenta por ciento, o un cincuenta, o un sesenta. El caso es que el resto intentaba esconderlo en lo más profundo de su interior. Aun así, aquella pequeña porción de sabiduría acababa abrumando a nuestros compañeros. Por eso, Ōsumi siempre estaba solo. Lo mismo le ocurrió tras terminar sus estudios, cuando empezó a trabajar en aquella editorial. Todos sus compañeros lo dieron de lado. Incluso le confiaron a propósito labores en las que se requería de esfuerzo físico, para que no pudiese hacer gala de su inteligencia. Aquello le molestó tanto que acabó enfadándose y dejando el trabajo. Como jamás ha tolerado las burlas ni la falta de respeto, da la impresión de que necesita ser admirado y respetado en todo momento. Nunca ha sido una mala persona, solo es alguien con demasiado orgullo a quien le ha tocado gozar de una gran inteligencia. La gente de este mundo no está acostumbrada a sentir admiración por los demás así como así, y por eso Ōsumi tuvo que cambiar tantas veces de trabajo.

—¡Estoy harto de Tokio! Todo es demasiado aburrido. Quiero irme a vivir a Pekín. Seguro que allí me entienden mejor. Es la ciudad más antigua del mundo, y por eso... —me dijo en una ocasión, empezando de nuevo uno de esos largos discursos en los

que solía mostrar en torno a un setenta por ciento de sus conocimientos.

Al poco tiempo de aquella conversación se fue a China sin destino fijo. Por aquel entonces, solo yo y un par de personas más seguíamos en contacto con él. Habíamos sido elegidos por él mismo como sus más fieles allegados. Los hombres más débiles de este mundo. Igual que siempre, me mostraba conforme con todo lo que me contaba sobre China, pero no podía evitar preocuparme por él. Por eso, en una ocasión, intenté aconsejarle con timidez algo del todo estúpido:

—Cuando vayas, intenta hacer algo de provecho. Si vuelves a Japón con las manos vacías, nada de lo que hayas hecho allí habrá tenido sentido. Y recuerda, jamás fumes opio.

—¡Vaya, muchas gracias! —dijo con una leve sonrisa.

A mediados del pasado abril, es decir, cinco años después de que se fuera a vivir a China, recibí el siguiente telegrama y cien yenes por giro postal.

TE MANDÉ DINERO REGALOS. PREPÁRAME BODA.<sup>[54]</sup> MAÑANA SALGO PEKÍN. CHŪTARO ŌSUMI.

A pesar de su partida, habíamos mantenido el contacto durante aquellos cinco años. Según me contaba, la antigua ciudad de Pekín había acogido muy bien su carácter. Al poco tiempo de llegar, lo contrató una gran empresa china, trabajó duro y al fin pudo desplegar todas sus habilidades para contribuir a la paz eterna en Asia Oriental. Cada vez que recibía noticias sobre sus avances, aún lo admiraba más. Pero, al mismo tiempo, cada vez que me hablaba sobre sus grandes ambiciones, no podía evitar sentirme como una madre ignorante que se preocupa por su hijo ausente, aun sintiendo también cierta alegría por él.

«Me alegro de que estés tan bien. Ten paciencia y no dejes las cosas a medio camino. Cuídate mucho y, recuerda, jamás pruebes el opio».

Yo, por mi parte, solía contarle mis preocupaciones, que eran tan insípidas como una jarra de agua fría. Puede que, en algún momento, aquello llegase a cansarle; quizá fuese esa la razón por la que cada vez empezó a escribirme con menos frecuencia.

Si no me equivoco, fue en la primavera del año pasado cuando Yūkichi Yamada vino a visitarme. Creo recordar que trabajaba en una empresa de seguros en Marunouchi. Fue compañero nuestro de la facultad y, de todos nosotros, él siempre había sido el más débil con diferencia. Por eso, cuando queríamos fumar, le pedíamos a él los cigarrillos. Siempre se mostraba muy entusiasmado ante la sabiduría de Ōsumi e intentaba ayudarlo en todo lo que podía. Por otra parte, aún no he tenido el placer de conocer en persona al estricto padre de Ōsumi. Dicen que no tiene ni un solo pelo en la cabeza, y por lo visto su hijo va por el mismo camino. Después de terminar sus estudios, Ōsumi empezó a tener cada vez menos pelo sobre la frente. Es natural que, con el paso de los años, los hombres vayan teniendo la frente más despejada, pero, en comparación con los demás compañeros, a Ōsumi se le caía el pelo con una rapidez vertiginosa. Quizá sea este uno de los motivos por los que en él se aprecia una ligera mezcla de melancolía y dignidad. Un día, Yūkichi Yamada, haciendo como siempre todo lo posible por ayudarlo, se atrevió a decirle que si juntaba un puñado de ramitas de pino y se las frotaba sobre la calva, su cabello volvería a crecer. En lugar de contestarle, Ōsumi se limitó a lanzarle una mirada llena de ira.

—He encontrado una esposa para Ōsumi —me dijo algo nervioso nada más recibirle.

—¿Seguro? Aunque no lo parezca, Ōsumi es una persona muy difícil de tratar.

Ōsumi se había licenciado en Bellas Artes, lo que había hecho que su criterio sobre la belleza femenina se volviese muy estricto.

—Me encargué de mandarle algunas fotografías de ella a Pekín y me contestó que sí muy entusiasmado —dijo Yamada mientras

sacaba aquella carta del bolsillo interior de su chaqueta—. Bueno, no. Mejor no te la enseñó. No creo que le haga mucha gracia que vaya por ahí enseñando una carta donde ha reflejado sus sentimientos. Con que te la imagines es suficiente.

—Vaya, pues me alegro mucho por él. Entonces imagino que estarás encargándote de organizarle la boda, ¿no?

—Sí, pero yo solo no puedo. Vas a tener que echarme una mano. Tengo intención de ir hoy mismo a visitar a la familia de la novia para ver qué les parece la idea. ¿No tendrás por aquí alguna fotografía suya reciente? No estaría mal que supieran qué aspecto tiene el futuro marido de su hija.

—Últimamente no he recibido muchas cartas tuyas, pero debo de tener un par de fotografías que me mandó hace unos tres años.

En una de ellas salía de perfil, contemplando la Ciudad Prohibida de lejos. En la otra aparecía de pie, frente al templo de las Nubes Azules, vestido con un atuendo tradicional chino. Le di ambas.

—¡Qué bien! Parece que tiene más pelo que antes, ¿no crees?

Fue lo primero en que se fijó nada más verlas.

—Bueno, quizá sea un efecto generado por la luz que había cuando se tomó la imagen.

Viendo la fotografía no podía garantizar si de verdad le había vuelto a crecer el pelo.

—No, no. Creo que no es por la luz. He oído que en Italia han creado un nuevo remedio contra la calvicie. Puede que se lo haya estado aplicando en secreto.

Al final, y gracias a toda la ayuda y el esfuerzo de Yamada, la presentación salió bien y el padre de la futura novia aprobó el enlace. Unos meses más tarde, en otoño, Yamada me mandó la siguiente carta:

Últimamente he estado teniendo problemas respiratorios, por lo que me veo obligado a pasar un año de reposo en mi pueblo natal. Es por eso por lo que debo pedirte que sigas tú solo con la preparación del enlace de Ōsumi. A continuación, te adjunto las señas de la familia de la novia...

Siempre he sido un cobarde, por lo que, tras leer la carta, sentí una gran angustia ante la idea de asumir toda aquella responsabilidad solo. Dado que Ōsumi tenía muy pocos amigos, yo era la única persona que podía ocuparme de aquella tarea. De no hacerlo, él perdería aquella magnífica oportunidad de contraer matrimonio. Entonces decidí mandarle una carta a Pekín.

Estimado Chūtarō Ōsumi:

Yamada ha tenido que irse a su pueblo y ahora soy yo el que va a encargarse de la preparación de tu enlace matrimonial. Como ya sabrás, nunca he sido capaz de tratar a la gente con tanta delicadeza como él, además de que siempre estoy sin blanca y no soy más que un inútil. Aun así, es a ti a quien le deseo la felicidad más que a nadie en este mundo. Por favor, dime todo lo que necesitas para los preparativos. Por lo general, soy un vago sin iniciativa, pero cualquier cosa que tú me mandes, la haré sin dudar. Aprovecho también para recordarte que, por favor, te mantengas alejado del opio.

Cuídate.

Volví a darle aquel consejo estúpido. No recibí ninguna respuesta por su parte, por lo que pensé que quizás aquella carta le había molestado. Todo aquello me preocupaba demasiado, pero no era capaz de hacer nada si él no me lo indicaba antes y me invadió una tremenda desazón que hizo que fuese dejando el asunto de lado. Entonces recibí aquel telegrama junto al giro postal. Me había dado una orden directa y no tuve más remedio que ponerme manos a la obra. Enseguida mandé una postal urgente a la dirección que Yamada me había indicado. Puse toda mi atención a la hora de escribirla, sin poder evitar sentir un gran nerviosismo.

Acabo de recibir un telegrama de mi amigo Chūtarō Ōsumi que me comunica la próxima celebración del enlace con su hija. Me gustaría acordar una cita con ustedes lo antes posible para comentar los preparativos. Por lo tanto, agradecería enormemente que me indicasen el mejor camino para llegar a su casa, así como la fecha que más les convenga.

Aquella postal iba dirigida al señor Yoshinosuke Kosaka, el padre de la novia. Al día siguiente, un respetable hombre mayor de mirada penetrante vino a visitarme a mi humilde hogar.

—Soy Kosaka.

—¡Ah! —Aquella visita repentina me pilló del todo desprevenido—. Era yo quien tenía que ir a visitarles a ustedes. Eh... Encantado de conocerle. Mmm... bueno. Pase, pase, por favor.

El señor Kosaka entró y se arrodilló sobre el tatami desgastado. Acto seguido, posó las dos manos en el suelo y me saludó de manera solemne, inclinando su cuerpo hacia delante y sin mudar un ápice la seriedad de su rostro.

—Este es el telegrama que he recibido. —No tuve más remedio que mostrárselo y pedirle consejo—. Aquí dice que me ha mandado el dinero para los preparativos; cien yenes, para ser exactos. Lo he interpretado como que su deseo es que yo mismo les entregue este dinero a ustedes. Perdóneme mi torpeza, todo ha ocurrido muy deprisa y no sé muy bien cómo debo proceder.

—No se preocupe. Le entiendo a la perfección. Nos preocupó que a finales del año pasado, cuando el señor Yamada cayó enfermo y tuvo que retirarse a su pueblo, recibiéramos una carta directamente del señor Ōsumi diciendo que, por motivos laborales, prefería que la boda se retrasase hasta abril. Decidimos confiar en él y estuvimos esperando hasta el día de hoy.

Aquel «decidimos confiar en él» me sonó extrañamente fuerte.

—Ya veo. Imagino que estarán bastante inquietos, pero créanme, no tienen de qué preocuparse. Ōsumi es un hombre muy responsable.

—Sí, eso ya lo sé. El señor Yamada me lo garantizó.

—Yo también se lo garantizo —dije, sin saber muy bien de dónde provenía la fiabilidad de aquella garantía.

Dos días después de aquella visita, tenía que ir a casa de los Kosaka para entregarles tímidamente los regalos que yo mismo me encargaría de comprar, todos ellos dispuestos sobre una pequeña bandeja elevada de madera para no perder las costumbres.



Puesto que Yamada estaba enfermo y Ōsumi no tenía más amigos a quienes recurrir, yo era el único que podía dárselos. El día anterior, acudí a los grandes almacenes de Shinjuku para comprar los regalos que se suelen entregar en este tipo de ocasiones, y después, de camino a casa, pasé por una librería para echarle un vistazo a uno de esos libros que muestran distintos actos de cortesía y las frases que hay que decir en según qué situación. Al final llegó el día tan esperado. El señor Kosaka me había dicho que fuese a visitarles a mediodía, por lo que comencé a prepararme con tiempo. Me puse el *hakama* para salir de casa. El *haori* que tengo con el escudo de mi familia bordado y mis *tabi* de color blanco los llevé envueltos en un *furoshiki* para evitar que se ensuciasen por el camino. Mi intención era cambiarme frente a la entrada de la casa de los Kosaka. Me pondría rápidamente el *haori* y me cambiaría los *tabi* de color azul que llevaba puestos por los de color blanco, pero mi plan resultó un fracaso total. Me bajé del tren en la estación de Gotanda y seguí el mapa que el señor Kosaka me había dibujado cuando vino a visitarme. Tras un largo kilómetro andando, encontré por fin la placa de los Kosaka. La casa era enorme, por lo menos tres veces más grande de lo que me había imaginado. Aquel día hizo bastante calor, por lo que tuve que secarme el sudor antes de entrar. Me arreglé el kimono muy rápido para causar buena impresión y crucé la entrada. Llamé al timbre y presté atención a mi alrededor por si me encontraba con algún perro feroz. Una sirvienta me abrió la puerta y me hizo pasar. Nada más entrar, me encontré al señor Kosaka sentado sobre sus talones de manera formal. Vestía un elegante kimono y en la mano derecha sostenía un abanico cerrado<sup>[55]</sup> que posaba sobre la rodilla.

—Eh..., esto...

Murmuré algunas palabras sin sentido mientras dejaba el *furoshiki* con todo lo que había traído sobre el zapatero. Saqué rápidamente el *haori* con el escudo y me quité el *haori* negro que llevaba puesto. Hasta ese momento podría decirse que no hubo demasiadas complicaciones, pero acto seguido todo empezó a ir de

mal en peor. Me quité los *tabi* que llevaba puestos y, aún de pie, intenté ponerme los blancos que había traído, pero tenía los pies sudados y no se deslizaban bien. Cuando tiré con fuerza, perdí el equilibrio y me tambaleé de manera ridícula.

—Ah..., eh...

Volví a murmurar algo sin sentido. Sonreí humildemente y me senté al borde del escalón de la entrada. Apoyé un pie sobre la otra pierna y empecé a tirar y a arrugar el *tabi* blanco para que me fuese entrando poquito a poco. La frente no paraba de sudarme, por lo que de vez en cuando tenía que dejar de luchar contra los *tabi* para secármela con un pañuelo. De pronto se me empezó a nublar la vista. Llegó un momento en el que ya casi todo me daba igual. Hasta me entraron ganas de subir el escalón descalzo y echarme a reír en voz alta. Mientras, el señor Kosaka se mantuvo a mi lado en silencio, esperando a que acabase y sin alterar un ápice la seriedad de su rostro. Pasaron cinco, diez minutos. Finalmente, y luchando con todas mis fuerzas, logré ponérmelos.

—Pase, por favor.

El señor Kosaka me condujo a la sala del fondo como si nada hubiese ocurrido. Su esposa había fallecido, por lo que era él quien se encargaba de todos los asuntos del hogar.

Aquello de los *tabi* me había dejado agotado. Coloqué sobre la mesita los regalos que había traído y se los entregué diciendo:

—En este día tan señalado... —solté todo lo que me había aprendido de memoria de aquel libro que había ojeado el día anterior—... y que nuestra relación dure para siempre.

En cuanto terminé la frase, una hermosa mujer de algo más de treinta años entró en la sala y me hizo una modesta reverencia llena de elegancia.

—Soy la hermana de Masako. Encantada de conocerle.

—Lo mismo digo. Espero que nuestra relación dure para siempre —dije, muy nervioso.

Acto seguido, entró otra mujer, también hermosa, que tendría algo menos de treinta años. Me saludó y me dijo que también era

hermana de la novia. Me sentía incómodo de repetirle a todo el mundo aquello de «para siempre», por lo que esta vez dije:

—Espero que nuestra relación dure muchos años.

Al final, llegó el momento de conocer a la novia. Una atractiva joven vestida con un kimono de color verde me saludó tímidamente al entrar. Aquella fue la primera vez que vi a Masako, por lo que no pude evitar sonreír al pensar en lo feliz que iba a ser mi amigo junto a ella.

—Esto... Enhorabuena. —Como iba a ser la futura esposa de mi amigo pensé que lo correcto sería saludarla de manera coloquial—. Encantado.

A partir de entonces, las hermanas se dedicaron a servirnos deliciosos platos de comida mientras hablábamos. Un niño, que tendría alrededor de unos cinco años, correteaba por detrás de la hermana mayor, mientras que a la mediana la seguía una niña de unos tres años que todavía caminaba con torpeza.

—Deme, le sirvo —dijo el señor Kosaka alcanzando mi vaso para llenarlo de cerveza—. Qué lástima que no haya nadie en casa que pueda acompañarle mientras bebe. Cuando yo era joven bebía muchísimo, pero a esta edad ya no me lo puedo permitir —dijo, riéndose mientras se frotaba su brillante cabeza calva, que relucía de manera asombrosa.

—¿Cuántos años tiene usted? Si me permite el atrevimiento.

—Nueve.

—¿Cincuenta y nueve?

—No. Sesenta y nueve.

—¡Parece mucho más joven! Por cierto, ¿no serán ustedes una familia de samuráis? Llevo queriendo preguntárselo desde que le conocí el otro día.

—En efecto. Somos descendientes de un samurai que estuvo trabajando para el gobierno de Aizu.

—Entonces imagino que habrá practicado Kendō y artes similares durante su infancia, ¿no es así?

—No.

—Mi padre nunca ha practicado nada, pero mi abuelo con la lanza... —dijo la hermana mayor, riéndose tímidamente mientras me servía otro vaso de cerveza.

Dejó la frase a medias, intentando no dar demasiada información para no aparentar.

—Lanza...

Me puse muy nervioso. Nunca he venerado en exceso a nadie a causa de su riqueza o buena reputación, pero, no sé por qué, me pongo especialmente nervioso ante los expertos en artes marciales. Quizá sea porque no conozco a nadie más incompetente y débil que yo. Aquello hizo que en mi interior sintiese todavía más admiración por la familia Kosaka. «Debo tener cuidado. No me gustaría decir alguna tontería sin sentido y que me regañasen. ¡Son descendientes de un maestro de la lanza!», pensé para mis adentros. Es probable que a partir de ahí empezaran a notar que cada vez hablaba menos.

—Adelante, por favor. Pruebe la comida. No es nada especial, pero Pruébela. —El señor Kosaka me ofrecía comida sin parar—. Oye, ¿por qué no le sirves más cerveza? Beba, beba, por favor. Sin miedo.

No supe muy bien cómo interpretar aquel «sin miedo». Se podía entender como si me instase a beber con más ánimo, como un hombre de verdad. Puede que sea una expresión típica de Aizu, pero en aquel momento hizo que me sintiese algo incómodo. Al final, no tuve más remedio que beber sin miedo. Por otra parte, me costó mucho encontrar temas de conversación, ya que estar ante el mismísimo descendiente directo de un maestro de la lanza me impedía comportarme con naturalidad.

—¿Quién era ese? —dije, refiriéndome a la fotografía de un hombre de unos cuarenta años vestido de traje que había sobre el *nageshi*<sup>[56]</sup>.

—¡Ah! —La hermana mayor se puso roja. Sentí que no debería haber preguntado aquello—. Tendríamos que haberla quitado, en un día tan lleno de felicidad como hoy.

—Tranquila, no pasa nada —dijo el señor Kosaka mientras se giraba para contemplarla—. Era el marido de mi hija mayor.

—¿Falleció? —Era obvio. Si su imagen estaba allí colgada era porque había muerto. Me sentí peor todavía.

—Sí, pero... —respondió la hermana mayor, bajando la mirada de un modo que me pareció algo extraño—. No se preocupe, de verdad. Todo el mundo suele preguntarme continuamente por él... —murmuró.

—Si hubiera estado hoy aquí seguro que se habría puesto muy contento —aseguró la hermana mediana con una hermosa sonrisa mientras se asomaba desde atrás—. Igual que mi marido, que está de viaje de negocios. Qué inoportuno.

—¿De viaje? —pregunté, atontado.

—Sí. Lleva ya mucho tiempo fuera. Parece que ni yo ni nuestra hija le importamos lo más mínimo. Cuando nos escribe, solo me pregunta por las plantas del jardín —afirmó, para acto seguido echarse a reír con su hermana.

—Le encanta la jardinería —explicó el señor Kosaka sonriendo—. Adelante, por favor. Beba sin miedo.

No podía hacer nada más que beber cerveza «sin miedo». Qué idiota fui. En aquel momento no caí en que uno había muerto en la guerra y el otro había sido enviado al frente.

Aquel mismo día decidimos la fecha de la boda. No tuvimos que molestarnos en consultar el *koyom*<sup>[57]</sup> para averiguar si se trataba de un buen día o no, ya que acordamos celebrarla el veintinueve de abril. Sin lugar a dudas, un gran día para nuestro país.<sup>[58]</sup> El enlace tendría lugar en un restaurante chino<sup>[59]</sup> que había cerca de la casa de los Kosaka. Era un local muy grande con un comedor principal y varias salas con decoración sintoísta en las que se celebraban enlaces matrimoniales. Acordamos que el señor Kosaka se encargaría de hacer la reserva. Para el *baishaku-nin*<sup>[60]</sup>, propuse tímidamente al profesor Segawa, que nos había dado clase de Historia del Arte Oriental en la universidad y se había preocupado

por encontrarle trabajo a Ōsumi cuando se licenció. Los Kosaka lo aceptaron sin problemas.

—Seguro que a Ōsumi le parece bien, pero como el profesor Segawa puede llegar a ser una persona algo complicada en ocasiones, creo que lo mejor será que vaya ahora mismo a visitarle para comentárselo —dije, con intención de salir de aquella casa lo antes posible con tal de no cometer más errores.

Fui hacia la entrada sonriendo y diciendo tonterías a causa del alcohol. Allí volví a meter el *haori* y los *tabi* blancos en el *furoshiki* y conseguí salir sano y salvo de la mansión de aquel samurai de Aizu, pero todavía me quedaba algo muy importante por hacer.

Llamé al profesor Segawa desde la cabina de teléfono que había frente a la estación de Gotanda para preguntarle si podía ir a visitarle. Hacía un año que había tenido una fuerte discusión con un profesor joven de la facultad. Por lo visto, este acabó insultándolo de manera intolerable, a lo que el profesor Segawa respondió con su dimisión. Por aquel entonces llevaba una tranquila vida de retiro en su casa de Ushigome. Siempre había admirado profundamente la simpleza de su carácter; por eso, a pesar de mi dejadez en los estudios, siempre acudía a sus clases. Incluso fui a visitarlo a su despacho en un par de ocasiones para preguntarle cosas insustanciales que lo desconcertaban. Más tarde, tras haber abandonado la universidad, le mandé un ejemplar del pequeño libro que escribí para que me dijese qué le parecía.

Hay partes que fallan un poco, debes practicar más. Con mucho esfuerzo y dedicación, incluso una flecha puede llegar a penetrar la piedra.

Aquella breve carta me dejó bien claro que yo debía de parecerle una persona con una falta de inteligencia preocupante. Me entró la risa de la lástima que sentí a la vez que di gracias por su preocupación. Aun así, lo cierto es que suelo sentirme más cómodo cuando los demás me toman por un inútil. Si alguien tan respetable como el profesor creyese que soy un gran hombre, me sentiría

bastante incómodo y no sé si sería capaz de soportarlo. Por eso, como sé que el profesor Segawa debe de pensar que soy un idiota, no tengo por qué darme aires de intelectual, lo que hace que pueda actuar con naturalidad. Llevaba mucho tiempo sin ir a visitarlo, por lo que, nada más llegar, le conté que Ōsumi se casaba. Al final le pedí, de manera bastante directa, que hiciese de *baishaku-nin* con su mujer. El profesor, tras pasar un buen rato mirando hacia otro lado en silencio, aceptó la propuesta. Aquello me hizo sentir un gran alivio. Ya estaba casi todo hecho.

—¡Se lo agradezco muchísimo! Me han contado que el abuelo de la mujer con la que se va a casar Ōsumi fue un extraordinario maestro de la lanza. Va a tener que andarse con mucho cuidado. Por favor, recuérdesele usted también. Me da la sensación de que no es del todo consciente de lo que eso significa.

—No hay de qué preocuparse. Las mujeres que proceden de la familia de un samurái suelen tratar con bastante respeto al hombre con el que se casan —me contestó con seriedad—. A todo esto, ¿cómo va su alopecia? Siempre me dio la sensación de que perdía demasiado pelo para su edad.

Como había imaginado, aquello seguía siendo lo que más le preocupaba. Me emocioné. La dedicación de los maestros a sus alumnos es más profunda que el océano.

—No se preocupe, he visto las fotografías que me mandó desde Pekín y parece que su calvicie ha dejado de avanzar. Hay rumores de que se ha creado un medicamento en Italia que hace maravillas. Además, el señor Yoshinosuke Kosaka, el padre de la novia, está completamente...

—Bueno, es normal. Los hombres suelen quedarse calvos según se van haciendo mayores, pero aun así... —dijo, mientras ponía cara de no estar del todo convencido, ya que él también estaba completamente calvo.

Un par de días más tarde, Chūtarō Ōsumi apareció frente a la entrada de mi pequeña casa en el barrio de Mitaka, portando

consigo nada más que un maletín. Había venido desde Pekín, aquella ciudad tan lejana, para encontrarse con su futura esposa. Su piel había cogido algo de color y estaba mucho más guapo. Su cara también había cambiado. Contemplando su rostro, se podía adivinar que no había tenido una vida fácil en Pekín. Nadie puede mantenerse inocente como un niño para siempre. En cuanto a su cabello, me pareció que tenía incluso más que antes. Pensé que el profesor Segawa también sentiría un gran alivio cuando se enterase.

—¡Enhorabuena! —le dije sonriendo nada más verle.

—Mmm. Has sido un buen mensajero. —El novio de Pekín se puso arrogante.

—¿Te apetece cambiarte? ¿Quieres que te traiga un *doter*?

—De acuerdo, tráemelo.

Mientras se quitaba la corbata, me preguntó:

—Ya que estás, ¿tienes unos calzoncillos limpios para dejarme?

Lo veía mucho más vigoroso y digno que antes. Su actitud al pedirme cosas sin ningún tipo de reparo me pareció sumamente majestuosa, como si hubiese ganado mucha confianza en sí mismo durante su ausencia.

Hacía buen tiempo, por lo que al rato decidimos ir a los baños públicos dando un paseo. Por el camino, Ōsumi me dijo, alzando la mirada al cielo:

—Qué tranquilo está Tokio.

—¿Tú crees?

—Demasiado. En Pekín es imposible que las calles estén así de tranquilas.

Sentí como si yo fuese el representante de todos los ciudadanos de Tokio y Ōsumi me estuviese echando aquella tranquilidad en cara. Aun así, aunque todo pareciese muy tranquilo, lo cierto era que los habitantes de esta capital estábamos haciendo todo lo posible para salir adelante. Intenté explicárselo lo mejor que pude al visitante de Pekín.

—Mmm... Puede que a veces nos falte algo de movimiento.



Al final acabé diciéndole algo del todo opuesto a lo que pensaba. Soy un hombre que evita siempre que puede las discusiones.

—Exacto —dijo Ōsumi con aires de grandeza.

Tras volver de los baños, mi mujer y yo le preparamos la cena a pesar de que aún era pronto. Le ofrecí un poco de sake con la comida.

—Anda, pero si hasta tenéis sake —dijo como regañándome mientras se lo bebía—. Además, podéis preparar todos estos platos. Vivís en un país con demasiada abundancia.

Como sabíamos que venía desde muy lejos, mi mujer hizo todo lo posible para ir comprando y guardándole todo tipo de verduras y pescados. Incluso fue al puesto de policía de la zona para solicitar un poco más de arroz con la ración de aquel mes. En cuanto al sake, tuvo que ir aquella misma mañana hasta la casa de su hermana, que vive en Setagaya, para pedirle que nos diese una de sus botellas. Pero, si le contaba todo lo que habíamos tenido que hacer para darle aquella bienvenida, puede que Ōsumi se sintiese mal durante su estancia. Como iba a quedarse en nuestra casa durante una semana hasta la celebración de la boda, decidí sonreír humildemente y no comentarle nada. Imaginé que estaría algo nervioso por haber vuelto a Tokio tras cinco años de ausencia. No comentaba nada en absoluto sobre la boda y no hacía más que hablarme con seriedad de los cambios que se estaban dando en el mundo, como si de un discurso o una lección se tratase. Siempre igual. No debía de mostrarle a la gente más que un diez por ciento de su conocimiento. A decir verdad, aquel amigo de Tokio, mientras escuchaba su discurso sobre los problemas de la actualidad con sumisión, no podía evitar sentir cierto rechazo hacia el visitante de Pekín. No soy más que un ciudadano normal y corriente de clase media que se fía de lo que aparece en los periódicos y ni siquiera intenta averiguar más de lo que se escribe. Pero él, en cambio, imagino que debido a la inquietud que le producía volver a encontrarse con un amigo tras cinco años sin verlo, mostraba una

actitud despreocupada que no hacía más que descalificarlo. Al final se pasó toda la cena criticando nuestro estilo de vida.

—Imagino que estarás muy cansado. ¿Quieres acostarte ya? —le dije en cuanto logré encontrar una pausa en su interminable discurso.

—Perfecto. Déjame el periódico de la tarde junto al futón.

Al día siguiente me levanté a las nueve. Suelo hacerlo a las ocho, pero aquella mañana decidí quedarme más tiempo en el futón para que Ōsumi no se sintiese incómodo por ser el último en despertarse. Esperé un rato, pero seguía durmiendo. En torno a las diez, decidí volver a entrar en la habitación para dejar al menos mi futón recogido. De pronto, Ōsumi me dijo con tono despectivo mientras me miraba desde donde estaba tumbado:

—Vaya, pero cuántas cosas sabes hacer.

Y se tapó con la manta hasta la cabeza.

Aquel día íbamos a ir juntos a casa de los Kosaka para que Ōsumi y su futura esposa se conociesen en persona. El suyo era un matrimonio que había sido acordado a base de intercambios de información y fotografías gracias al tremendo esfuerzo de Yūkichi Yamada, que había ejercido de intermediario. Ōsumi siempre había sido un hombre muy ocupado, por lo que le habría resultado imposible ir desde Pekín hasta Tokio solo para celebrar el *miai*<sup>[61]</sup>. Aquel día iba a encontrarse con su prometida por primera vez. Tal vez incluso fuera el día más importante de su vida. Sin embargo, Ōsumi mantenía una actitud del todo despreocupada, algo que yo no lograba comprender. Por fin decidió levantarse a las once de la mañana. Se acercó y me preguntó si nos habían traído el periódico con voz somnolienta. Cuando se lo di, pasó un buen rato leyéndolo para después salir al *engawa* a fumar tabaco chino como si nada.

—Puedes afeitarte si quieres. —No podía evitar estar nervioso.

—Déjalo, no hace falta.

De pronto se puso muy arrogante sin motivo alguno. Parecía como si se estuviese burlando de mi cuidadosa manera de proceder.

—Pero hoy vamos a visitar a los Kosaka, ¿no?

—Ah, como tú quieras.

¿Cómo que «como tú quieras»? Si el que se iba a casar era él, no yo...

—Cuando los visité vi que se trata de una mujer muy atractiva —le dije, con la esperanza de que aquello lo animase un poco—. Como me sentí mal por haberla conocido en persona antes que tú, la miré solo un instante. Su belleza me recordó a la de las flores de cerezo.

—Eso te pasa por ser tan blando con las mujeres.

Aquello ya empezó a molestarme. Me entraron ganas de preguntarle a la cara por qué había venido desde tan lejos si aquella mujer no le interesaba lo más mínimo. Pero, al fin y al cabo, no soy más que un cobarde que intenta evitar las situaciones incómodas siempre que puede.

—Además proviene de una familia muy noble.

Aquello fue lo único que pude decirle. No fui capaz de comentarle que, desde mi punto de vista, se trataba de una familia tan noble que ni siquiera él se la merecía. Siempre evito las discusiones por encima de todo.

—En este tipo de situaciones importantes, dicen que la gente suele alardear sobre sus puestos o bienes, pero el señor Kosaka no hizo nada de eso. Solo me comentó que confiaban plenamente en ti.

—Ya. Porque es un samurái —dijo sin prestar la más mínima atención—. Si no se tratase de una familia tan importante no me habría molestado en venir desde Pekín. Es una familia que rebosa honor.

—¿Honor?

—El marido de la hermana mayor murió luchando en el norte de China, por lo que el señor Kosaka acogió a toda su familia en su casa. El de la hermana mediana, que pasó a formar parte de los Kosaka tras casarse con ella, fue enviado al frente poco tiempo después de la boda y ahora se encuentra de servicio en las islas del sur. ¿No te habías enterado?

—Ah...

En aquel instante sentí muchísima vergüenza por haber preguntado sin ningún reparo quién era el de la fotografía del *nageshi* mientras bebía cerveza «sin miedo» rodeado de toda la familia para después salir de aquella casa borracho y diciendo tonterías. Debía de ser el hombre más estúpido de todo Japón. Sentí como enrojecía de los pies a la cabeza. Hasta las entrañas debieron de ponérseme coloradas.

—¿¡Qué dices!? ¿¡Pero por qué nadie me lo ha contado antes!?  
¡No te imaginas el ridículo que he hecho!

—No pasa nada, hombre.

—¿¡Cómo que no pasa nada!? ¡Es un tema muy delicado! —No pude evitar alzar la voz. Ya me daba igual si aquello desembocaba en una fuerte discusión—. También es culpa de Yamada. ¿¡Cómo no se le ocurrió decirme algo tan importante?! Yo me desentendiendo de todo este asunto. Ve tú solo a visitarlos. A mí me da mucha vergüenza volver a esa casa. Basta ya de tonterías, hombre.

Perdí el control de mí mismo; no sabía dónde meterme, por lo que pasé el resto de la mañana de muy mal humor.

Durante el desayuno reinaba un ambiente incómodo, pero ya todo me daba lo mismo. No tenía intención de ir a casa de los Kosaka ni me importaba si el matrimonio salía bien o no. Que Ōsumi hiciese lo que le diese la gana.

—Puedes ir tú solo. Yo tengo cosas que hacer —dije, mientras me iba de casa como si de verdad tuviese algo que hacer.

Sin embargo, no tenía a donde ir. Al final tuve una idea. Se me ocurrió ir a Ushigome, a casa del profesor Segawa, para contarle todo lo que había ocurrido y pedirle consejo.

Por suerte, el profesor estaba allí. Le informé de la llegada de Ōsumi a Tokio y le dije:

—Es que no lo aguanto. No está nada emocionado por la boda. Ni siquiera parece que le interese. Además, no para de soltarme discursos malhumorados sobre el gobierno y los cambios que se están dando en el mundo.

—No creo que sea así —me dijo tranquilamente—. Se sentirá muy incómodo debido a los nervios. Es un hombre que suele mostrarse de mal humor cada vez que está alegre. Como dice el refrán, «todo el mundo tiene como mínimo siete manías». Tienes que entenderlo.

En serio, la dedicación de los maestros a sus alumnos es más alta que las montañas.

—Por cierto, ¿qué tal su pelo? —Aquello seguía siendo lo que más le preocupaba.

—No se preocupe. Parece que durante estos años su calvicie no ha avanzado.

—Qué gran alivio —dijo, suspirando de todo corazón—. Entonces no hay de qué preocuparse. Mi mujer y yo haremos de *baishaku-nin* sin problemas. Como me comentaste que la novia era muy joven y guapa, andaba algo inquieto.

—De verdad —dije con ímpetu—, no creo que Ōsumi se merezca una mujer así. Proviene de una gran familia. Parece que el padre lleva un negocio bastante importante, pero nunca presumen de sus bienes ni de su honorable familia. Es más, viven modestamente sin dejar de sonreír. Es muy difícil encontrar una familia así.

—¿A qué te refieres con «honorable familia»? —preguntó el profesor.

Le conté lo de los maridos de las hermanas y volví a quejarme de la falta de respeto de Ōsumi.

—Hoy teníamos pensado ir a que conociese a su futura mujer y se ha quedado en la cama tan tranquilo hasta las once. De verdad que me han entrado ganas de darle un bofetón.

—No te enfades tanto, hombre. No sé por qué, pero los compañeros de clase siempre acabáis enfadándoos por tonterías a pesar de que en el fondo os llevéis muy bien. Mira, lo más probable es que Ōsumi sienta muchísimo respeto por la familia Kosaka, puede que hasta incluso más que tú. Por eso se comporta así, por la

vergüenza que le da presentarse. Además, es mucho mayor que la mujer con la que se va a casar y cada vez tiene menos pelo en la cabeza. Estoy seguro de que todo eso le causa tanta vergüenza que hace que no sepa cómo comportarse correctamente. Tienes que entenderlo. —En serio, los profesores son quienes mejor conocen a sus alumnos—. El problema es que no sabe cómo expresarlo. Entra en pánico y te regaña a ti por tonterías como los cambios que se están dando en el mundo y los problemas del gobierno actual. Hace el vago y no se levanta hasta las once para disimular su preocupación. Siempre ha sido así. Nunca ha sabido expresar bien sus sentimientos, pero siempre ha sido una persona muy sensible. Intenta ser más amable con él, que solo te tiene a ti. No será que le tienes envidia, ¿verdad?

Aquello me destrozó por completo.

De camino a casa, paré en dos o tres bares de Shinjuku y se me acabó haciendo tarde. Para cuando llegué, Ōsumi ya estaba metido en el futón.

—¿Has ido a visitar a los Kosaka?

—Sí, he ido.

—Son una gran familia, ¿verdad?

—Sí, sí que lo son.

—Deberías estar agradecido.

—Lo estoy.

—No seas tan arrogante. Mañana ve a visitar al profesor Segawa para saludarlo. Nunca olvides lo que dice la canción: «Después de todo, qué noble ha sido el favor que nos han otorgado nuestros profesores».[62]

Al final, la boda de Ōsumi tuvo lugar en el restaurante chino de Meguro como se había acordado. Al ser el veintinueve de abril un gran día, otras trescientas parejas también celebraron su boda en aquel mismo restaurante. Por lo visto Ōsumi no tenía traje de gala,

pero hizo como si nada y acudió a la ceremonia con uno normal y corriente. De todos los hombres del local, él era el único que no iba vestido para la ocasión. Al final, acabó preocupándose y me preguntó de mal humor.

—¿Qué pasa, que aquí no prestan trajes o qué?

Si me lo hubiese dicho antes podríamos haber hecho algo, pero en aquel momento ya era imposible. Por si acaso, llamé a recepción por teléfono desde la sala de espera donde nos encontrábamos, pero obviamente me dijeron que a esas alturas ya no había nada que hacer. Tenían un servicio de alquiler de trajes, pero era necesario pedirlo con una semana de antelación. Ōsumi se puso de muy mal humor y me miró con ira, como echándome la culpa de todo. La boda iba a celebrarse a las cinco de la tarde y tan solo faltaba media hora. No encontramos ninguna solución, por lo que tuve que pasar a la sala de espera contigua donde estaba la familia Kosaka e inventarme una excusa.

—Ha habido una equivocación y no van a poder traer el traje de Ōsumi a tiempo.

—Vaya —dijo el señor Kosaka sin inmutarse—. No te preocupes, nos haremos cargo.

Acto seguido llamó en voz baja a su segunda hija y le dijo:

—Vosotros teníais un traje de gala, ¿no? Llama a casa para que nos lo traigan enseguida.

—¡No! —dijo mientras sonreía enrojecida—. No quiero sacarlo mientras él esté fuera.

—¿Pero qué mas da? —preguntó el señor Kosaka, perplejo—. Ni que se tratase de un desconocido.

—Padre. —De pronto la hija mayor se metió en la conversación, sonriendo tímida como su hermana—. Es normal que mi hermana se sienta así. Su deber es dejar todas las cosas de él tal y como estaban hasta que regrese. Nadie debe tocarlas, aunque se trate de alguien de muchísima confianza.

—Menuda tontería —dijo el señor Kosaka, riéndose de manera extraña.

—No es ninguna tontería —susurró la hija mayor, con una cara tan solemne que hasta me dio lástima. Pero, un segundo después, volvió a sonreír—. Ya sé. ¿Por qué no coge el traje de mi marido? Puede que huela un poco a naftalina, pero servirá.

Se volvió hacia mí y me dijo, sonriendo con amabilidad:

—A mi marido ya no le va a hacer falta. De hecho, creo que se sentirá muy feliz de que su traje pueda usarse en un gran día como hoy. Seguro que nos lo deja sin problema.

—Eh... No... —contesté, usando palabras sin sentido.

Cuando salí al pasillo me encontré a Ōsumi, que daba vueltas con las manos metidas en los bolsillos y estaba de mal humor.

—¡Eres un hombre muy afortunado! La hermana mayor va a dejarte lo que para ella supone una reliquia familiar —le dije, dándole una palmada en la espalda.

Enseguida comprendió a qué me refería con «reliquia familiar».

—Ah..., qué bien —me contestó igual que siempre, dándose aires de grandeza, solo que esta vez parecía algo distinto.

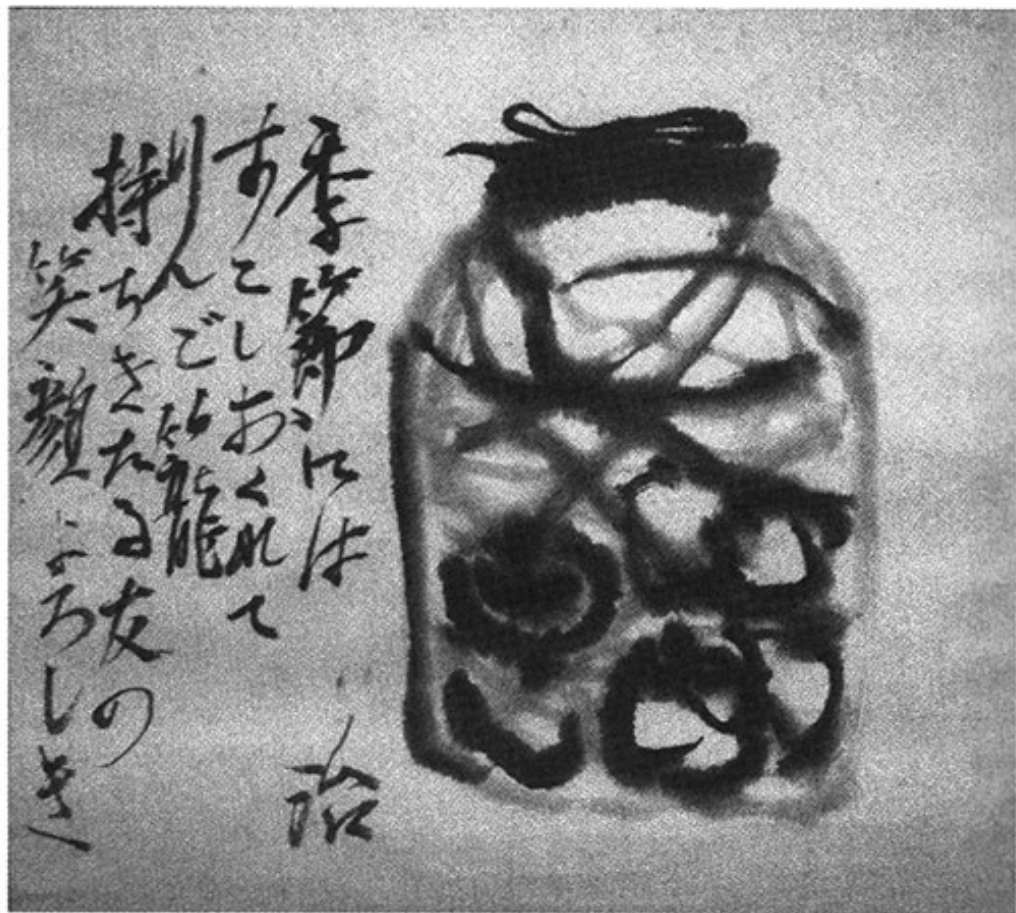
—La hermana mediana se negó a prestarte el de su marido. ¿Entiendes lo que eso significa? Ella también es una gran persona, incluso más que su hermana mayor. ¿Te das cuenta?

—¡Que sí! —me contestó, alterado.

Según el profesor Segawa, Ōsumi es una persona muy sensible que expresa muy mal sus sentimientos. No podía estar más de acuerdo con aquella opinión.

Pero, cuando la hermana mayor entró en la sala donde estábamos, llevando el traje de su difunto marido con sumo cuidado y entregándoselo a Ōsumi con tal respeto ceremonial que parecía que se tratase del mismísimo casco de la armadura de Shingen Takeda,<sup>[63]</sup> puede que su manera de expresar sus sentimientos no fuese tan inadecuada. Estaba sonriendo, y las lágrimas le brotaban de los ojos.





## Diosa

Fotografía: Esbozo que Dazai entregó a su discípulo Saihachirō Ono como despedida antes de suicidarse. En el texto se puede leer: «Fue agradable contemplar la sonrisa de quien nos trajo este tarro lleno de manzanas, a pesar de

no ser temporada».

Poco antes de que aquella mujer que se hacía llamar Jikōson<sup>[64]</sup> o algo así causase aquel gran alboroto, dio la casualidad de que yo mismo viví una situación similar. Durante la guerra, pasé un año y tres meses refugiado en el norte de Japón, en Tsugaru, lugar donde nací. Finalmente, en noviembre del año pasado pude volver a Tokio, donde me reencontré con viejos amigos. De entre todos aquellos reencuentros, la inesperada visita del señor Hosoda fue, sin lugar a dudas, el que más me impactó.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, el señor Hosoda se ganaba la vida vendiendo poesías patrióticas exageradamente adornadas que escribía él mismo. Sabía algo de alemán, por lo que de vez en cuando traducía poemas de Heinrich Heine o ejercía de profesor en alguna escuela femenina. A pesar de ser dos o tres años mayor que yo, gozaba de una envidiable cabellera negra que le cubría gran parte de la frente. Siempre iba peinado a la perfección, usando grandes cantidades de gomina. Llevaba gafas sin montura a la última moda y tenía las mejillas rosadas, lo que, en conjunto, le hacía parecer cuatro o cinco años más joven que yo. Era delgado y bajito, y vestía siempre de manera muy elegante. De hecho, cuando llovía, se ponía un tipo de protección sobre los zapatos conocida como *over shoes*.

Era una persona que apenas se reía, lo que siempre me hacía sentir algo incómodo. Desde aquella vez que nos conocimos en un bar de Shinjuku, comenzó a venir a visitarme a casa y a traer sake, lo que a la larga nos hizo entablar una buena amistad como compañeros de bebida.

Cuando comenzó la guerra y la vida empezó a hacerse cada vez más dura con cada día que pasaba, el señor Hosoda vino a mi casa

para comunicarme que se marchaba:

—Esta guerra tiene pinta de que va a durar mucho. Dicen que el ejército planea mandar a todos los soldados disponibles a Manchuria,<sup>[65]</sup> donde se librará una batalla decisiva. He oído que ese va a ser el lugar más seguro por ahora, así que tengo pensado irme para allá con mi mujer. Además, me parece que los trabajos y el sake abundan en la zona. ¿Por qué no se viene usted también?

—No es tan sencillo. Para usted, que no tiene hijos y va solo con su mujer, no hay ningún problema, pero yo tengo varios niños a los que mantener —le contesté.

Entonces me miró con compasión durante un buen rato y no dijo nada más.

Al poco tiempo, tal y como me dijo, se fue a Manchuria con su mujer, desde donde me mandó una postal en la que decía que ambos habían empezado a trabajar juntos en una editorial. A partir de entonces perdimos el contacto.

Pero, a finales del año pasado, aquel señor apareció de pronto en mi casa del barrio de Mitaka, en Tokio.

—Soy Hosoda.

Su aspecto había cambiado tanto que me habría sido imposible reconocerlo si no me hubiese dicho su nombre. Aquel hombre tan presumido que siempre había cuidado tanto su indumentaria apareció vestido de manera vulgar, con algo semejante a un uniforme del ejército, de color caqui y con el cuello elevado. Llevaba el pelo rapado y usaba unas gafas de montura de hierro de lo más ordinarias; estaba pálido, y tenía la barba bastante descuidada. Parecía una persona del todo distinta.

Nada más entrar, se sentó sobre sus talones con la espalda totalmente erguida y dijo:

—Que conste que no estoy loco. Estoy cuerdo, créame.

Me lo dijo completamente en serio, sin soltar siquiera una leve sonrisa. Me pareció algo muy extraño, pero de todos modos le contesté sonriendo:

—¿Cómo? ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué no se sienta de manera más cómoda?

—Deje que vaya a lavarme las manos —dijo de pronto mientras se levantaba. Estaba claro que algo le había hecho enloquecer—. Láveselas usted también. Tenía un pozo junto a la entrada, ¿verdad? Vayamos juntos a lavárnoslas.

Le seguí, sintiendo una gran lástima por el estado en el que se encontraba. Una vez fuera, fuimos alternándonos para mover la palanca y lavarnos en silencio.

—Haga gárgaras, por favor.

Me enjuagué la boca al igual que él sin saber muy bien por qué.

—¡Y ahora, démonos la mano!

Obedecí.

—¡Ahora besémonos!

—¡Ya basta! —Preferí no obedecer aquella última orden.

—Cuando se entere de todo lo que está ocurriendo, seguro que será usted el que me pida que le bese —dijo con una leve sonrisa.

Volvimos a entrar en casa y nos sentamos el uno frente al otro, junto a la mesa.

—No se sorprenda, ¿de acuerdo? Usted y yo somos hermanos, nacidos de la misma madre. Si piensa en ello, verá que algunas cosas cobran sentido, ¿verdad? Al tener más años que usted, soy su hermano mayor, pero hay otro más, que nos aventaja en edad a ambos. Deberíamos dejarlo para más adelante, pero se lo diré: nuestro hermano mayor es... —Entonces pronunció el nombre de alguien grandioso, alguien con tanto poder que, aunque vivamos en un país con libertad de expresión, me abstengo de mencionarlo aquí. Él, sin embargo, pronunció su nombre con total tranquilidad, lleno de orgullo—. Pero, aunque sea nuestro hermano de sangre, creo que por ahora es mejor mantenerlo en secreto. ¿Le parece bien? Prefiero evitar un escándalo público. Debemos unir fuerzas y cooperar para mejorar este país. El futuro del Glorioso Nuevo Japón depende de nosotros tres. No se sorprenda, pero fue nuestra madre quien me confesó todo esto. De hecho, resultó ser mi mujer. O sea,

que nuestra madre es mi mujer. En el registro civil consta que tiene treinta y cuatro años, pero esa no es más que una edad que usa solo para este mundo. En realidad ha vivido varios siglos. Obtuvo el don de la juventud eterna hace muchísimos años y, desde entonces, ha contemplado en silencio los cambios que se han producido en Japón. Pero tras observar durante tanto tiempo esta terrible situación de conflicto que ha surgido a raíz de la guerra mundial, algo inédito en la historia de este país, no ha podido aguantar más y me ha confesado su verdadera identidad, diciéndome quiénes eran mis hermanos e indicándome que juntos debemos salvar el país, ya que el resto de los hombres no sirven para nada. Según nuestra madre, este mundo está en decadencia desde hace más de cien años. La fatiga física y mental empezó a hacerse cada vez más notoria en los hombres, convirtiéndolos en seres inferiores que hoy en día ya no sirven para nada. Por eso las mujeres han pasado a realizar trabajos de los que hasta ahora siempre se habían ocupado ellos. Cuando mi mujer, perdón, nuestra madre, me confesó todo esto, nos encontrábamos en el barco que nos traía de vuelta a Japón. Por aquel entonces, yo estaba completamente agotado, tanto física como mentalmente. Ni se imagina todo lo que sufrimos en Manchuria. Hasta hubo veces en las que nos vimos obligados a chupar huesos de caballo del hambre que teníamos. Yo estaba cada día más delgado, pero, sin embargo, mi mujer, digo, nuestra madre, a pesar de comer muy poco y de que cada vez que conseguíamos algo delicioso me lo daba a mí, se mantuvo igual de redondita que siempre. Incluso tenía el doble de fuerza que yo. Era capaz de cargar cosas con las que yo no podía como si nada, al mismo tiempo que llevaba un *furoshiki* lleno en cada mano. Todo aquello me pareció muy curioso, y por eso decidí preguntarle en el barco por qué se había mantenido tan bien a pesar de las penurias que habíamos pasado. De hecho, no era solo ella, sino que todas las mujeres que había en el barco se encontraban en muy buena forma, mientras que los hombres estaban escuálidos y con aspecto enfermizo. Tenía que haber alguna explicación, y yo necesitaba

saberla. Me sonrió y me dijo que lo que ocurría era fruto de la decadencia de los hombres, que estaba haciendo estragos desde hacía más de cien años, y que, si no fuese por la fuerza de las mujeres, el mundo ya se habría acabado. Me confesó que ella misma tenía el control sobre todas las mujeres del mundo y que en realidad era una diosa; que tenía tres hijos, nosotros, y que, gracias a ella, no nos debilitaríamos como el resto de hombres ni tendríamos que vivir bajo el yugo de las mujeres, además de ser piezas clave para mantener la armonía entre sexos. También me dijo que éramos los elegidos para construir de manera civilizada el Glorioso Nuevo Japón y que, cuando llegásemos, debíamos demostrarle de lo que de verdad éramos capaces. Había compartido su gran secreto conmigo. Al escucharlo, sentí que una fuerza increíble se apoderaba de mí y, desde entonces, no me ocurre nada malo ni aunque me pase dos días enteros sin comer. Somos descendientes de una diosa, por lo que jamás nos debilitaremos, aunque vivamos en la más terrible de las pobreza. Sé que estoy cuerdo y que todo esto es verdad. Por favor, créame y álcese conmigo.

Sin lugar a dudas, Hosoda había enloquecido por completo. Quizá por todo lo que tuvo que sufrir en Manchuria, o puede que a causa de alguna enfermedad venérea del extranjero. No era capaz de definir si lo que sentía por él era lástima o vergüenza, pero me entró tal dolor al escuchar aquella inmensa estupidez que incluso acabé soltando alguna lagrimilla.

—De acuerdo —afirmé, sin saber qué otra cosa decir.

Entonces sonrió por primera vez lleno de alegría y exclamó:

—¡Sí! Sabía que me comprendería. Estaba seguro de que no dudaría de nada de lo que le contase. Puesto que somos hermanos de sangre, nos entendemos muy bien. Besémonos.

—Bueno, creo que eso tampoco hace falta.

—¿Ah, no? Bueno, entonces vayamos.

—¿A dónde?

—A ver a nuestro hermano mayor. Nuestra madre dice que hay ciertos problemas de inflación en nuestro país. Debemos encontrarnos con él y hacerle saber todo lo que está ocurriendo. En los billetes japoneses siempre aparecen retratos de hombres barbudos de aspecto grotesco, ¿verdad? Según nuestra madre, ese es el motivo de la inflación que está sufriendo el país. Ella dice que, en lugar de esos hombres, en los billetes tendrían que aparecer mujeres, desnudas o con una amplia sonrisa. Si se piensa con detenimiento, uno se da cuenta de que en alemán y en francés «moneda» es un sustantivo femenino. Es un gran error de nuestro gobierno que en los billetes aparezcan caras de señores mayores con barba. Si a partir de ahora se imprimiese la cara de nuestra gran madre sonriendo en todos los billetes, la inflación que sufre Japón desaparecería al instante. La inflación de este país está llegando hasta límites insospechados, por eso debemos detenerla lo antes posible. Si lo dejamos pasar un día más, será demasiado tarde. No tenemos ni un segundo que perder. ¡Venga, vayamos! —dijo levantándose de un salto.

Dudé si ir con él o no. Lo cierto era que me preocupaba dejarlo solo. Seguro que era capaz de plantarse ante la mismísima residencia de «nuestro hermano mayor» y causar un gran escándalo. Tampoco quería que se presentase allí diciendo mi nombre (Dazai) y alegando que éramos hermanos de sangre, lo que muy probablemente haría que todo el mundo pensase que estábamos compinchados. Estaba claro que no era buena idea dejarlo salir solo a la calle.

—Más o menos he entendido todo lo que me ha contado, pero, antes de que vayamos a ver a nuestro hermano mayor, me gustaría poder ver a nuestra madre para que ella misma me cuente todo lo que está ocurriendo. Por favor, lléveme ante ella.

Pensé que lo mejor sería acompañarlo a casa para entregárselo sano y salvo a su mujer. Nunca la había conocido en persona. Sabía que él era de Hokkaidō y que ella era de Tokio, que había sido actriz



de teatro y que se casaron al poco tiempo de conocerse. De hecho, todo el mundo decía que era una mujer muy atractiva.

Aun así, después de haber escuchado aquella estupidez de proporciones épicas, no pude evitar sentir cierto rechazo hacia aquella mujer. Era su responsabilidad que un hombre inteligente como él estuviese diciendo todas esas tonterías sin sentido. Fue lo primero que pensé, ya que, hasta que no la viese con mis propios ojos, no podía saber si ella también estaba loca. Fuese lo que fuese, no cabía duda de que ella había supuesto una muy mala influencia para él. Mi plan era ir a su casa para conocerla en persona y, dependiendo de la situación, desenmascarar a aquella supuesta diosa. Me puse una capa encima del kimono de siempre y le dije a Hosoda:

—Venga, vayamos.

Él se pasó todo el camino muy entusiasmado; incluso había veces en las que parecía ponerse a bailar. Me dio muchísima lástima.

—¡Hoy es un gran día! ¿Sabe en qué fecha estamos? Hoy es doce de diciembre del duodécimo año de la era Shōwa<sup>[66]</sup> y vamos a ver a nuestra madre justo a las doce del mediodía. ¡No es ninguna casualidad, estábamos predestinados a hacerlo! Además, el número doce se puede dividir entre seis, tres, cuatro y dos. ¡Es el número sagrado! —exclamó totalmente fuera de sí.

Por supuesto, aquel día no era el doce de diciembre del duodécimo año de la era Shōwa, ni tampoco eran las doce del mediodía, sino que serían más o menos las tres de la tarde. De hecho, el único número de la verdadera fecha en la que nos encontrábamos que se podía dividir entre seis era el doce que representa al mes de diciembre.

Hosoda me dijo que él y su mujer vivían en Tokio, en el barrio de Tachikawa, así que cogimos el tren en la estación de Mitaka. El vagón estaba bastante lleno, pero él se abrió paso a codazos entre la gente mientras contaba en voz alta las correas que colgaban del

techo para sujetarse. Cuando llegó a la duodécima, se agarró a ella y me ordenó que hiciese lo mismo.

—Si traduzco los caracteres de Tachikawa al inglés, se diría *standing river*, ¿verdad? Cuento las letras, ya verá. ¿Cuántas hay? ¡Doce, doce letras! —Aunque yo conté trece—. Seguro que Tachikawa es un lugar sagrado. Mitaka y Tachikawa. Mmm... Interesante. Me parece que ambos lugares deben de tener algún tipo de conexión sagrada. A ver, si traduzco Mitaka al inglés... *Three, three, three...* ¿Cómo se decía «halcón» en inglés?<sup>[67]</sup> En alemán se dice *der Falken*, pero ¿en inglés?... ¿*Eagle*? No, eso no era. Bueno, da igual, seguramente también tenga doce letras.

Tuve que contenerme para no darle un puñetazo en toda la cara. Ya no podía más.

Tras bajar del tren en la estación de Tachikawa, Hosoda se pasó el resto del camino hablando sobre oráculos y demás cosas sin sentido.

—Aquí es.

Para cuando llegamos, el sol se estaba poniendo y cada vez hacía más frío. El bloque de pisos en el que vivía se encontraba rodeado por un bosque de bambú y tenía cierto aspecto de hospital abandonado.

Su apartamento estaba en la primera planta.

—Madre, ya estoy en casa.

Nada más entrar, se sentó sobre sus talones con la espalda erguida e hizo una profunda reverencia, colocando las manos en el suelo y agachando la cabeza.

—¡Hola! Hace frío, ¿no?

Su mujer se asomó sonriendo a través de la cortina que tenían puesta en la puerta que daba a la cocina. En apariencia se la veía normal, y tenía un aspecto saludable. Además, debo añadir que me maravilló lo hermosa que era.

—Mira, he traído a mi hermano —dijo al presentármela.

—¡Anda! —exclamó ella en voz baja.

Acto seguido se quitó el delantal y vino hacia mí. Se sentó sobre sus talones y me saludó. Yo, por mi parte, le dije mi nombre e hice una reverencia.

—¡Qué bien que haya venido! Mi marido me ha hablado tanto de usted que tenía muchas ganas de conocerle. Deberíamos haber ido nosotros a visitarle a su casa. Siento que haya tenido que molestarse en venir hasta aquí. De verdad, se lo agradezco mucho.

Saludándome de aquella manera tan normal me era imposible ver en ella indicios de locura.

—Perfecto. Ahora que ya conoce a nuestra madre, es hora de que salvemos al país de la inflación que padece. Pero, antes de nada, deberíamos beber agua fresca. Madre, déjeme la tetera. Iré al pozo a recogerla —dijo adoptando una postura extremadamente erguida.

—Vale, vale —dijo ella alegremente mientras le pasaba la tetera como si su actitud fuese del todo normal.

Nada más salir de allí, le pregunté a su mujer:

—¿Desde cuándo se comporta así?

—¿Perdón?

Me respondió inocente, con una mirada que hacía entrever que no había entendido bien la pregunta. Aquello me sorprendió, por lo que intenté explicárselo:

—Esto... ¿Cómo decirlo? Me ha dado la impresión de que el señor Hosoda está un poco nervioso.

—¿Ah, sí? ¿Eso cree? —dijo riéndose.

—¿Se encuentra bien?

—No le pasa nada. Está todo el día de broma.

No sabía qué hacer. ¿Acaso aquella mujer no se daba cuenta de que su marido estaba loco? Me sentí bastante desorientado.

—Si tuviese sake o algo para ofrecerle... —Se levantó y encendió la luz—. Como mi marido ha dejado el alcohol, regalo todo el sake que nos dan con las cartillas de racionamiento a los vecinos, así que no tenemos nada especial para usted. No son nada del otro

mundo, pero si le apetece una de estas... —dijo con serenidad mientras me ofrecía unas mandarinas.

Bajo aquella luz se podía ver que la habitación estaba muy bien ordenada. No daba la impresión de que allí viviese un loco; de hecho, hasta transmitía cierta sensación de paz y felicidad.

—No se preocupe, ya me tengo que ir. Solo he venido para acompañarlo de vuelta a casa, ya que me dio la impresión de que estaba un poco alterado. Por favor, despídase de él de mi parte.

A pesar de sus intentos para que me quedase más tiempo, me despedí como pude y me fui. Al salir de aquel bloque de viviendas y caminar entre la niebla de diciembre hasta la estación de Tachikawa, no pude evitar sentirme algo triste. Una vez allí, paré en un puesto de comida que había frente a la estación y bebí mucho sake antes de retomar el camino de vuelta a Mitaka.

No entendía nada.

Por la noche, tras llegar a casa, me puse a cenar a pesar de la hora y le conté a mi mujer con todo lujo de detalles lo que me había ocurrido.

—¡Qué cosa más rara! —murmuró sin sorprenderse lo más mínimo.

—¿Cómo lo estará llevando ella? De verdad que no entiendo nada.

—Es que, en el fondo, no importa tanto si está loco o no. De hecho, en cierto modo, tú y tus amigos sois como él. De todas formas, imagino que su mujer será feliz, ya que al menos ha dejado el alcohol. Seguro que no molesta tanto como si se pasase el día entero bebiendo, arrastrando infinidad de deudas por todo tipo de bares al igual que tú. Además de que, según me cuentas, la trata muy bien, llamándola «madre», «diosa» y cosas por el estilo.

Sentí como si me partieran el cráneo en dos.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que a ti también te traten como a una diosa?

—Pues no estaría mal —contestó riéndose.



## Bizan

Fotografía: Fotografía del barrio tokiota de Mitaka, lugar de residencia de Dazai

---

durante varios años (1948).

Esta historia ocurrió antes de que instaurasen aquella ley que hizo que tantos bares y restaurantes tuviesen que cerrar.<sup>[68]</sup> Al igual que muchas otras zonas de Tokio, gran parte de Shinjuku fue arrasada por los ataques aéreos enemigos. No obstante, y al igual que en otros barrios, los primeros establecimientos en ser reconstruidos fueron los bares y los restaurantes. El bar Wakamatsu, situado junto al cine Teito, fue uno de ellos. Estaba en un edificio de dos plantas que construyeron rápidamente y que, a pesar de su aspecto, no estaba tan cochambroso como el resto de locales de la zona.

—Si Bizan no estuviese aquí, todo sería mucho mejor.

—*Exactly!* Es una pesada, lo que en inglés llamarían *fool*.

Aunque siempre estuviésemos quejándonos de ella, acudíamos cada tres días a la sala de seis tatamis del piso superior de aquel bar, donde bebíamos sake hasta caer redondos. Incluso había veces en las que todos nos quedábamos a dormir ahí tirados. Fue un lugar donde siempre recibimos un trato especial; hasta nos dejaban pagar en otro momento si íbamos a beber sin dinero. Aquello fue gracias al dueño de una pescadería que había junto a mi casa, en el barrio de Mitaka, y que se llamaba Wakamatsu, como el bar. Con el paso del tiempo, me fui haciendo amigo de aquel pescadero y empezamos a salir a beber juntos con bastante asiduidad. Le presenté a mi familia y él me habló de la suya.

—Pásate un día por el bar de mi hermana. Antes tenía uno en Tsukiji, pero tuvo que cerrarlo. Ahora acaba de abrir uno en Shinjuku; puedes ir cuando quieras, como si te quieres quedar a dormir. ¡Ya le he hablado de ti!

Poco después de aquella invitación, acudí al bar para emborracharme y quedarme a dormir. Su hermana, algo entrada en años, resultó ser una mujer muy simpática, por lo que, tal y como me dijo el pescadero, no hubo ningún problema.

Aquello de que me dejasen pagar cuando quisiese me venía muy bien; por eso, siempre que quería invitar a mis amigos, acudíamos a ese local. Lo lógico sería que, al ser yo escritor, la mayoría de mis acompañantes también lo fuesen, pero lo cierto era que casi todos eran pintores y músicos. Casi no tenía amigos escritores. Imagino que, arrastrada por esa lógica, la dueña del Wakamatsu pensaba que todos los que venían conmigo se dedicaban a la literatura. Algo que también le ocurría a Toshi, la camarera. Aquella muchacha no paraba de decir que, desde pequeña, lo que más le gustaba en este mundo era leer novelas. Por eso, cada vez que traía a alguien nuevo a la sala del piso de arriba, no paraba de hacerme preguntas con los ojos brillando de curiosidad.

—Este es el señor Fumiko Hayashi<sup>[69]</sup> —le dije una vez que me preguntó por un pintor calvo que tendría unos cinco años más que yo.

—¿Eh? Pero... —Aquella mentirosa que afirmaba amar la literatura por encima de todas las cosas se quedó totalmente descolocada—. No sabía que el maestro Hayashi fuese un hombre...

—Claro, eso es porque hay gente cuyo nombre suena femenino. Es el caso de Kiyoko Takahama, que en realidad es un señor mayor, o el de Ryūko Kawabata, un caballero con bigote.<sup>[70]</sup>

—¿Todos son escritores?

—Sí, más o menos.

A partir de entonces, en el bar Wakamatsu de Shinjuku aquel pintor pasó a ser conocido como el maestro Hayashi, a pesar de que su verdadero nombre fuese Shin-ichirō Hashida, miembro de la asociación de artistas Nika.



En una ocasión, cuando llevé al pianista Rokurō Kawakami a beber al Wakamatsu y me excusé para ir al servicio, vi que Toshi me estaba esperando al pie de las escaleras mientras sujetaba varias jarritas de sake entre las manos.

—¿Quién es?

—¡Qué pesada! ¿A ti qué te importa? —Lo cierto era que sus interrogatorios habían llegado a tal punto que ya empezaban a molestarme.

—Venga, dime. ¿Quién es?

—Se llama Kawakami —dije enfadado.

Ya no tenía ganas de seguir con las mismas bromas de siempre, por lo que acabé diciéndole la verdad.

—¡Ah, ya sé! Bizan Kawakami,<sup>[71]</sup> ¿no?

Más que hacerme gracia, su ignorancia me provocó una terrible sensación de hastío. Hasta me entraron ganas de darle una bofetada.

—¡Pero qué idiota eres! —le grité.

A partir de entonces, comenzamos a llamarla «Bizan» en secreto. Algunos incluso le cambiaron el nombre al bar, pasando a llamarlo «Bizan-ken».<sup>[72]</sup>

Aquella Bizan tendría unos veinte años. Bajita y morena; de cara plana y ojos muy finos. Lo cierto es que no era capaz de encontrarle nada atractivo, salvo sus cejas, muy delgadas y con una bella forma de cuarto creciente. Bizan se escribe con los caracteres «ceja» y «montaña», por lo que resultó ser un apodo bastante acertado.

Su ignorancia y descaro me resultaban cada vez más insoportables. Aunque hubiese clientes a los que atender en la planta baja, solía subir a donde estábamos, haciendo mucho ruido y metiéndose en conversaciones que no tenían nada que ver con ella. A pesar de que no tenía ni idea de los temas que tratábamos, siempre acababa entrometiéndose, poniendo cara de estar muy segura de lo que decía. Recuerdo una vez en la que tuvimos la siguiente conversación:

—De todas formas, pienso que los derechos humanos fundamentales...

—¿Cómo, cómo? —interrumpió en cuanto se puso a hablar uno de mis colegas—. ¿Qué tal está eso? Viene de Estados Unidos, ¿no? ¿Sabéis si nos lo van a incluir en las cartillas de racionamiento? —dijo sacando a relucir su magnífica inteligencia.

Había confundido «derechos humanos» con «seda artificial».[73] Aquello fue tan terrible que enseguida todos y cada uno de nosotros sentimos como si nos hubiesen echado una jarra de agua fría por encima. A nadie le hizo la menor gracia, salvo a ella, que seguía sonriendo.

—Es que nadie me lo había explicado.

—Toshi, creo que abajo hay clientes esperando.

—Da igual.

—Hombre. Puede que a ti te dé igual, pero...

Cada vez nos hacía sentir más incómodos.

—¿Será tonta? —Siempre que no estaba, aprovechábamos para desahogarnos.

—No puedo, de verdad que no puedo con ella. Me gusta este sitio, pero estando ella aquí...

—Aunque a estas alturas parezca mentira, lo cierto es que no tiene ni idea de lo mucho que la odiamos. De hecho, hasta se piensa que tiene bastante éxito entre nosotros.

—¡Anda! ¡Venga ya!

—Que sí, que sí. Hasta va diciendo por ahí que proviene de una buena familia.

—¿Cómo? No tenía ni idea de eso. Qué curioso. ¿Te lo dijo ella misma?

—Que sí, que sí. Precisamente el otro día estuvimos hablando con ella sobre su supuesta nobleza y acabó montando un buen follón. Alguien le dijo en broma que las señoritas de alta alcurnia no se agachan al hacer pis, y entonces la muy tonta fue al servicio a probarlo y... Bueno, bueno. Aquello parecía un mar. Además, luego ni siquiera lo limpió. Ya sabéis todos que este local y la frutería de

atrás comparten la misma letrina, por lo que el frutero enseguida vino enfadadísimo a quejarse a la dueña. Luego me enteré de que, tras discutirlo, llegaron a la conclusión de que el autor del crimen había sido uno de nosotros, acusándonos de beber demasiado. Lo cierto es que aquello nos resultó bastante desagradable, pero la cosa es que luego siguieron dándole vueltas y, al final, se dieron cuenta de que, aun habiendo bebido mucho, para nosotros era imposible fallar y dejar tal inundación. Por eso acabaron dándose cuenta de que había sido Bizan, quien, más tarde, se excusó diciendo que había sido culpa de la estructura de la letrina, que estaba mal construida.

—Pero a ver, explícame eso de que se cree que proviene de una buena familia.

—Supongo que será algo que está de moda últimamente, pero me contó que proviene de una familia distinguida de la prefectura de Shizuoka.

—¿Distinguida? ¿En qué sentido?

—Me dijo que de pequeña vivía en una casa enorme, pero que todo se quemó en uno de los bombardeos y que por eso ya no era rica. Lo que más me sorprendió fue cuando dijo que su casa era tan grande como el cine Teito, por lo que decidí investigar. Al final acabé enterándome de que Bizan era la hija del conserje de un colegio y que de pequeña había vivido allí con su familia, o sea, que el colegio era su casa.

—¡Ah, claro! Eso me recuerda a aquella otra vez en la que también nos echaron la culpa de algo que había hecho ella. Su manera de subir y bajar las escaleras es muy ruidosa, ¿no creéis? Cuando sube hace «dumb, dumb, dumb», y cuando baja, «tata, tata, tá», como si se estuviese cayendo. Es muy molesto cuando baja las escaleras corriendo para ir al servicio y cierra la puerta de un portazo. El caso es que hubo un tiempo en el que un familiar de la dueña estuvo viviendo en el cuartito que hay debajo de la escalera. Había venido a Tokio porque le tenían que operar de la boca, por lo que el dolor de dientes mezclado con el ruido que hacía Bizan al

subir y bajar hizo que se quejase, diciendo que los clientes de la planta de arriba le íbamos a matar con tanto ruido. La dueña vino y me regañó, a pesar de que, como bien sabéis, ninguno de nosotros sube y baja las escaleras armando tanto jaleo. «Seguro que ha sido Bizan, digo, Toshi», dije enfadado. Entonces Bizan, que estaba escuchando, sonrió ligeramente y se excusó, diciendo con alegría: «Es que me crie en una casa con escaleras muy firmes». En aquel momento me quedé boquiabierto. «De verdad, hay mujeres que fanfarronean de manera miserable», pensé. Pero ahora me doy cuenta de que no estaba presumiendo de casa grande, sino que, al haber vivido en un colegio, las escaleras que subía y bajaba debían de ser muy resistentes.

—Me entra mal cuerpo cada vez que hablamos de ella. ¿Por qué no empezamos a quedar en otro sitio a partir de mañana? Ya va siendo hora de que busquemos un lugar más tranquilo.

A partir de ese día empezamos a probar otros locales, pero al final acabamos volviendo al Wakamatsu, ya que nos permitían pagar cuando quisiésemos.

De hecho, el señor Hayashi, aquel calvo que era pintor y en realidad se llamaba Hashida, empezó a ir allí por su cuenta y acabó convirtiéndose en cliente habitual, algo que también hicieron un par de amigos más.

Un día, cuando ya hacía buen tiempo y los cerezos comenzaban a florecer, me encontré en el Bizan-ken con Kunio Nakamura, joven actor de la compañía de kabuki Zenshinza. Habíamos quedado para resolver un asunto relacionado con su futura boda, ya que había ciertos temas delicados que, de habernos encontrado en mi casa, tendríamos que haber discutido en voz baja, por lo que decidimos ir al Bizan-ken para poder charlar con tranquilidad. Kunio Nakamura, al igual que tantos otros, también se había convertido en cliente habitual. Bizan, por su parte, estaba encantada, ya que creía que se trataba del escritor Murao Nakamura.

Cuando entré, el maestro Murao Nakamura aún no había llegado, pero me encontré con el maestro Hayashi, o sea, con Shin-

ichirō Hashida, el pintor calvo, que bebía sake en una mesa de la planta baja con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Menuda la que te has perdido! ¡Bizan ha pisado el miso! —me dijo nada más verme.

—¿Qué miso?

Entonces miré a la dueña, que estaba apoyada en la barra. Frunció el ceño, fingiéndose molesta por lo ocurrido, y luego empezó a reírse, como si no hubiera otra cosa que pudiese hacer al respecto.

—Tampoco ha sido nada del otro mundo, pero mira que es boba la pobre. Vino corriendo desde fuera sin prestar atención y metió todo el pie dentro.

—¿Entonces lo pisó?

—Sí. Había una caja llena de miso que nos habían traído esta mañana con el racionamiento. También ha sido culpa mía por dejarla ahí en medio. Pero ya es mala suerte, como si no hubiese otro sitio donde meter el pie... Además, en cuanto lo sacó, anduvo de puntillas y se metió corriendo en el servicio. Podría haberse aguantado un poco las ganas y haber ido con más cuidado, ¿no crees? Imagínate que un cliente se encuentra una huella de pasta marrón allí dentro. Podría pensar que es otra cosa... —dijo echándose a reír en voz alta.

—Tienes razón. No creo que el miso quede muy bien en el servicio —dije intentando contener la risa—. Menos mal que lo pisó antes de entrar. Si lo hubiese hecho después de salir, habría sido peor. Tras el famoso incidente del Gran Mar de Bizan, seguro que habría convertido el miso en auténtica mierda.

—No sé muy bien a qué te refieres, pero ya no podemos usar ese miso. Hemos tenido que tirarlo.

—¿Todo? Hay mañanas en las que os pido que me hagáis una sopa de miso. Te lo pregunto para saber si durante los próximos días puedo hacerlo o no.

—Lo hemos tirado todo. No voy a poder servirlos sopa de miso durante un tiempo.

—Vaya. ¿Dónde está Toshi?

—Está lavándose el pie en la fuente —me contestó el señor Hashida—. De todos modos, ha sido un verdadero espectáculo. Bizan, la Pisadora de Miso. Podría ser una obra digna del mismísimo Kichiemon.<sup>[74]</sup>

—No creo. Sería un estorbo tener que usar miso en cada representación.

El señor Hashida se marchó poco después diciendo que tenía cosas que hacer, así que subí al piso de arriba a esperar al maestro Nakamura.

Bizan, la Pisadora de Miso, vino con las jarritas de sake haciendo mucho ruido, como de costumbre.

—No paras de ir al servicio. ¿Estás mala o qué? No te me acerques, que seguro que me lo pegas.

—¡Qué va! —dijo riéndose—. De pequeña todo el mundo me decía que tenía una cara tan elegante que seguro que ni siquiera necesitaba ir al servicio.

—Ya, porque eres de familia noble, ¿no? Aun así te voy a ser sincero y te voy a decir la verdad: siempre tienes cara de acabar de salir del servicio.

—¡Pero qué malo eres! —me contestó, riendo todavía.

—De hecho, hubo una vez en la que subiste a traernos el sake y tenías el bajo de la chaqueta recogido hasta la espalda. Los que nos dedicamos a la literatura nos referimos a eso como «saltar a la vista». En cualquier caso, es una falta de respeto servir sake con esa pinta.

—Anda, venga. Deja de bromear. —Dijese lo que dijese, nada la afectaba.

—¡Oye, tú! No te quites la roña de las uñas delante de la gente. ¡Qué asco! Somos clientes, por si lo habías olvidado.

—Bueno, pero vosotros también lo hacéis, ¿no? Todos tenéis las uñas limpiísimas.

—Eso es porque no somos tan guarros como tú. A ver, dime la verdad. ¿Acaso te bañas?

—Esto... Pues claro —contestó algo dudosa para cambiar de tema enseguida—. Mira, acabo de venir de la librería y he traído esto. Sale tu nombre.

Entonces se sacó del interior del kimono el último número de una conocida revista literaria y empezó a pasar páginas en busca de mi nombre.

—¡Basta ya! —grité—. ¡Deja ya de leer esas cosas, que no sabes nada! ¿Para qué compras eso si ni siquiera te enteras de lo que pone? —No podía más con ella. La odiaba tanto que hasta me entraron ganas de darle una bofetada.

—Pero aquí viene tu nombre.

—¿Y qué? ¿Vas a ponerte a coleccionar todos los libros y revistas donde aparezca mi nombre? ¿A que no?

Me irritaba tanto que lo único que supe decir fue algo completamente absurdo. Conocía bien aquella revista. Me la habían mandado a casa y sabía que en ella había un artículo en el que hablaban descaradamente mal de mis obras. El hecho de que Bizan lo leyese poniendo cara de interés como si fuese una intelectual me molestaba muchísimo. Pero no era solo aquello. En el fondo no era capaz de soportar el simple hecho de que Bizan opinase sobre mis obras, o sobre mí, aunque fuese un poquito. Quizá todos los que van por ahí diciendo que aman la literatura por encima de cualquier cosa resultan ser igual de estúpidos que ella, y quizá yo me esté rompiendo los cuernos como un idiota para agradar a ese tipo de lectores, hasta el punto de sacrificar a mi propia familia. Imaginarme aquello me hizo sentir un profundo desprecio, tan grande que ni siquiera me dejaba llorar.

—Mira, me da igual. Pero llévate esa revista de aquí. Hazlo ahora mismo o te pego.

—Está bien. Lo siento —dijo con la misma irritante sonrisa de siempre—. No la leo y punto, ¿no?

—Si la compras es porque eres tonta.

—¡Oye! Que yo no soy tonta. Solo muy inocente.

—¿Inocente tú? ¿Pero qué dices?

Fui incapaz de encontrar la manera de seguir con aquella conversación, lo que me dejó muy disgustado.

Días más tarde, caí enfermo a causa de beber demasiado alcohol y no tuve más remedio que guardar cama durante diez días seguidos. Nada más recuperarme, lo primero que hice fue volver a Shinjuku para continuar bebiendo.

Ocurrió al atardecer. En la estación de Shinjuku, noté que alguien me daba una palmadita en el hombro. Me giré y vi que se trataba del maestro Hayashi, o sea, del señor Hashida, el pintor calvo, que me sonreía algo ebrio.

—¿Vas al Bizan-ken?

—Sí. ¿Te vienes? —le contesté.

—No. Vengo de allí.

—¿Y qué?

—¿No estabas malo?

—Sí, pero ya estoy mejor. Venga, vamos.

—Bueno, vale.

Lo aceptó de muy mala gana, algo que me extrañó mucho viniendo de él. De pronto, mientras caminábamos por los callejones que llevaban al local, le pregunté, fingiendo que acababa de acordarme:

—¿Y qué tal está Bizan? ¿Sigue la Pisadora de Miso igual que siempre?

—Ya no está.

—¿Cómo?

—Hoy cuando he ido ya no estaba. De hecho, creo que va a morir dentro de poco. —Sentí un gran escalofrío nada más oír aquello—. Me lo acaba de contar la dueña. Por lo visto, tiene tuberculosis renal. Nadie lo sabía, ni siquiera ella misma, pero como orinaba tanto la dueña decidió llevarla al hospital a que la examinasen y resultó que era eso. Cuando se la detectaron ya estaba en un estado bastante avanzado. El médico ha dicho que tiene los riñones tan hechos polvo que operarla no sirve de nada, por lo que no creo que dure mucho más. Han preferido no decírselo



y mandarla de vuelta a la prefectura de Shizuoka, con su padre. Al menos así podrá pasar sus últimos días junto a él.

—No tenía ni idea. ¡Qué lástima, con lo buena que era!

Aquella frase se me escapó sin querer mientras suspiraba. No sé por qué la dije, pero me entraron ganas de taparme la boca.

—Sí. Era muy buena —dijo el señor Hashida con aire melancólico—. Hoy en día es difícil encontrar una chica tan noble. No hacía más que emplearse al máximo para intentar agradarnos. De hecho, siempre que nos quedábamos a dormir en la planta superior y nos despertábamos de madrugada con ganas de beber más, se levantaba de la cama sin rechistar y nos servía de inmediato. Jamás volveré a conocer a nadie igual.

Casi se me saltaron las lágrimas, por lo que intenté disimular diciendo:

—Pero fuiste tú el que le puso el mote de Bizan, la Pisadora de Miso.

—Sí, y me siento muy mal por ello. Dicen que la tuberculosis renal te hace orinar con mucha frecuencia. Por eso corría tanto cada vez que iba al servicio, pisando el miso y haciendo mucho ruido al bajar las escaleras.

—Entonces, ¿lo del Gran Mar de Bizan también fue por eso?

—Pues claro. —Había lanzado aquella pregunta intentando aliviar la situación, pero el señor Hashida me contestó algo molesto—. No es que intentase hacerlo de pie fingiendo ser hija de nobles, sino que se aguantaba para poder estar con nosotros el mayor tiempo posible. Lo mismo ocurría con el ruido que hacía al subir y bajar. Estaba débil por culpa de la enfermedad, pero, a pesar de ello, nos servía con mucho ánimo. Sin lugar a dudas le hemos dado muchísimo trabajo.

—Vayamos a beber a otro sitio —dije, deteniendo el paso y sintiendo unas terribles ganas de patalear.

—Sí. Creo que será lo mejor.

A partir de entonces decidimos cambiar de local.



Cerezas

Fotografía: Dazai junto a su hija Sonoko en el patio de su casa en Mitaka (1948).

Al contemplar las montañas, me pregunto.

ANTIGUO TESTAMENTO, LIBRO DE LOS SALMOS 121

Me gusta pensar que los padres necesitan más ayuda que sus hijos. Aunque intente pensar como los maestros taoístas, que afirman que los padres deben hacer todo lo posible por ayudar a sus hijos, manteniendo en todo momento la dignidad y el orgullo bien altos, al final siempre llego a la conclusión de que son mucho más débiles que ellos. Al menos en mi familia es así. Jamás pienso en actuar de tal manera que, cuando sea muy mayor, mis hijos vayan a cuidarme o a echarme una mano, pero lo cierto es que, cuando estoy con ellos, no puedo hacer otra cosa que intentar complacerlos. Hablando así podría parecer que mis hijos ya son mayores, pero lo cierto es que todavía son pequeños. La mayor tiene siete años, el mediano, cuatro, y la más pequeña, uno. Aun siendo tan pequeños, ya casi están oprimiéndonos por completo tanto a su madre como a mí, haciendo que parezcamos sus esclavos.

Cierto día de verano por la tarde, la familia se reunió en el cuarto de tres tatamis para cenar. Los niños no paraban de armar jaleo, mientras que el padre no hacía otra cosa que secarse el sudor de la cara con una toalla.

—Es como si fuese un *senryū* de la revista *Yanagidaru*. «Mientras como, / no puedo evitar sudar. / ¡Qué asco me da!». Aunque intente ser un padre refinado, no puedo parar de sudar con todo este alboroto.

La madre, que estaba dándole el pecho a la más pequeña, servía los platos de su marido y de sus otros dos hijos, apartando la comida que se les caía y sonándoles la nariz. Mientras trabajaba de aquella manera, como si de una diosa budista de ocho caras y seis brazos se tratase, comentó alegremente:

—Parece que a papá lo que más le suda es la nariz. No para de secársela.

—¿Y a ti qué te suda? ¿Lo que tienes entre las piernas? —dijo él riendo.

—¡Pero qué padre más fino!

—A ver, que es algo natural. ¿Qué más da lo bien o mal que suene?

—En mi caso... —dijo, poniéndose pensativa— la parte más húmeda de mi cuerpo se encuentra entre mis pechos. Es el valle de las lágrimas.

El valle de las lágrimas. El padre se calló y siguió cenando.

Cuando estoy en casa no paro de bromear. *Aun teniendo el corazón lleno de angustia, no puedo hacer otra cosa que mostrar alegría.*<sup>[75]</sup> Es algo que no se limita a cuando estoy con mi familia, sino que me ocurre con todo el mundo. Empleo todas mis fuerzas en crear un ambiente divertido y agradable, a pesar de que por dentro siento el corazón destrozado y un terrible dolor en el cuerpo. Por eso, cada vez que me despido de la persona con la que estoy, noto como si estuviese a punto de desmayarme. Entonces es cuando comienzo a pensar en el dinero, en la moral y en suicidarme. Bueno, en realidad es algo que también me ocurre cuando escribo. Cuanto más triste estoy, más me esfuerzo por crear historias divertidas. Si lo hago es porque pienso que agradarán a los demás, pero lo cierto es que no se dan cuenta y siempre terminan criticándome por ello. «Dazai, el escritor ese, últimamente no hace más que escribir tonterías superficiales. Solo atrae a los lectores porque hace gracia», suelen decir.

¿Acaso será algo tan malo intentar agradar a los demás? ¿Tiene sentido no reírse para aparentar ser una gran persona?

El caso es que no soy capaz de aguantar las situaciones serias, aburridas e incómodas. Por eso no paro de gastar bromas. Pero, aun estando en casa, las suelto con extremo cuidado, como si caminase sobre hielo. No soy como algunos lectores y críticos me imaginan. Tengo el escritorio bastante ordenado, en una habitación donde los tatamis son nuevos. Además, respeto a mi mujer y jamás le he puesto la mano encima, ni siquiera he discutido con ella hasta el punto de tener que echarla de casa. Los dos cuidamos de nuestros hijos con cariño por igual y ellos, por su parte, son muy felices a nuestro lado.

Pero eso no son más que apariencias. Al descubrirse el pecho, la madre se encuentra con el valle de las lágrimas, y el padre suda en la cama de manera cada vez más abundante. Ambos son conscientes del sufrimiento del otro, pero no hacen más que intentar esquivarlo. Al final, todo queda en que el padre hace una broma y la madre se ríe.

Pero esta vez, cuando la madre se refirió a su pecho como «el valle de las lágrimas», el padre no supo qué decir. Intentó contestar con alguna broma, pero no fue capaz de articular palabra, por lo que se mantuvo en silencio, mientras el ambiente se iba volviendo cada vez más incómodo. Al cabo de un rato, el padre bromista se puso serio y dijo:

—Contrataremos a una sirvienta. Tenemos que hacerlo, no nos queda otra.

Pronunció aquellas palabras en voz baja, como si estuviese hablando solo, con mucho cuidado de no enfurecer a la madre.

Tenían tres hijos, pero el padre era un completo inútil en cuanto a las tareas del hogar, a tal punto que ni siquiera era capaz de guardar su propio futón. Se pasaba todo el día bromeando e ignoraba por completo los registros y las raciones que el gobierno les repartía cada cierto tiempo. Cualquiera diría que vivía en una pensión. Recibía visitas con bastante frecuencia, con quienes pasaba un rato para después marcharse con comida ya preparada al apartamento que usaba como despacho, donde podía llegar a pasar semanas

enteras, en las que no aparecía por casa. Solía quejarse continuamente, diciendo que tenía mucho trabajo, cuando en realidad no conseguía escribir más de dos o tres páginas al día. Pero el verdadero problema era el alcohol. Había veces en las que bebía tanto que adelgazaba muchísimo, por lo que tenía que pasar los días siguientes guardando cama. Además de que tenía bastantes amiguitas por ahí.

En cuanto a sus hijos... La mayor, que tenía siete años, y la pequeña, que había nacido aquella misma primavera, solían portarse bien, aunque eran bastante débiles y enfermaban con facilidad. Sin embargo, el hijo, de cuatro años, era demasiado delgado para su edad y ni siquiera podía ponerse en pie. Tampoco entendía lo que se le decía ni sabía hablar, tan solo decía «Aah» o «Daah» de vez en cuando. Se movía arrastrándose y ni siquiera sabía avisar de si se hacía pis o caca. A pesar de ello, comía muchísimo, pero no crecía nada. Siempre estaba igual de delgado y pequeño. Además, el pelo tampoco es que le creciese mucho.

Los padres evitaban hablar del problema de su hijo. Pronunciar las palabras «retrasado» o «sordo» y reconocerlo abiertamente era demasiado duro para ellos. La madre a veces lo abrazaba con fuerza, mientras que al padre, de vez en cuando, le entraban arrebatos en los que sentía que debía llevárselo en brazos y tirarse a un río con él.

## HIJO SORDO ASESINADO

En torno al mediodía del X de este mes, en el número X del barrio X de X, el señor Y (53) mató a su hijo Y (18) de un hachazo en la cabeza en el interior de su casa. Acto seguido, intentó suicidarse clavándose unas tijeras en el cuello, pero no lo consiguió. Ahora mismo se encuentra ingresado en el hospital y su vida corre un grave peligro. Según sus declaraciones, lo hizo a causa de la lástima que le daba que su hija Y (22), que acababa de

casarse, tuviese que hacerse cargo de un hermano con problemas mentales y auditivos cuando él ya no estuviese.

No puedo evitar beber hasta perder el conocimiento cada vez que leo este tipo de noticias en el periódico. ¡Ah! ¡Ojalá un día crezca de pronto, como el resto de niños, para que en el futuro se pueda reír de todo lo que nos llegamos a preocupar por él!

Eso era lo que los padres anhelaban día tras día en secreto, sin manifestar sus verdaderos sentimientos ni a familiares ni a amigos, fingiendo que a aquel hijo no le ocurría nada y tratando sus problemas como inocentes despistes.

Al igual que la madre hacía todo lo posible para seguir con su vida, el padre también se empleaba al máximo, pero lo cierto era que ni siquiera contaba con una numerosa obra literaria a sus espaldas. Era un tipo exageradamente tímido que había preferido alejarse de la opinión pública y humillarse a través de sus obras. Como le costaba mucho escribir, solía buscar ayuda en la bebida, ahogando en el alcohol la frustración y la ira que sentía por no conseguir plasmar todo lo que tenía dentro de la cabeza. Una persona que de verdad supiese expresarse con claridad jamás bebería de aquella manera. (Razón por la que hay tan pocas mujeres que beban tanto).

Nunca he ganado a nadie en una discusión. Siempre pierdo a causa de la seguridad y firmeza con las que hablan los demás, lo que me abruma y hace que no sepa qué decir. Pero luego, tras pensarlo con detenimiento, me doy cuenta de lo egoísta que es el otro, lo que me hace ver que quizá yo no sea la única persona que se comporta de una manera tan deplorable. Aun así, no importa lo que piense, ya que, al haber perdido, parecería un pesado con ganas de lucha. Cada vez que discuto siento un profundo rencor dentro de mí que dura días, al igual que cuando me peleo. Al final, siempre acabo sonriendo a pesar de la ira que siento. Me callo, le doy muchas vueltas a la cabeza y termino emborrachándome para ahogarlo todo en alcohol.



En fin, ¿para qué seguir ocultándolo? A pesar de todos los cansinos rodeos que he estado dando para escribir esto, debo confesar que este relato trata nada más y nada menos que sobre una discusión de pareja.

«El valle de las lágrimas».

Aquellas palabras fueron el detonante. Como ya he dicho, era un matrimonio bastante tranquilo que jamás se peleaba ni insultaba, y justo era aquello lo que les preocupaba tanto. Su situación era muy peligrosa. Ambos se mantenían en silencio, como si continuamente buscasen fallos en el otro. Se sentían como si cada uno estuviese ojeando sus propias cartas para, más tarde, ponerlas boca abajo sobre la mesa y, en el momento menos esperado, darles la vuelta para hacerle ver al otro que había ganado la partida. Se podía decir que era ese ambiente lo que generaba aquella situación tan conflictiva. Sobre todo en él, un hombre que posiblemente tuviese mucho que ocultar.

«El valle de las lágrimas».

Le molestó bastante que su mujer dijese aquello, pero, al no querer discutir con ella, no tuvo más remedio que callarse.

«Es probable que lo hayas dicho para ofenderme, pero quiero que sepas que no eres la única que está sufriendo. Yo también me preocupo por nuestros hijos y por el futuro de esta familia. Cada vez que los oigo toser de manera extraña en mitad de la noche no puedo evitar desvelarme, sintiendo una gran preocupación. Me encantaría poder alquilar una casa más grande para que tú y los niños vivierais mejor, pero, a pesar de mis esfuerzos, todavía no soy capaz de hacerlo, ya que lo que tenemos es todo lo que me puedo permitir por el momento. No pienses que soy un desalmado al que le da igual si sus hijos viven o mueren. Tampoco creas que no me importa el tema de los racionamientos y los registros, solo es que ahora mismo no tengo tiempo que dedicarle a esas cosas», dijo el padre para sí, sin la suficiente confianza para dirigirse a su mujer en voz alta. Sentía que si ella le replicaba a algo de lo que decía, no

sería capaz de contestarle con propiedad, por lo que simplemente se limitó a murmurar, como si hablase solo:

—Contrataremos a una sirvienta.

La madre también era una persona de pocas palabras, pero cuando hablaba, lo hacía con seguridad. (Algo que les ocurre a todas las mujeres).

—Pero no es tan fácil.

—Si buscamos bien, seguro que encontramos a alguien. A lo mejor no es cuestión de que no haya gente que quiera entrar a trabajar aquí, sino de que luego nadie se queda, ¿no?

—¿Estás diciendo que es culpa mía? ¿Que no sé emplear bien a la gente?

—Yo no he dicho eso...

El padre no dijo nada más. En el fondo aquello era exactamente lo que pensaba, pero prefirió callarse.

¡Ah! Si tuviésemos una sirvienta todo sería mucho más sencillo. Cada vez que ella sale a hacer recados con la pequeña a la espalda, yo me tengo que quedar en casa cuidando de los otros dos mientras atiendo a las visitas, que suelen ser unas diez al día.

—Creo que me voy a ir al estudio.

—¿Ahora?

—Sí. Hay un artículo que tengo que terminar para mañana.

Era cierto, pero también necesitaba huir de la tristeza que invadía mi casa.

—Pero es que esta noche tenía pensado ir a ver a mi hermana...

Lo sabía. Sabía que la hermana de mi mujer estaba grave, pero, si iba a verla, yo tendría que quedarme en casa cuidando de los niños.

—Por este tipo de cosas digo que deberíamos contratar a alguien...

Y, justo en ese momento, paré y me tragué aquellas palabras. Cada vez que hablaba de su familia, fuese de la manera que fuese, las cosas se torcían.

La vida es algo muy complicado. Nos encadenamos a multitud de personas y obligaciones, y, cada vez que intentamos salirnos un poco de lo establecido, todo sangra.

Me levanté sin decir nada más, saqué del cajón del escritorio un sobre en el que tenía guardado el dinero que había cobrado por varios artículos que había escrito y lo metí en el pliego del pecho de mi kimono. Luego envolví unos folios y el diccionario en un *furoshiki* negro y salí de casa flotando, como si fuese un ente incorpóreo.

Ya no tenía ganas de trabajar. Lo único que quería era suicidarme, por lo que acudí directamente a un bar.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás?

—Necesito beber, acompáñame. Qué guapa estás con ese kimono de rayas...

—No está mal, ¿verdad? Sabía que te gustaría.

—Acabo de discutir con mi mujer. No la soporto. Se encierra en sí misma y es imposible hablar con ella. ¡Venga, bebamos! ¡Digas lo que digas, esta noche duermo aquí!

Me gusta pensar que los padres necesitan más ayuda que sus hijos.

Me sirvieron cerezas como acompañamiento para el sake. En mi casa nunca comemos nada caro y es muy posible que mis hijos jamás hayan visto unas cerezas. Seguramente les encantaría que su padre les llevase unas pocas. Podría haberlas atado con un cordel para que se las pusiesen alrededor del cuello, así habrían parecido un collar de corales.

Pero lo que el padre hizo fue comérselas una a una, poniendo cara de que no le gustaban. Escupiendo el hueso y llevándose otra a la boca. Coger, comer y escupir. Coger, comer y escupir. Mientras, murmuraba para sí con cierta chulería: «Me gusta pensar que los padres necesitan más ayuda que sus hijos».



OSAMU DAZAI (Kanagi, Prefectura de Aomori, Japón, 19 de junio de 1909 - Tokio, Japón, 13 de junio de 1948), nacido bajo el nombre de Shuji Tsushima, fue un novelista japonés, considerado uno de los escritores del siglo XX más apreciados de Japón. Algunas de sus obras más populares, tales como *El ocaso* (Shayo) e *Indigno de ser humano* (Ningen Shikkaku), también son consideradas como clásicos modernos en su país de origen.

Al cumplirse el cincuentenario de su muerte, sus obras —de marcadas características autobiográficas y con una rebeldía chocante en una sociedad de rígido conformismo—, contaban con más seguidores que nunca, tanto en Japón como en otros países. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Osamu emergió como la voz literaria de su tiempo, capturando el período confuso de posguerra cuando los valores tradicionales fueron desacreditados.

Su obra, *Indigno de ser humano*, ha sido adaptada a diferentes medios; entre los cuales están una película dirigida por Genjiro Arato, cuatro episodios del anime *Aoi Bungaku* y una serie de manga publicada por la editorial Shinchosha.

# Notas

[1] Tipo de tela para kimono. (*Todas las notas son de los traductores.*) <<

[2] Pantalón largo y ancho con pliegues que los hombres visten sobre el kimono en ocasiones especiales. <<



[3] Parte oeste de la prefectura de Aomori, en el norte de Honshū.  
Fue el lugar de nacimiento de Dazai. <<

[4] Profesión que ejercen algunas mujeres en Japón desde hace siglos, que consiste en entretener a sus acompañantes a base de distintas artes tradicionales como la danza o la música. <<

[5] Término con el que a partir del periodo Edo (1603-1868) se denominó a los obreros de la construcción, que terminaron mezclándose con los bomberos debido a su conocimiento de las estructuras de madera y acabaron desarrollando una cultura y una moda asociada a la dureza del hombre. <<

[6] Tela que se usa como cinturón cuando se viste con kimono. <<

[7] Calzado japonés que suele estar hecho de paja, similar a las chanclas. <<

[8] Estandarte que usaban los bomberos durante el periodo Edo para advertir a la gente de que había un incendio cerca. Hoy en día solo se utiliza en festivales y ceremonias especiales. <<

[9] Kyōka Izumi (1873-1939), célebre escritor y dramaturgo japonés.

<<

[10] Kimono ligero hecho de algodón para el verano. <<



[11] Calcetines tradicionales para hombre y mujer que se usan cuando se viste con kimono. <<

[12] Calzado tradicional japonés de madera con forma de chancleta.  
Se pronuncia «gueta». <<

[13] Tipo de poesía japonesa similar al haiku, con la diferencia de que suele tratar temas humorísticos utilizando expresiones coloquiales.

<<

[14] Prenda japonesa de algodón acolchado que se asemeja a una bata. Se suele vestir en invierno. <<

[15] Pañuelo típico de Japón que se usa para envolver y transportar objetos con facilidad. <<

[16] Chaqueta ancha que se viste sobre el kimono. Es una prenda bastante formal y suele venir con el escudo de la familia del propietario bordado. <<

[17] Tipo de tela de kimono. <<

[18] Película del director Keisuke Sasaki, estrenada en 1937, que está basada en la famosa canción «Kōjō no Tsuki» (La luna sobre el castillo en ruinas), compuesta por el músico japonés Rentarō Taki (1879-1903). Dazai hace referencia a esta canción en varias de sus obras. <<



[19] Castañas procedentes de China que se asan cubiertas de tierra. Una vez hechas, se les añade aceite de sésamo y azúcar y se fríen. Suelen tomarse para merendar. <<

[20] Hostal de estilo tradicional japonés. <<

[21] Semillas de soja fermentadas. <<

[22] En Japón, cuando una pareja contrae matrimonio, la mujer suele entrar a formar parte de la familia del hombre, sustituyendo su apellido por el de él. Existen pocos casos en los que esta situación se dé al revés. <<

[23] Mesa baja cubierta con un futón que tiene un brasero colocado bajo la tabla. <<

[24] Braserо portátil típico de Japón que también se utiliza para cocinar. <<

[25] Seta que crece en el este asiático. <<

[26] En Japón, el contacto físico entre desconocidos es algo casi impensable, aunque solo sea para saludar o despedirse. <<



[27] Puertas corredizas típicas de la arquitectura tradicional japonesa.

<<

[28] En las ceremonias y eventos importantes de Japón, se suelen entregar los objetos de valor sobre una pequeña bandeja de madera elevada siguiendo un proceso ceremonial establecido. En el caso de las bodas, se suele incluir un besugo o una langosta. Esto se debe a que ambos animales son de color rojo, tonalidad que en la cultura popular japonesa evita la mala suerte. Además, en el caso de las langostas, se pretende que el matrimonio sea tan resistente como su coraza y que dure hasta que las espaldas de los contrayentes se encorven igual que la del crustáceo. <<

[29] Sistema de graduación japonés para determinar el nivel que se tiene en una determinada actividad. Suele usarse sobre todo en las artes marciales. <<

[30] Nombre que tiene en Japón el juego infantil «piedra, papel o tijera», con la diferencia de que allí lo usan incluso los adultos para tomar decisiones de todo tipo. <<

[31] Cafeterías que solo servían productos lácteos. Estuvieron muy de moda en Japón a finales del siglo XIX, ya que el gobierno comenzó a recomendar el consumo de leche alegando que era bueno para la salud. Hoy en día ya casi no existen. <<

[32] Ama-no-Iwato, traducido literalmente como La Cueva de la Roca Celestial, es un episodio muy importante de la mitología japonesa donde Amaterasu, diosa del Sol, se encierra en la cueva Ama-no-Iwato debido a ciertos problemas que tuvo, trayendo así la oscuridad al cielo y a la tierra, lo que hace que el resto de dioses se congreguen en torno a la cueva e intenten sacarla con todas sus fuerzas. <<

[33] En inglés en el original. <<

[34] Espacio elevado de las habitaciones principales de las casas de estilo japonés que se considera sagrado. Se le suelen colocar adornos acordes con la estación o la época del año. <<



[35] En las familias japonesas, se suele considerar a los familiares políticos como familiares de sangre. <<

[36] Comedia del autor alemán Carl Sternheim que criticaba el comportamiento de la burguesía de la época. <<

[37] Dulce japonés gelatinoso compuesto de *anko* (pasta de judía azuki), agar-agar y azúcar. <<

[38] Juego de mesa de origen chino. <<

[39] *Ya* es un apelativo, cada vez más en desuso, que se utilizaba para llamar a las sirvientas, lo que hacía que, a la larga, los niños se acostumbrasen a él y acabasen usándolo como parte del nombre real de sus cuidadoras. <<

[40] Novela del escritor japonés Kan Kikuchi (1888-1948) publicada en 1918. <<

[41] Arte marcial tradicional de Japón que enseña el uso de la *katana*. Se practica con espadas de bambú (*Shinai*) o de madera (*Bokken*). <<

[42] Hoy en día, todos los nombres de países y ciudades extranjeras se escriben usando el silabario *katakana*, pero, antiguamente, era común escribirlos en *kanji* (caracteres que provienen del chino). En este caso, el nombre de la hija del señor Sōbei contiene el mismo carácter con el que se escribía París. <<



[43] Variedad de almejas de reducido tamaño que se consumen con mucha frecuencia en Japón. Suelen medir en torno a un centímetro de ancho. <<

[44] Aguardiente de cebada, patata, arroz u otras legumbres y cereales. Suele ser más fuerte que el sake. <<

[45] Chaqueta similar a la de un kimono pero confeccionada con tela ligera. <<

[46] Trozo de tela alargado que se usa como cinturón. <<

[47] Sandalias tradicionales de Japón hechas de paja. <<

[48] Prolongación exterior cubierta en forma de pasillo típica de las casas japonesas antiguas. Podría asemejarse a lo que en Occidente se conoce como porche. <<

[49] Kan-ichi Kon (1909-1983; Dazai varió ligeramente su nombre para su aparición en este relato) fue el único escritor de Tsugaru que mostró simpatía por la obra de Dazai. <<

[50] El verdadero nombre de Osamu Dazai era Shūji Tsushima. Dazai varía ligeramente en este relato los caracteres que componen su nombre. <<



[51] Cuando llegó el cine a Japón, y debido a que aún no se habían inventado los subtítulos, había traductores en las salas de cine que iban traduciendo los letreros de las películas extranjeras en voz alta para que todo el mundo pudiese entenderlas. <<

[52] Pañuelo típico de Japón que se usa para envolver y transportar objetos con facilidad. <<

[53] Antiguo refrán japonés. Quiere decir que, vayas donde vayas, siempre has de actuar con esfuerzo y dedicación, lo que hará que, aunque estés lejos de tu tierra, logres formar un buen hogar donde pasar tus últimos días con tranquilidad. <<

[54] Existe una costumbre en Japón según la que, cuando una pareja se va casar, el marido tiene que regalarle algo a la familia de la novia. Por lo general suelen ser pequeños detalles o adornos simbólicos que van acompañados de dinero, siendo este el verdadero regalo. <<

[55] En ocasiones formales en las que se viste con kimono, tanto hombres como mujeres deben llevar un abanico cerrado como complemento. <<

[56] Viga de madera horizontal típica de las viviendas tradicionales japonesas que sirve para reforzar la estructura de la casa. Está situada casi a la altura del techo y es costumbre colocar sobre ella fotografías de familiares fallecidos. <<

[57] Calendario antiguo de Japón. Una semana se compone de seis días y, dependiendo del significado del nombre que tenga cada día, los japoneses organizan eventos importantes como bodas o funerales ciñéndose a él. Es una costumbre muy supersticiosa que se sigue manteniendo hoy en día. <<

[58] Cumpleaños del emperador Shōwa (1901-1989). <<



[59] Al contrario que en España, los restaurantes chinos están considerados restaurantes de lujo en Japón, y ofrecen platos bastante caros y muy elaborados. <<

[60] Persona o pareja que se encarga de hacer de representante en una boda. Se podría asemejar a la figura de los padrinos en Occidente. <<

[61] Tradición japonesa similar a los matrimonios concertados occidentales en la que los futuros cónyuges se conocen por primera vez en persona. En muchas ocasiones se realizan (aunque cada vez con menos frecuencia) con el objetivo de que ambas familias mantengan sus estatus sociales y económicos. <<

[62] Comienzo de la canción «Aogeba Tōtoshi» (Agradecimiento Eterno), que se lleva cantando en las ceremonias de graduación de Japón desde finales del siglo XIX. <<

[63] Prestigioso *Daimyō* (soberano feudal) que luchó por el control de Japón durante el período Sengoku (1467-1568). Según la leyenda, siempre que usaba este casco, ganaba la batalla. <<

[64] Hace referencia al conocido como «incidente de Jikōson», que tuvo lugar en 1947. Jikōson, cuyo verdadero nombre era Nagako Nagaoka (1903-1983), fue la mayor representante de la secta Jiu, y alegaba ser la verdadera emperatriz de Japón. Finalmente, en 1947, la policía se vio forzada a dismantelar la secta por alboroto público. Tras diversas pruebas médicas, Jikōson fue diagnosticada de megalomanía y, hasta el día de su muerte, siguió creyendo ser la verdadera emperatriz del país. <<

[65] Región del noroeste de China que permaneció bajo la ocupación japonesa desde 1932 hasta 1945 y en la que se disputaron numerosas batallas contra la Unión Soviética. <<

[66] Periodo de la historia japonesa que abarca desde 1926 hasta 1989, coincidiendo con el mandato del emperador Hirohito. El duodécimo año correspondería a 1937. <<



[67] Mitaka se traduciría al castellano como «Tres halcones». <<

[68] A finales de la Segunda Guerra Mundial, se instauró en Japón una ley que limitó muchísimo la hostelería debido a la escasez de alimentos en el país. <<

[69] Fumiko Hayashi (1903-1951), reconocida novelista y poeta japonesa. <<

[70] Kiyoko Takahama hace referencia a Kyoshi Takahama (1874-1959), poeta de la era Shōwa, mientras que Ryūko Kawabata hace referencia al pintor Ryūshi Kawabata (1885-1966). Dazai bromea al cambiar la pronunciación del carácter *Ko*, que también se puede leer *Shi*, haciendo que ambos nombres parezcan femeninos, puesto que, en Japón, muchos nombres de mujer terminan en *Ko*.

<<

[71] Seudónimo del escritor Akira Kawakami (1869-1908). El personaje no puede ser Kawakami porque el relato está ambientado durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[72] Sufijo para restaurantes, bares y demás establecimientos donde se sirve comida. <<

[73] Palabras homófonas en japonés. <<

[74] Se refiere a Kichimon Nakamura I (1886-1954), el actor de Kabuki más famoso de su época. <<



[75] Frase atribuida a Dante Alighieri (1265-1321), según afirma el propio Dazai en otro de sus relatos. <<